

Joaquín de La Pezuela
[Memoria militar del
General Pezuela (1813 - 1815)]

*COMPENDIO DE LOS SUCEOS OCURRIDOS
EN EL EJERCITO DEL PERU Y SUS PROVINCIAS
DESDE QUE EL GENERAL PEZUELA
TOMO EL MANDO DE EL*

Primera Parte

1.- El 24 de setiembre de 1812 sucedió la desgraciada acción del Tucumán, en que la vanguardia del Ejército del Rey en número de 3,000 hombres fue batida, y se retiró a Salta, con cerca de la mitad perdidos acompañados de su Jefe el Brigadier don Pío Tristán; sin embargo de que los revolucionarios de Buenos Aires, no tenían en aquella ciudad la mitad de fuerzas a la orden del caudillo Belgrano.

2.- Este atacó en Salta a Tristán el 20 de febrero de 813 con iguales fuerzas a corta diferencia, y habiéndole batido segunda vez se metió en la ciudad; capituló; entregó las armas; y fue juramentada la oficialidad y tropa, de no volver a tomar las armas contra los de Buenos Aires, retirándose todos a sus casas; excepto los que teniendo honor conocieron la nulidad del juramento prestado a unos enemigos del Rey y de su Patria revolucionados para quitarle sus derechos, y hacerse independientes.

3.- Las resultas de estas dos acciones citadas fueron perderse lo mejor y más florido del Ejército del Rey y evacuar el Mariscal de Campo D. José Manuel de Goyeneche, General en Jefe de él, la Provincia de Potosí (en cuya villa se hallaba), la de Charcas y Cochabamba, y retirarse con la parte de tropas que le quedaron a la villa de Oruro; pedir un armisticio a Belgrano que lo concedió por 40 días (y el Señor Virrey reprobó) y repetir sus instancias para dejar el mando porque estaba enfermo.

4.- Llegadas a Oruro las tropas que habían quedado y que componían un número como de 4,800 hombres unos empezaron a desertarse de un modo escandaloso y hubo batallón que se presentó a su General de una manera amenazadora, inducidos por Oficiales

de los Juramentados y libres que buscaron el como disolver el todo del ejército para acabar la guerra y que los de Buenos Aires consiguiesen en toda esta América la independencia a que estaban adictos los más de sus habitantes y muchos jefes y subalternos del Ejército.

5.- El Señor Virrey de Lima por los partes de Goyeneche, y sus renunciás del mando, resolvió en junta de guerra que tuvo el 8 de abril de 813 que le relevase el Teniente General D. Juan [de] Henestrosa a la más posible brevedad. Este jefe ya sea porque instruido del estado del Ejército, o por otros motivos se desavino con el Virrey, y sucedió lo que dio lugar a que celebrándose otra junta de guerra en 24 de dicho mes de abril de 813 se me nombrase para mandar el Ejército.

6.- El 28 [de abril de 1813] salí del Callao embarcado en la corbeta corsaria Wultur con la instrucción que me dio el Virrey para sosegar las competencias de los Intendentes de Arequipa y Puno con los cabildos constitucionales y particulares de ambas ciudades, en donde el fuego de la independencia obraba con mucha actividad.

7.- Se embarcaron conmigo 312 soldados del Regimiento 1 de Lima Artillería y Dragones con 12 oficiales y los individuos y pertrechos siguientes:

D. Lázaro de Rivera Intendente

D. Juan Gallardo Contador

D. Mateo Heros Guarda Parque

D. Manuel Herrán Cirujano

Oficiales 12

Tropa 312 hombres armados y además

Fusiles 400

Espadas y sables 700

Cartuchos de fusil 400

Piedras de Cisca [*sic*] 34

Pólvora qq. 100

Cañones de a 4 de bronce con sus carruajes 10

Cartuchos de bala y metralla para éstos 800

8.- El 31 de mayo a las 8 de la noche entró la corbeta en el Puerto de Arica, habiendo tenido muchas calmas, muertos 3 soldados enfermándose algunos otros; y consumiéndose casi toda el agua. Al día siguiente bajé a tierra hablé con los habitantes de aquella ciudad y me volví a bordo a las dos horas. Los capitanes de Arti-

llería D. Diego Castrillón, y D. Alejandro Herrera, juramentados en la desgraciada acción de Salta vinieron a visitarme, y manifestándome sus deseos de volver al Ejército, despreciando el juramento, se reunieron conmigo, me acompañaron hasta él. No así diez o doce oficiales del Regimiento 1 de Lima, que con más de cien soldados del mismo cuerpo se hallaban en Tacna con igual juramento pues resistieron a mi voz su vuelta, y aunque les mandé pasasen a guarnecer la ciudad de Arequipa supe después de mi ausencia del puerto, que no habían obedecido la orden y se fueron a Lima. Los mandaba el Capitán Cabero.

9.- El día 3 de junio hecha la aguada y algunos víveres y dejado en tierra los enfermos salí para el Puerto de Quilca que era el del destino, y el 7 por la noche entró la corbeta en él. Al día siguiente por la tarde lo hice yo, y en este día y los dos siguientes se desembarcó la artillería y demás pertrechos, que se dirigieron a Arequipa, en las mulas que ya su Intendente tenía apostadas, y todas sus providencias al inmediato encargo del Coronel de Milicias Arauzo y un Oficial Real que hallé en el puerto para auxiliarme.

10.- El día 11 por la mañana salí de Quilca sin tropa ninguna y llegué a Arequipa el 14 por la noche a apearme en la casa de Goyeneche sin embargo de que el Cabildo me tenía preparada casa, y el Intendente Moscoso y otros me convidaron con las suyas por medio de propios que me enviaron al camino. Mi comitiva se acomodó en una casa particular que yo había mandado alquilar desde Lima.

11.- El Cabildo me dio un lucido refresco; el Intendente y el Brigadier Cosío, me dieron una lucida comida cada uno. Conferencí con todos sobre los ruidosos disgustos que había entre corporaciones y particulares de la ciudad.

Logré que todos quedasen conformes y avenidos que era una de las órdenes que traía: y algunos perturbadores fugaron antes de mi entrada temerosos de ser presos conforme a la orden que traía.

12.- El día 23 a las dos de la tarde salí de Arequipa para Puno a donde llegué el 29 por la tarde, y me apeé en la casa del Intendente D. Manuel Químper. Aquí tuve que hacer bastante para conciliar los ánimos del Intendente, cabildantes y otros que estaban en una total desavenencia. Logrelo, y que el Cabildo me dijese de oficio que para siempre ofrecía la mejor armonía con el Intendente. Rompí con su conocimiento todo lo escrito sobre sus quejas dadas

al Señor Virrey que traía conmigo, y dejándolos en paz y con un destacamento de 40 hombres.

13.- El día 2 de julio salí de Puno y llegué al Desaguadero el 6 del mismo. Mandaba este punto el Coronel de Milicias D. Felipe de la Hera, juramentado en Salta, y tenía a sus órdenes una porción de oficiales, y como 400 soldados de los mismos juramentados, que mi antecesor había despedido por perjudiciales al Ejército: por seductores de él; y por haber querido valerse del juramento prestado a unos revolucionarios. Entre dichos oficiales había algunos muy honrados, muy fieles, y muy adictos a la causa del Rey; tal era la Hera, su hermano y otros que me pidieron venir al Ejército como se verificó con alguna tropa de la juramentada de la que y de la que traje de Lima se formó un batallón con el nombre de Partidarios que cumplió sobresalientemente en el Ejército. Despedí los restantes oficiales y soldados juramentados para que se fuesen a sus casas. Dejé el mando con las correspondientes instrucciones al Coronel de Milicias D. Antonio Goyburu, Subdelegado que era de aquel Partido llamado de Pacages, con un destacamento de 150 hombres; 9 piezas de artillería, un considerable repuesto de municiones; y con 6 días de detención de este interesante punto.

14.- Salí del Desaguadero el 12 y llegué a la ciudad de La Paz el 14 enviando la tropa en derechura para Laja a esperarme en Calamarca. Me apeé en la casa del Intendente Marqués de Valde Hoyos, recibí en la ciudad el juramento Teniente Coronel Juan Saturnino Castro (que fue después pasado por las armas por traidor). Pedí un empréstito a los pudientes de la ciudad que me le dieron de 50 mil pesos y dejando en ella un destacamento de 150 hombres con 3 piezas de artillería ligera.

15.- Salí de La Paz el 19, me uní en Calamarca con la tropa, caminé siempre pronto a batirme con los cochabambinos que se habían reunido a estorbarme el paso y llegué a Oruro el 26. En esta villa me impuse de que el corto ejército que había quedado después de las batallas desgraciadas de Tucumán y Salta retirado a ella con su General Goyeneche, había estado a pique de disolverse por la seducción de muchos oficiales, que pasaban de 2 mil los soldados que se habían desertado a centenares; que el Auditor de Guerra, los oficiales superiores, edecanes del General temerosos de una inmediata catástrofe se habían separado del Ejército protestando enfermedades; que el Regimiento 1º todo reunido sin oficiales y en forma de motín, se había metido en la casa del General a pedir

lo que no supieron decir por él en su alboroto; que el General Goyeneche se había marchado para la costa sin esperarme, nombrando antes en su lugar al Brigadier D. Juan Ramírez hasta mi llegada, que con éste pasaron mil cosas, y aun amenazas de parte de armeros oficiales sin honor: que para evitar la total disolución del corto ejército que había quedado había tomado Ramírez, la resolución de sacarlo de la villa marchando adelante por el camino del despoblado con el pretexto de atacar a Potosí hasta que llegó a Challapata, donde recibió mi orden comunicada desde Oruro para pasar a Ancacato y finalmente supe que el Ejército se hallaba sin vestuario, sin zapatos, sin víveres y sin plata en la Caja. Por todas estas consideraciones estuve vacilante algunas horas sobre si tomar el mando (con seguridad casi positiva de sacrificar mi vida y mi honor) o volverme a Lima exponiendo a su ruina por esta determinación al Ejército y provincias. Dispuesto a lo primero prefiriendo el bien de la Patria y dejando en Oruro al Coronel de Milicias D. Joaquín Revuelta, de Comandante militar y político con 150 hombres de guarnición el depósito principal de municiones del Ejército y encargada la seguridad de aquel punto contra las ideas de la Provincia de Cochabamba (que estaba en poder de los enemigos y, ya les habían atacado sin fruto anteriormente) y contra los de muchos habitantes de la villa y pueblos circunvecinos que asechaban la ocasión de tomarla para quitar al Ejército este único refugio en un caso desgraciado; y preciso paso para ir al importante del Desaguadero último apoyo del Ejército.

16.- Salí de Oruro el 3 de agosto y llegué a Ancacato donde me esperaba el Ejército el 7 del mismo.

17.- Tomé el mando de éste en el mismo día 7 consistía en 3040 hombres en esta forma:

División de Picoaga.....	885
Id. de Lombera	729
Batallón de Estevez	275
Compañía de Pardos y morenos	77
Caballería en diferentes escuadrones y partidas	500
Tres compañías de infantería y una de Caballería de Cazadores	305
Un piquete de Dragones de la Guardia del General	43
Otro nombrado de La Paz	30
8 piezas de artillería de a 4 de montaña	200

Fuerza Total 3044

18.- De esta tropa según la arma de su instituto y de la que yo traje, y artillería que me acompañó desde Lima, organicé el Ejército según se demuestra en el plan primitivo de batalla que a continuación se expresa No. 1.

19.- Cuanto se me informó en Oruro acerca del estado del Ejército era un bosquejo no más de lo que vi a mi llegada. Los oficiales andaban vestidos con un sombrero blanco redondo; una chaqueta sin divisa; y metidos en una capa con este traje montaban guardia; jamás se veían en la casa del General ni en la de sus jefes a pesar de que las costumbres de éstos se diferenciaban poco de las del subalterno, excepto alguno que otro. La tropa estaba desnuda la mayor parte y no pocos soldados con el pie mondado en el suelo; todos con sombreros blanco redondo, y embozados en un poncho o manta; sin instrucción más que regular, pues hacían bien el ejercicio de fusil y maniobras de batallón. La disciplina no la conocían, raro era el que sabía hablar castellano, excepto los pocos limeños y de Arequipa que habían, todos los demás la lengua india. No comían en rancho, ni era posible hacerlos a este uso porque los más de ellos tenían sus mujeres o mozas siempre al lado, sin podérselas quitar, so pena de desertarse infaliblemente. Estas mujeres todas indias y cholos les guisaban a su usanza, papas, chuño y maíz; ellas mismas buscaban esta comida y la robaban casi siempre en los pueblos de indios; cuando el Ejército estaba parado, o en aquellos por donde pasaban las tropas, procurando ir siempre delante en las marchas, y cuando el soldado llegaba al punto de la jornada ya la mujer o la moza le tenía hecha la comida. El oficial enviaba a su asistente en busca de lo que pudiese encontrar para comer, o se lo traía la moza del soldado, que lo era también suya; y cuando el Ejército estaba fijo en algún punto se separaban a 10 o más leguas y lo traían casi siempre sin pagar de que resultaba que cuando los indios podían entre muchos coger a algunos soldados los mataban a palos. En vano era disuadir a los indios de poblados a que trajesen víveres al Ejército todos huían antes que llegasen las tropas, y se llevaban o enterraban cuanto tenían sin que bastase el ponerles la plata delante y rogarles el mismo General en persona que acudiesen con víveres; todo era tiempo perdido; provisión para el Ejército no la había, ni convenía porque el soldado hecho a robar, y a que su mujer le buscase que comer, nada quería de la provisión; y por otra parte no hubiera tenido el Rey erario bastante para los acopios necesarios; no por ser muchos los artículos; sino porque cada uno

le hubiera costado, más que mantener todo el Ejército a doble paga. No convenía tampoco, porque éste, tan pronto estaba en un punto como a 200 leguas de él, y no había modo de transportar los víveres. Y así vivía el Ejército puramente del merodeo. No era dueño de más terreno que el que pisaba. Los indios aborrecían al soldado, al oficial y todo lo que era del Rey; por el contrario servían de balde con sus personas y víveres a los de Buenos Aires; no por voluntad, pues éstos no la tienen, ni a unos, ni a otros, y son enemigos natos de todo el que no es de su casta; sino porque éstos trataban con la mayor crueldad; les servían fielmente de espías, y sabían la posición y movimientos del Ejército del Rey al momento de ejecutarlos; y por el contrario éste nada sabía del de los enemigos porque no había un indio que quisiese servirle de espía a ningún precio. Las Provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí, estaban en poder de los enemigos; y tenían cuanto habían menester de plata, víveres, vestuario y brazos. Las tres cuartas partes de sus habitantes eran decididos por el sistema de ellos, y los ayudaban con extraordinaria voluntad, especialmente los curas que son los que más daño han causado a las armas del Rey, moviendo a todos en los púlpitos, y hasta en los confesionarios a que siguiesen el partido de la independencia, y a los indios a quienes ellos dominan los tenían prontos a su voz, y los levantaban cuando les convenía, ya para interceptar nuestros transportes de lo interior, y ya para llevar a los enemigos su artillería, municiones, carruajes, y cuanto necesitaban, sin más trabajo que pedir a los curas y caciques tres o cuatro mil indios. El Ejército del Rey nada de esto tenía. Las mulas de carga y caballos de la tropa montada, se morían a centenares, porque no habían forrajes, ni pastos en aquella puna brava donde no se crían sino llamas. Era el rigor del invierno, y todo el territorio desde Oruro a Potosí una cordillera insufrible, por su clima y esterilidad. Las tropas del Rey ocupaban a su espalda desde el Desaguadero, la Villa de Oruro y su partido; y la Ciudad de La Paz con los suyos. Oruro era poco de fiar, encerraba muchos sospechosos, y su Gobernador vivía lleno de cuidado, siempre amenazado de Cochabamba que tenía dentro de ella espías encubiertos. La otra era la ciudad más criminal que se conocía, por sus hechos anteriores, y por su desvergüenza en manifestar públicamente sus opiniones; y en una palabra el Ejército del Rey estaba vendido y en la situación más deplorable.

20.- El del enemigo estaba en Potosí a la orden de Belgrano

con sus avanzadas a 15 leguas de el de mi mando, constaba de 7 mil hombres todos armados de fusil, bien vestidos, instruidos, y en una disciplina sobresaliente, abundante de artillería, municiones y víveres, acabando de disponerse para venir a atacar al del Rey y convidando su General por proclamas a todos para que asistiesen a ver desaparecer al Ejército del Rey el día 24 de setiembre, que era el de Nuestra Señora de las Mercedes su Patrona y Generala elegida por tal, porque en el año anterior ganó Belgrano en su mismo día la Batalla de Tucumán, y después la de Salta que tantas desgracias acarrearón.

21.- En el ejército de mi mando organizado según se ve en el plan primitivo de batalla citado, había muchos oficiales espantadizos, desafectos a la causa del Rey, y contaminados por los sediciosos juramentados despedidos de quienes fue preciso irme deshaciendo políticamente porque de otro modo todo estaba para dar un estallido.

22.- El Intendente D. Antonio Zubiaga pidió su licencia al día siguiente de haberme encargado del mando. El Tesorero D. Tomás Aguirre, que yo había nombrado poco antes, hizo lo mismo, no por infidencia (pues eran muy acreditados) sino porque creían la desgracia del ejército infalible. Otros oficiales de los espantadizos, la pidieron y se la di con gusto y fui quedándome de esta manera con lo menos expuesto. Antes de mi llegada se habían separado el Auditor de Guerra Berriosabal, Oidor del Cuzco y todos los edecanes de mi antecesor.

23.- Tal era el estado en que recibí el ejército el 7 de agosto. Le pasé una revista general y todo el resto de este mes se ocupó en continuos ejercicios por batallones y el ponerle en el posible estado de disciplina, arreglar el armamento, el parque y municiones que había en abundancia. Mis avanzadas estaban en Vilcapujio y Toropalca, diez leguas del Cuartel General de Ancacato por el camino real de Potosí. Salí a reconocer todo el terreno de ella y mi costado derecho por Condo, y asegurado de la necesidad de mudar el ejército a otra mejor posición.

24.- Salí de Ancacato para Vilcapujio el 6 de setiembre de 1813 y establecí allí el Cuartel General y las avanzadas hasta Lagunillas, empecé a maniobrar en grandes con las tres armas. El 11 supe que Belgrano salía de Potosí para atacarme, cercioreme el 12 y como no me convenía aventurar una acción con menos de la mitad de las fuerzas, pues apenas me habían quedado 3,200 hombres

por la continuada desertión, y esperaba 400 reclutas que habían salido de Azángaro el 8 de setiembre, resolví con maniobras y variación de posiciones distraer el enemigo y retardar la batalla, con este objeto.

25.- Salí de Vilcapujio para Condocondo el 12 de setiembre, y las avanzadas que estaban colocadas en el camino real de Potosí, las pasé al camino del Despoblado amenazando dirigirme por la espalda de aquella villa, para tomarla y caer sobre el enemigo por la suya.

26.- Belgrano llegó a Vilcapujio el 18 con su ejército, se halló con que el de mi mando estaba en Condo y varió todo su plan; pero una división de indios, cholos y mestizos en número de 2,000 a la orden del sanguinario Coronel Baltazar Cárdenas que tenía Belgrano además de los 7,000 disciplinados de su ejército llegó el 22 por mi espalda al punto de Pequereque que se lo tenía prefijado antes de la variación del plan. Recibió la orden nueva a la hora de su llegada, pero como yo había colocado en él al valiente Escuadrón de Partidarios, éste le atacó y derrotó completamente, matándoles mucha gente y hubiera acabado con todos, sino porque la mucha nieve que caía, le impidió el perseguirlos, y le cerraba el camino para volverse. Se le cogió a Cárdenas su equipaje y papeles, y entre ellos el nuevo plan de Belgrano para atacarme en Condo el 4 de Octubre suponiendo que el 3 le debía de llegar otra División (de aumento a sus fuerzas) de 1,500 hombres montados de Cochabamba con 4 cañones a la orden del Coronel Cornelio Zelaya; supe que esta división estaba en marcha para unírsele, que con ella juntaba más de 9,000 hombres, sin una considerable porción de indios armados de honda y macana, que pasaban de 4,000. Reflexioné que si lo esperaba en Condo se perdía la batalla probablemente y de consiguiente esta América del Sur. Que si me retiraba a Oruro era imposible, sin mulas de transporte conducir la artillería y municiones, y segura la disolución del ejército que estaba sin este motivo muy a pique, y habiéndome llegado el 27 los 400 reclutas de Azángaro. En aquel mismo día se les empezó a enseñar a cargar y disparar el fusil, se les continuó esta instrucción el 28 y 29, y habiendo hecho esparcir la voz, de que los enemigos no llegaban a 4,000 y que la mitad eran reclutas resuelvo atacarlos el 1° de octubre sin indicar esta determinación a nadie hasta el 30 de setiembre de 1813 por la mañana que di orden a los jefes para salir con todo el ejército a las 12 del día por un camino de Cordillera de 5 leguas que sólo usaban las llamas, pasar en su altura la noche y caer sobre

el enemigo al romper el día 1° y sorprenderle; pues estaba muy ajeno de que lo atacase y creído en que huía de él.

Salí en efecto el 30 de setiembre con mil trabajos por falta de mulas que condujesen la artillería y municiones. Las de mi uso las que prestaron varios Jefes y Oficiales y las pocas que habían quedado de las Brigadas fueron empleadas. Púsose en marcha el ejército a las 12 del día, y yo exhorté a todos los batallones, uno por uno, al desempeño de sus deberes; y a los Jefes les hice entender antes, que si la Batalla se perdía, no quedaba pueblo ni provincia hasta Lima inclusive, que no se perdiese sin que los enemigos del Rey tuviesen que disparar un fusil; pues todos estaban pendientes del resultado de ella, para declararse por los revolucionarios de Buenos Aires, unirse con ellos, y acabar en esta América Meridional del Sur con todos los europeos y americanos buenos servidores del Rey, a fin de conseguir su independencia y ponerse en comunicación franca con las del Norte, que tenían por la parte de Santa Fe, Quito y Caracas en el mejor estado su revolución y con recíprocas e iguales ideas.

Llegué a la altura de la cordillera con el ejército una hora antes de anochecer el 30, después de haber andado tres leguas por un sendero pendiente elevadísimo, y tan estrecho que sólo cabía un hombre de fondo. Reconocí completamente desde la altura los campamentos de los enemigos y los cuerpos de que constaba su ejército; pues estaban haciendo ejercicio, y calculé que no bajarían de seis mil hombres. Previne en la orden que no hiciesen fogatas. La tropa y oficiales estaban todos al raso. La noche helada muy fría y ventosa. No había pastos para las caballerías sino muy escaso, poca agua, y sin una pequeña concavidad en las peñas para libertarse algo del nevado y sellcoso viento. Debía descansar la tropa hasta las 12 de la noche y empezar a esta hora a bajar la terrible cuesta de dos leguas para llegar 2 horas antes de amanecer al llano de Vilcapujio; pero la artillería no había subido, porque muchas mulas se quedaron muertas en el camino y fue preciso que con las que casi quedaron muertas, después de dejar la carga en la altura se volviese a buscar al campo la de aquéllas. Los pocos arrieros que habían en las brigadas así que entendieron que se acercaba acción, se escaparon; y los artilleros tuvieron que hacer su oficio, con un trabajo tan grande que basto decir que la mula menos débil caería acaso seis veces en la subida, y otras tantas en la bajada. Eran las dos de la mañana y sólo habían llegado 12 cañones de 18 que llevaba, y



Lámina No. 1

municiones para sólo 8, y como ya no era posible sin una pérdida total el dejar de dar la batalla me resolví a emprender a bajar la cuesta a aquella hora, dejando prevenido que los 6 cañones que faltaban continuasen su marcha hasta unirse con el ejército (que no se verificó).

Fuerza de ambos ejércitos

Ejército del Rey

Artillería	12 piezas
Infantería	2.950
Caballería	410
Id. de Lanza
Indios	3.360

Ejército de Insurgentes

Artillería	16 piezas
Infantería	4.600
Caballería	1.300
Id. de Lanza	450
Indios	una multitud

Mi plan era situar de noche las tropas ligeras cerca del campamento enemigo por su espalda, en la montaña a que la tenía apoyada, y los Dragones montados por su flanco derecho; atravesar con el ejército la llanura por el frente y al rayar el día colocado en esta forma, romper el fuego por el frente, espalda y flanco derecho sobre los campamentos enemigos haciendo nula de esta forma la numerosa caballería que a aquella hora tenía en los pastos a una legua de distancia. Todo se hubiera verificado como lo tenía meditado si no acontece la tardanza de la artillería porque el ejército bajó la cuesta sin ser sentido; formó al final de ella sin hallar un centinela, ni en toda la llanura por su frente había una partida como que jamás se persuadieron que fuese a atacarlos por ningún camino y menos por el que emprendí.

Ya era de día (1° de octubre de 1813) cuando el ejército acabó de bajar la cuesta, y demoró más por el tiempo que se ocupó de descargar la artillería y carruaje, armar éstos y montar aquélla, de manera que advertido por los enemigos, tuvieron lugar, antes de que el ejército atravesase la llanura, de recoger la caballada, aprestarse, y formarse en batalla de la manera que se ve en la figura 1a. de la lámina 1a. por lo que tuve que variar el plan en la misma marcha, y con prontitud interín y al mismo tiempo que atravesaba

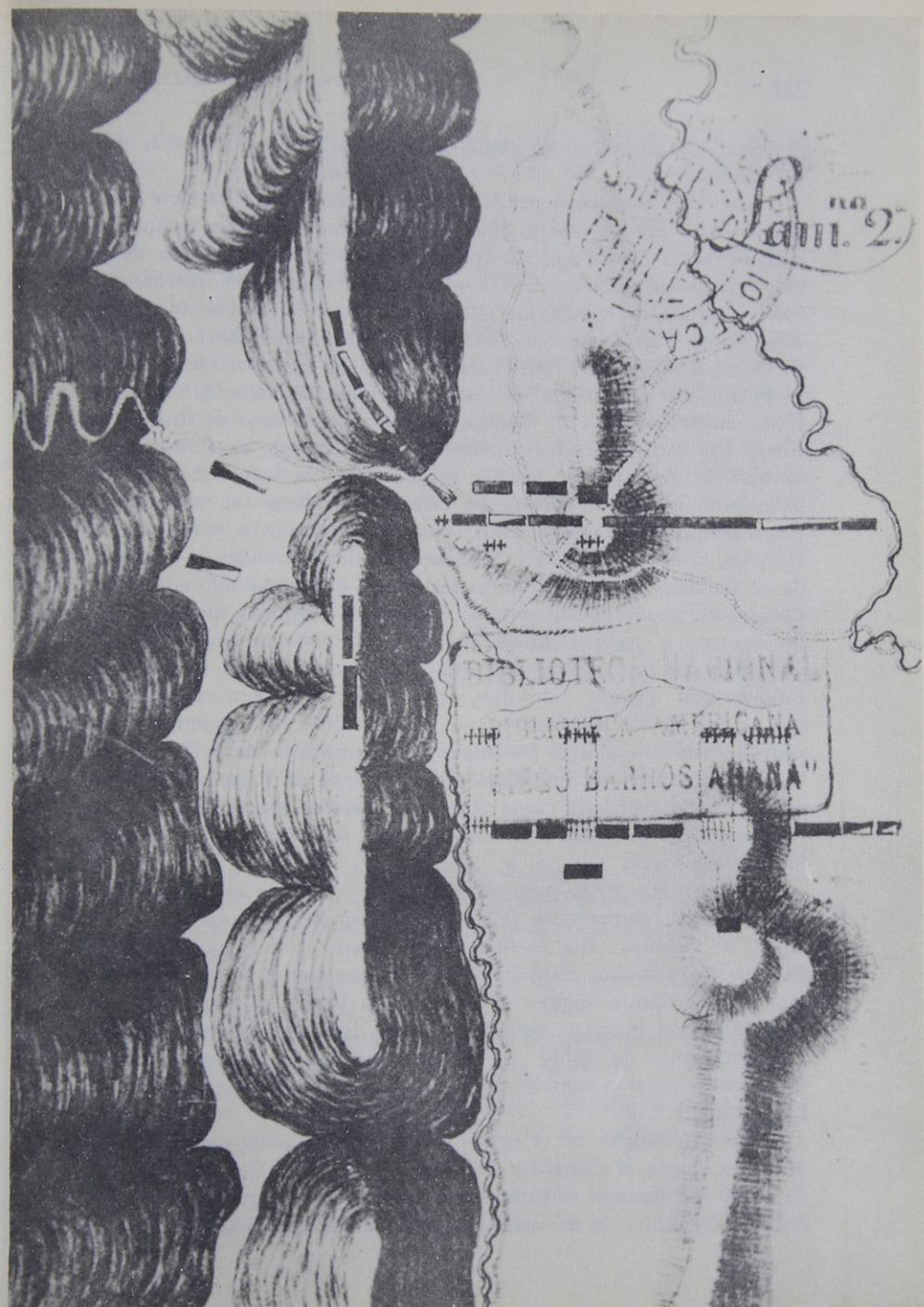


Lámina No. 2

la llanura, y se colocó al frente del enemigo según se ve en la misma figura 2a.

El fuego empezó general por una y otra parte a las siete de la mañana con mucha viveza, y siguió hasta las once, hora en que mi derecha tenía acosada a la izquierda enemiga hasta el pie de la montaña de su espalda; pero la misma sufrió un fuego horroroso por haber cargado los contrarios por aquella parte su mayor fuerza. El Batallón de Partidarios que cubría este flanco fue deshecho; muerto su Coronel la Hera y 7 oficiales con porción considerable de tropa y muchos heridos de ambas clases; en consecuencia se desordenó y retiró en pelotones a su espalda como unos tres tiros de fusil de la línea. Un escuadrón de caballería (prisionero ya su Comandante Zavala), el Regimiento 2° que le seguía en la formación de ella padecieron también mucho. Su Coronel Lombera fue mal herido con bastantes oficiales y tropa, y no pocos muertos y heridos en él, y en el escuadrón con lo cual se desordenó también, y en seguida el Batallón del centro, imitó los demás quedando solo sosteniendo la batalla por la izquierda el Escuadrón Dragones que se había desmontado y parapetado de una zanja, con los caballos al pie, y un cañón de a 4, único útil que había quedado por el centro 2 cañones con algunos pelotones de soldados que se mantenían firmes, y por la derecha escasamente 400 hombres del Regimiento 1°, dos cañones tomados a los enemigos al principio de la batalla en lugar de los nuestros inutilizados y el Cuerpo de Cazadores con un escuadrón de caballería cuyas tropas se portaron sobresaliente y maravillosamente y siempre fueron ganando terreno y estrechando a los enemigos.

La segunda línea pasó de mi orden a ocupar el lugar de los desordenados, componiase de un Escuadrón desmontado y 400 reclutas de Azángaro que habían llegado cuatro días antes al ejército. Estos a los primeros muertos y heridos que vieron se desordenaron también. Quedaron algunos del Escuadrón firmes, y entre todos no llegaban a mil hombres con seis cañones, los que mantenían el fuego contra más de 4,000 que conservaban los enemigos en formación, pues tuvieron también muchos desordenados, muertos, heridos hasta aquella hora.

Yo me hallaba en el centro de la línea y tenía empleados los edecanes, hasta el Contador del Ejército D. Juan Gallardo que me sirvió de tal llevando órdenes a todas partes y el piquete de caballería de la guardia de mi persona que constaba de 50 hombres había

sido destinado a ocupar uno de los puntos de mayor necesidad; de manera que estaba solo con el intendente del ejército D. Sebastián Arrieta que no se apartó de mi lado en toda la acción.

Vi ya en el más apurado caso mi situación y al borde de perderse la batalla; ya en este estado me dirigí a los pelotones de la tropa desordenada que sin haber dejado los fusiles se mantenían cerca de la moribunda línea, los grité y exhorté de la manera más eficaz y todos con la mayor subordinación vinieron conmigo a ella, portándose con tal valor, y arrojo que en menos de una hora ya los enemigos que no supieron aprovecharse de su tiempo favorable subían por la montaña de su espalda en retirada ordenada. Los de la derecha que aunque acosados se mantenían firmes al pie de ella, empezaron a huir, y una batalla perdida se ganó completamente tomándoles a los enemigos toda su artillería, armas y municiones con las cuales y sobre el acto se municionó todo mi ejército. Lo tomado al enemigo y los muertos y heridos de ambas partes lo expresa el siguiente estado.

En este día 1° de octubre de 813 se puede decir con toda verdad que se recuperó la América del Sur.

Estado de los muertos, heridos y prisioneros en la Batalla de Vilcapujio.

<i>Ejército del Rey</i>	<i>Muert.</i>	<i>Herid.</i>	<i>Prisions.</i>	<i>Total</i>
Oficiales	7	16	2	25
<i>Ejército de Insurgentes</i>				
Oficiales	46	38	7	85

Oficiales prisioneros del Ejército de Buenos Aires.

D. Benito Alvarez Coronel del Regimiento No. 8 murió.

D. José Balderrama Teniente Coronel y Ayudante de Belgrano herido.

D. Francisco Tollo Sargento Mayor del Regimiento No. 1°

D. José Noya Capitan de Id.

D. José Bernaldes Teniente Coronel Comandante de Dragones

D. Clemente Bustamante Alférez de Artillería.

Relación de las armas y pertrechos tomados al enemigo

	De a 6 a 4 a 2 obuses 6
Cañones	4 6 2
Cureñas	4 6 2
Cartuchos	51652645 (?)

Fusiles	795
Cartuchos de id.	144000
Cartucheras	136
Portabayonetas	140
Bayonetas	132
Estopines	2800
Lanzafuego	285
Tiendas de Campaña	300
Cajas de herramientas	3
Id. de medicina	4
Zurrones de hilas y vendas	5
Palas Picos y Barretas	22
Granadas de obús cargadas	12
Chiva de charqui	45
Costales de maíz	28
Id. harina	17
Id. arroz	12

Oficiales muertos y heridos en el Ejército del Rey

Muertos

Coronel	D. Felipe de la Hera comandante de Partidarios
Capitanes del	D. Domingo Peña
Real de Lima	D. Manuel Puente Arnao
Tenientes	D. Diego Maldonado
	D. Clemente Vera
	D. Antonio López Rendón
Sub Teniente	D. Vicente Fernández

Heridos

Coronel	D. Gerónimo Lombero Cmdte. del 2o. Regimiento
Capitanes	D. Juan de Dios Saravia
	D. Cipriano Chuquillata
	D. Cristóbal Martínez
	D. Francisco Alcántara
Tenientes	D. Melchor Villota
	D. Juan Vicente Guerrero
	D. Ramón Herrera
Subteniente graduado de	
Teniente	D. Ignacio Pedrosa
Subtenientes	D. Pedro Montero

Subtenientes D. Tomás Morón
D. Mariano Taconera
D. José Zúñiga
D. Agustín Azcárraga

El Teniente del Regimiento de Caballería D. Antonio Suárez salió de Condo el día 3 de octubre conduciendo a Lima los 4 oficiales prisioneros: Tollo, Bernalles, Noya y Bustamante, que llegaron a aquella capital por Puno, Cuzco, Huamanga, etc. Balderrama quedó herido en el Hospital de Oruro y Alvarez murió (espacio en blanco). En el campo de batalla concedí algunas gracias y la de un Escudo de honor a los que más se distinguieron según expresé en el parte que se halla a fojas del Cuaderno No. 1 que dirigí al Excmo. Señor Virrey de Lima por mi Edecán el Teniente Coronel D. Alejandro Herrera que llegó a aquella capital el 27 del mismo, y le concedió dicho Señor Virrey por tan buena noticia el sueldo de Teniente Coronel efectivo pues no disfrutaba sino el de su clase de Teniente del Real Cuerpo de Artillería.

El 12 del mismo octubre por extraordinario di a dicho Señor el parte detallado y circunstanciado de dicha batalla acompañándole el plano de las diferentes formaciones y evacuaciones del Ejército durante ella. El extraordinario era un particular. Llegó a Lima el 2 de noviembre y mereció la gracia de Teniente.

El Virrey que 3 días antes de agradable noticia había recibido la que le di de mi apurada situación recibió así como los honrados habitantes de Lima un júbilo tan extraordinario que jamás han hecho unas demostraciones de más magnificencia y en el Teatro se representó una comedia con el título de Batalla de Vilcapujio compuesta al intento y según lo que su pobre autor sabía hasta entonces de lo ocurrido en ella, y todos los buenos a porfía manifestaron su gozo al paso que los malos su disgusto.

En el mismo día de la Batalla y en el concepto de que el enemigo se había retirado por el camino del despoblado a favor de la oscuridad de la noche dirigí tras él, los cuerpos de Cazadores, Partidarios y Dragones que quedaron menos mal montados, y dispuse que permaneciendo en Vilcapujio un batallón para sostener la retirada a Condo de heridos y pertrechos, lo verificase el resto del Ejército el día 3 como se ejecutó.

Desde el 3 al 16 quedó todo ya en dicho punto de Condo, donde se trabajó con la mayor actividad para recomponer las armas;

y especialmente el carruaje de la artillería que había quedado inservible, así como el tomado a los enemigos.

Belgrano no se retiró por el camino despoblado, dirigióse si a Macha con las tropas que le quedaron para rehacerse en aquel punto, recibir los auxilios de la Provincia de Charcas que quedaban por su espalda, reunir la División de 1500 hombres con 4 piezas de artillería de Vilcapujio, y finalmente los dispersos que esperaba por las estrechas órdenes que había comunicado a los Jueces de todos los puntos de su tránsito.

Su segundo Díaz Vélez, se retiró a Potosí con 400 hombres para extraer de aquella Villa los grandes auxilios de que era capaz en aquel tiempo; hizo fortificar la casa de Moneda, encerró en ella 500 de la villa, a quienes dio armas; sacó de todas las casas y tiendas que había los efectos particulares y mercantiles, y los almacenó en la misma, sin perdonar las alhajas de las iglesias; pasó por las armas a los que hacían la menor gestión de resistencia sin exceptuar el sexo femenino a quien castigaba en la Plaza con cien azotes sobre un cañón sin distinción de clases; y publicó un Bando con pena de la vida para que todo el que tuviese caballerías de cualquier especie las presentase. Con sus inauditas providencias y castigos aterró a todos los habitantes de la villa, sacó familias enteras presas que envió a Jujuy; y encarceló más de 50 señoras de las principales; y se dedicó a enviar a Belgrano cuantas armas y pertrechos pudo; y para Jujuy los robos y saqueos que había hecho. Yo con noticia de esto previne a los cuerpos de Cazadores, Partidarios y Dragones que estrechasen a Potosí e impidiesen la saca de los robos y familias como se verificó en mucha parte, y las señoras encarceladas lograron de este modo no ser confinadas.

Para el 24 de octubre me hallaba ya expedito, y en estado de seguir mis marchas con el ejército sobre el de Belgrano; había remitido a la villa de Oruro todos los enfermos y heridos; así como la artillería y pertrechos sobrantes que no podía dejar en Condo porque hubieran asesinado a aquéllos, y quemado a éstos los indios de aquel pueblo y de los inmediatos, luego que hubieran visto alejarse el ejército por ser los más alzados y perversos que había en toda su clase, y contra quienes no podía dejar fuerzas que debían ser de alguna consideración por la escasez de la de mi ejército para la segunda batalla.

Esta era precisa y de necesaria prontitud para echar a Belgrano de las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí que conservaba

en su poder, aumentándose de día en día su ejército con los auxilios que la mayor parte de los habitantes de ellas adictos en lo mismo de su corazón a la independencia y enemigos a la causa del Rey le proporcionaban, pero me hallaba sin una mula en que transportar la artillería y municiones, y tomando el arbitrio de conducir en hombros de indios aquella, y con burros y llamas las municiones hice reducir todos los cajones a la posibilidad de tan débiles y pesados animales; y encargando la reunión de indios al honradísimo cura de Coroma doctor Pobeda, y a diferentes partidas por todas partes el recojo de los burros y llamas que encontrasen en los campos, logré tener lo absolutamente preciso para ponerme en marcha, y a pie hasta la caballería y la mayor parte de la oficialidad; y sin más víveres que unos pocos que pudieron sacarse de Condo, y sin otra esperanza que la de hallar en los campamentos del tránsito algunas llamas.

45.- El camino de Condo a Macha, es una continuada cordillera: la estación en que emprendí la marcha, de aguas y nieves, que me la hicieron más insufrible; especialmente en la mayor elevación de las montañas, que llaman de Livichuco, y su distancia de 25 leguas (por su inexible aspereza) puede graduarse por ciento de un camino regular: pero arrostrando por todas las dificultades, ella se emprendió.

46.- Salí de Condo con el ejército el día 30 de octubre desde la segunda jornada sufrió continuas aguas y nieves. Muchos soldados iban descalzos, con pocas tiendas, y sin más abrigo que una manta encima de su casaca.

47.- Los indios de los pocos pueblos del tránsito (y con orden expresa de los enemigos que obedecían con gusto y puntualmente) habían abandonado sus hogares y llevándose cuanto tenían en ellos, y el ganado de los campos. Las partidas de tropa, que durante la marcha enviaba por los costados a 4 y 6 leguas de distancia en busca de llamas que comer, se volvían las más sin encontrar nada. Era preciso en consecuencia matar, con toda economía, las que llevaban la carga que tomaba el soldado sobre su espalda y suspender la marcha para que éstas y los burros que habían transportado la suya al punto de la jornada, volviesen a la anterior a buscar la que allí había quedado; y con estos y otros muchos trabajos, consiguientes a la total escasez de recursos; se concluyó el día 11 la marcha, acaso la más penosa que ha sufrido ejército ninguno; y original por la especie de animales de transporte que no

puede graduar nadie, sino el que lo experimenta, y conoce la calidad de la llama, que en llegando a echarse, primero muere a palos que levantarse, y sólo la flema del indio puede sufrir su torpeza.

48.- Los indios dirigidos y pagados diariamente por el cura Pobeda, llevaban sobre sus hombros los cañones y el carruaje y aunque se les trataba bien y se les daba de comer con tanto cuidado como al soldado, era preciso llevarlos en la marcha, y tenerlos por los tránsitos, con una fuerte escolta y acompañarlos un soldado hasta para hacer sus necesidades porque de otra manera no hubiera quedado uno.

49.- El 11 llegué con todo el ejército a la elevada montaña de Taquiri distante unas 3 leguas del ejército enemigo. Desde allá observé su posición que era al fin de una llanura que se llama Ayohuma; detrás de un río que la atraviesa, y apoyado su costado derecho a una áspera montaña, y su espalda a una suave elevación superior aunque poco a la que ocupaba. Justamente se hallaba todo su ejército formado en este punto la misma tarde que yo llegué a Taquiri, y como su elevación permitía (casi a vista de pájaro) observar al enemigo, logré con mi anteojo instruirme menudamente de su posición; y hasta de sus fuerzas con corta diferencia. Me impuse asimismo de la aspereza de una formidable y larga cuesta de una legua que tenía que bajar para poner el ejército en la llanura de la localidad del terreno de ésta; profundidad del río que la atravesaba, igualmente que de la posibilidad de pasar algunas lomas que tenía esparcidas en las 2 leguas de su extensión para no dirigirme por el Camino Real por donde me esperaba el enemigo; y finalmente me informé por un indio único que se presentó, de que éste había abierto grandes zanjas y fosos por todo el frente de dicha su posición; excepto por su costado izquierdo que estaba libre, y terminaba en la llanura para desplegar en ella su numerosa caballería. Supe también que Belgrano había hecho una reunión de más de 4 o 6 mil indios armados de honda, flecha y macana, con destino de que le ayudasen en la batalla y persiguiesen nuestros dispersos, sin dársele cuartel en caso de ganarla.

50.- El día siguiente 13 por la mañana volví a ratificarme en las observaciones hechas el día anterior. Formé el plan de batalla y convocando por la tarde en la misma altura a mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez, al Mayor General Brigadier D. Miguel Tacón, a los Comandantes de Artillería e Ingenieros D. Casimiro Valdez y D. Francisco Mendizábal; y a los cuerpos de línea y

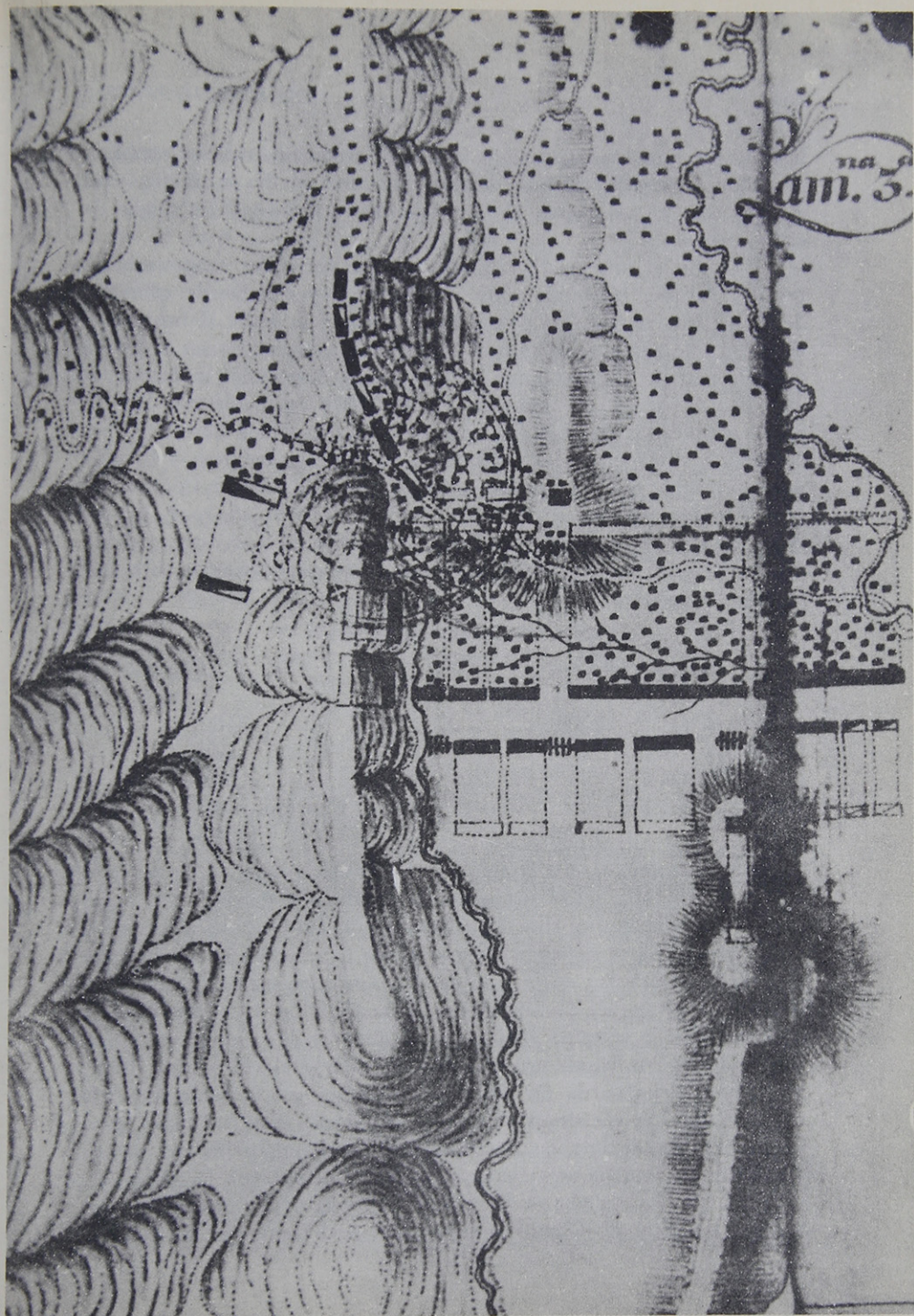


Lámina No. 3

ligeros, los impuse a todos de la hora, formación, marcha, camino, dirección y despliegues que debían ejecutarse al día siguiente, y di a cada uno en un papel, el bosquejo de la disposición y lugar de cada cuerpo.

51.- En el mismo día 13 dispuse que todas las cargas sobrantes del Parque, Hospital, ramo de Hacienda y tiendas de campaña de todos los cuerpos así como de los equipajes, desde el mío hasta el del último tambor, se colocasen formando un cuadro en el punto más elevado de la altura que ofrecía buena disposición para ello, y que dentro de él, se metiesen los enfermos, sus asistentes y los demás empleados del Ejército que no eran de armas llevar con los emigrados, mujeres de los soldados y algunos vivanderos; y habiéndoles repartido armas y todos a la orden del Teniente Coronel D. José Antonio Estévez, sostuvieran aquel punto prefijado para la reunión, en caso de una desgracia. En este estado di la orden para que una hora antes de amanecer estuviese el ejército formado para emprender la marcha.

Fuerza de ambos Ejércitos

<i>Ejército del Rey</i>	<i>Id. de Insurgentes</i>
Artillería 18 piezas	8 piezas
Infantería 2.850	3400
Caballería 250	1200
Id. con Lanza	500
Indios	Una multitud
<u>3.100</u>	<u>5.100</u>

53.- Al romper el día empezó el ejército a bajar la cuesta y la artillería montada sobre sus carruajes tirada por los indios a cargo del citado benemérito cura de Coroma que cuidaba de ellos. A las 8 de la mañana se hallaba formado al fin de ella; en la manera que expresa la figura 1a. de la Lámina 2. El enemigo estaba formado en batalla al frente del Camino Real en la posición antes indicada, y que demarca la segunda figura pero habiendo dado diferente dirección a todos los batallones y artillería atrevesé el río y loma inmediata por la izquierda del Camino Real para caerle sobre su derecha; y sólo los cazadores montados siguieron dicho Camino Real llevándose por delante las partidas que los enemigos habían apostado en él. La marcha se ejecutó según se manifiesta en la figura 3a.; y al fin de ella, quedaron las líneas y tropas ligeras según demarca la misma figura. El ejército enemigo barrió el frente de su posición,

y se encontró perdido su trabajo de grandes zanjás, y con su flanco derecho tomado.

En esta disposición ambos ejércitos y a distancia de tiro y medio de fusil uno de otro; y teniendo yo perfectamente apoyada mi izquierda a una loma que ocupaban las tropas ligeras hice pasar de ella por más necesaria la derecha seis cañones de a 4 para reforzarla porque tenía a su frente una numerosa caballería a quien proporcionaba el terreno maniobrar con más desembarazo; y mandé en seguida que manteniéndose firme toda la tropa de línea; y con sus claros abiertos avansasen las 18 piezas de artillería que tenía a tiro proporcionado de los enemigos y que al mismo tiempo las tropas ligeras de la loma atacasen el flanco derecho de su línea de batalla y a dos escuadrones que enviaron para defenderle en oposición de aquéllas. Lámina 2.

54.- Este movimiento se ejecutó con la mayor prontitud y animosidad. Las tropas ligeras arruinaron y persiguieron a los dos escuadrones que no pudieron volver a su formación y huyeron en el mayor desorden; cortaron el camino para Macha y Chuquisaca como se les había prevenido; y empezaron a hacer un fuego vivísimo sobre el flanco derecho de la línea enemiga. La artillería se portó de una manera tal que jamás he visto servirla tan bien en las muchas acciones en que me he hallado durante mi vida. Ella abría grandes lazos en las filas enemigas que sufrieron un considerable daño; pero sin embargo se mantuvieron tan firmes como si hubieran criado raíces en el lugar que ocupaban.

55.- Un cuarto de hora duró este horroroso fuego, que yo creí suficiente para ganar la victoria; pero eran valientes los enemigos aunque no tenían jefes que supieran dirigirlos. Los batallones que a medio tiro de fusil de la avanzada artillería se mantenían firmes, manifestaron sus deseos de entrar en acción. Hícelos avansar; y que al llegar a unirse con la artillería siguiesen el ataque de frente.

56.- Al ver el enemigo este movimiento descendió de una suave altura que ocupaba y formado en batalla se arrojó sobre mi tropa que del mismo modo iba hacia él, con un valor e intrepidez, que debo confesar de justicia. Desplegó su caballería de la izquierda que por dos veces atacó con el mismo denuedo mi derecha: pero recibida con la metralla de 10 cañones y por todo el cuerpo de Infantería y caballería de Cazadores y el valiente piquete de 50 hombres montados de la guardia de mi persona, que envié al instante que la vi mover fue destrozada con una horrorosa pérdida; y sus

restos huyeron precipitadamente. El resto de mi Ejército unido con la artillería hizo su ataque de la manera más hermosa y valiente; y llegadas ambas líneas hasta la distancia de medio tiro de fusil, no pudieron los enemigos sufrir el estrago que las causaban ni el fuego de las tropas ligeras que les tomaron el flanco por aquella parte al principio, y ya que le hacían por la espalda.

57.- Esta última escena que duró un cuarto de hora destruyó a los enemigos; y con más de 600 hombres muertos; y acaso 1500 heridos huyeron precipitadamente pero como estaban tan inmediatos unos de otros; y a pesar de que no me hallaba con cien caballos útiles siguieron todas las tropas tras de ellos, por el único camino que les había quedado, que era el de Potosí; haciéndoles cuanto fuego era posible en su carrera, y acuchillándolos mi caballería de manera que se logró acabar con todo el ejército enemigo excepto con Belgrano y Díaz Vélez que anticipadamente se habían procurado poner en salvo; y como unos 500 hombres entre Caballería e Infantería que pudieron escapar después de la persecución que se les hizo por más de dos leguas de distancia.

58.- Era día del Triunfo de Nuestra Señora y Generala del Ejército 14 de noviembre y en él favoreció a las armas del Rey de una manera la más grande, que sólo esta Señora la puede alcanzar.

59.- No hubo oficial, soldado, ni tambor que se apartase de su puesto, ni que obrase con cobardía. Tampoco hubo el menor azar de aquellos que comunmente suceden en los primeros encuentros de un ejército con otro y obligan a variar el plan de ataque. El se verificó en todas sus partes según había explicado el día anterior a todos los jefes.

60.- Tan graves consecuencias traía la pérdida de esta batalla como la de Vilcapujio. Las provincias para su feliz resultado a las armas del Rey no habían variado de opinión, y su conducta era la misma, si la batalla se pierde, se pierde también la América meridional del Sur.

61.- El 15 di parte al Excmo. Señor Virrey por mi edecán el Coronel D. Manuel Químer concedí algunas gracias particulares; y habiendo acordado una general de un Escudo a cuantos individuos de todas clases se hallaron en la batalla se varió por lo común que es esta distinción, y a solicitud de todo el Ejército en una medalla de la figura e inscripción que se ve al fin del plano de dicha batalla.

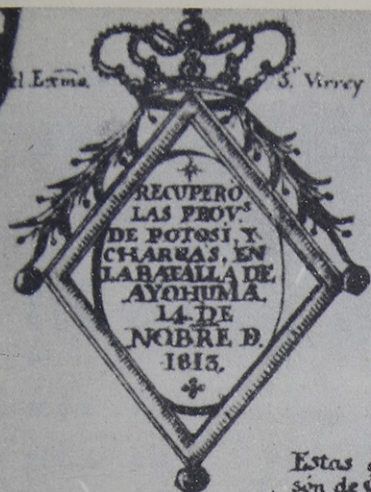
62.- Relación de los oficiales y Tropa de este Ejército Real

al Exma.

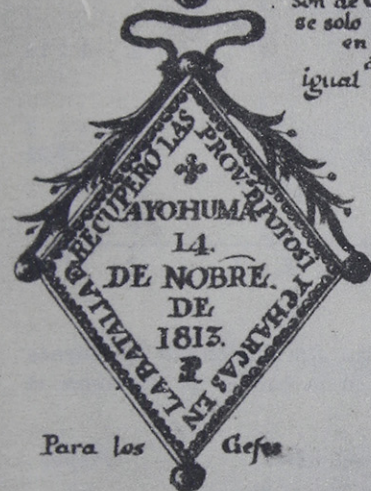
S. Virrey

Para los SS.

Genero



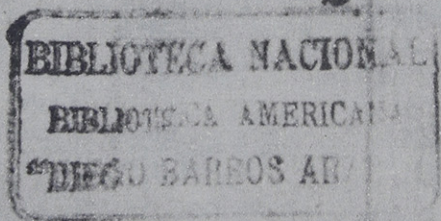
Estas quatro Medallas
son de Oro; diferenciando
se solo de la de la Tropa;
en que esta es
de Plata.
igual a la de los Oficial^s.



Para los Jefes



Para los Oficiales



que han sido muertos y heridos en la Batalla de Ayohuma el 14 de noviembre de 1813.

CUERPOS	NOMBRES	OFICIALES			TROPA		
		Muert.s	Heridos		Muert.s	Heridos	
		Cap.s Ten.s Sub.s	Cap.s Ten.s Sub.s		Sarg.s Cav.e Sold.s	Sarg.s Cav.s Sold.s	
Artillería	D. Narciso Martínez	. . .	1	4
1er. Rgmo. de Infantería	D. Francisco Morales	. 1 4	1 6 35	
Id. Id.	D. Manuel Almonte 1		
2o. Id. Id.	D. Justo Pastor	. . .	1 2	1 2 19	
2o. Id. Id.	D. Domingo Infantas 1	
Batallón del Centro	D. Felipe Velando 1 .		. . 2	1 2 19	
Id. Id.	D. Silverio Mogrovejo 1	
Id. Id.	D. Simón Solís 1	
Guerrilla		5
Caballería	D. Ildefonso Udave	. 1 3	. 3 14	
Id.	D. Dionisio Delgadillo 1		
Dragones de Honor	 1	. . .	
Totales		. 2 .	2 4 2		. . 12	3 13 86	

63.- Oficiales y Tropa del Ejército Revolucionario de Buenos Aires que fueron hechos prisioneros en la batalla de Ayohuma el 14 de noviembre.

Cuerpos	Clases	Nombres	Tropas
Artillería	Capitán	Francisco Villanueva	43
	Teniente	Boletín García	
	Sub-Teniente	Agustín Rabago	
		Carlos Burgos	
	Cadete	Juan Alvarez Abuela	
	Capitanes	José Rua	
		Marcos Ibarra	
		Antonio Segovia	
		Agustín Vidal	
		Gregorio Fernández	
		Alberto Acevedo	
		José Navarro	

<i>Cuerpos</i>	<i>Clases</i>	<i>Nombres</i>	<i>Tropa</i>
Regmto. N. 1°	Tenientes	Domingo Díaz	112
		Martín Pereira	
		Domingo Pilliza	
	Sub-Tenientes	Clemente Caco	
		Juan Bautista Treces	
		Custodio Araya	
		Rufo David	
		José Manuel María Pastrana	
		Felipe Cueva	
		José Navarro	
		Manuel Pérez	
	Cadetes	Estanislao Correo	
		Juan Ramos	
		Manuel Prudan	
		Ramón Vivar	
Regmto. No. 6	Distinguido	Felipe Deri	
	Capitanes	Juan Pardo de Zela	
		Esteban Figueroa	
		Francisco Arauzo	
	Tenientes	Manuel Rivera	
		Juan Palacios	
		Mariano Calderón	
		Felipe Bott	
	Sub-Tenientes	José de los Santos Mardoñez	
		Melchor Zuvieta	
		Ramón Guzmán	
		Benito Ramago	
		Asencio Lescano	
		José María Pajon	
		Fortunato Pueyrredón	
Cazadores		José Saura	
		Nicomedes Martínez	
		Victoriano Bolaños	
		Antonio Pérez	
	Cadetes	Ramón Aguilar	
		Gregorio Herrera	
	Sargento Mayor	José Antonio Cano	
	Capitanes	Pedro Esquimo	
		Ramón Boedo?	

<i>Cuerpos</i>	<i>Clases</i>	<i>Nombres</i>	<i>Tropa</i>
Pardos y Morenos	Sub-Tenientes	José Félix Ortiz	75
		Joaquín Tagle	
		José María Orciro	
		Isidro Quiroga	
	Cadetes	Domingo Romero	45
		Pablo Ramos	
		José Antonio Quiroga	
	Distinguido	Juan Cantoya	
	Sargento Mayor	Bartolomé Rivera	
	Capitán	Calisto Baca	
	Teniente	José Cabrera	
	Sub-Teniente	Pablo Morcillo	45
	Sub-Tenientes	Mariano Campos	
		Fernando Azcuenega	
Dragones	Capitanes	Bernardo Delgado	10
		Isidro Villar	
		Hipólito Videla	
	Tenientes	Domingo Luján	
		Gregorio Iramani	
	Sub-Tenientes	José Mantilla	
		Calisto Giraldes	
		Tropa prisionera	
			367
Oficiales id.			74

64.- Armas y pertrechos tomados en dicha batalla.

Cañones de varios calibres	8
Cureñas para id.	8
Municiones para id. cajones	5
Fusiles en el campo de batalla.....	1.200
Id. en las alturas y quebradas dejadas por	1.813
los heridos que se hallaron en ella (<i>sic</i>)	613
Cartucheras	1.300
Portabayonetas	800
Una escasa provisión de víveres en Macha que se repartió a la tropa y hospital.	
Varios depósitos cortos de víveres en los pueblos inmediatos a Macha que tuvieron igual destino.	

Alguna parte del equipaje de Belgrano en que se hallaron 746 pesos en moneda revolucionaria; y su correspondencia.

Varias petacas con ropa de oficiales que se repartió.

65.- En el mismo día 14, y así que las tropas que persiguieron al enemigo, regresaron al campo de batalla di la orden a mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez, para que marchase en seguimiento de los pocos fugitivos que con Belgrano y Díaz Vélez tiraron por el campamento de Potosí; que se posesionase de aquella villa; estableciese el orden en ella, con arreglo a la instrucción que por escrito le pasé; y quedándose con la competente guarnición enviase tras el enemigo hasta Tupiza, y hasta posterior orden mía el resto de las fuerzas que llevaba. Estas consistían en los cuerpos siguientes.

66.- El Batallón de Partidarios	322 plazas
Id. de Cazadores	300
Un escuadrón de Dragones	128
Una compañía de Granaderos del 1er. Rgto	<u>103</u>
	853

67.- Di la orden asimismo para que el [15 de noviembre de 1813 (?)] llevasen todos los heridos, pertrechos, armas y municiones al pueblo de Macha, 3 leguas distante del sitio de la batalla y a donde pasé con mi cuartel general, y cuerpos del Ejército el propio día 15.

68.- El 16 mandé al Brigadier D. Gerónimo Marrón de Lombera a marcharse a la ciudad de La Plata, a tomar posesión de ella, y establecer el orden con arreglo a la particular instrucción que le di por escrito, y llevó consigo las tropas siguientes.

69.- Las partidas de guerrilla	250
Dos escuadrones desmontados	200
Dos cañones de a 4	<u>20</u>
	470

70.- En el mismo día 16, dispuse que el Subdelegado del Partido en que se dio la batalla (que se llama Chayanta) fuese a la capital de él, a establecer el orden nombrar caciques y alcaldes, y ponerlo en el estado debido, de sumisión y contribución al Rey. Este Partido que antes de la revolución mandaba el mismo Subdelegado Velasco, ha sido el más alzado y perverso de todos, y dado las pruebas más grandes de su infidelidad y adhesión a la infame

causa de nuestros enemigos; por lo que en la instrucción particular que le di a Velasco; y después al Teniente Coronel Mendizábal, que le substituyó en aquellos primeros días, les impuse una fuerte contribución.

El 17 municioné al Mariscal de Campo D. Francisco de Picoaga, para que marchase (como lo verificó aquel día) a la Provincia del Cuzco, con instrucción por escrito para su Gobierno; a fin de reclutase en ella de 2 a 3 mil hombres que me ofreció sacar con objeto de reemplazar las bajas del Ejército que eran muchas, no tanto por los muertos y heridos, como por las deserciones; pues en solos los 3 días que mediaron desde la batalla a la salida de Picoaga, pasaron de 300 los soldados que se desertaron; y siendo absolutamente preciso poner guarniciones en las 3 Provincias recuperadas Cochabamba, Charcas y Potosí y que fuesen de alguna consideración, especialmente en las dos primeras, en que la independencia y adhesión al sistema revolucionario de Buenos Aires estaba en lo íntimo del corazón de sus habitantes era indispensable tomar esta medida para reemplazar dichas bajas prontamente y aumentar mi fuerza de manera que pudiese dejar fuertes guarniciones en las citadas 3 provincias para continuar la guerra, y para sacar las ventajas que proporcionaban las dos memorables batallas de Vilcapujio y Ayohuma.

Con este tan interesante objeto escribí a los Intendentes y Gobernadores de las Provincias de Puno, Arequipa, Cuzco y Huamanga, para que a toda prisa me enviasen cuanta gente pudiesen y plata con que mantenerla, y al de La Paz esta sola especie porque la gente de ella es más enemiga del Rey que los mismos de Buenos Aires. El Señor Virrey dio sus órdenes al intento.

En este mismo día 17 dispuse que el Sargento Mayor de Caballería D. José Aveleira con 150 soldados de su cuerpo saliese de Macha con 54 oficiales y 480 soldados prisioneros, quedando los heridos de ambas clases; y que dejando en la villa de Oruro éstos y seis negros que había entre aquéllos, condujese los restantes 48 a Lima, como verificó por Puno, Arequipa, Puerto de Quilca, hasta el Callao; y para quedar del todo desembarazado de la pesada carga de prisioneros, previne al Capitán del 1er. Regimiento D. Miguel Mellado, que con una partida de 40 hombres se hiciese cargo de los 14 oficiales, y 200 soldados heridos que habían quedado en el hospital, y cuando estuviesen en estado de emprender la misma marcha que los otros la verificase, como así lo ejecutó saliendo de Macha

el 2 de diciembre: y dejando en Oruro los soldados continuó su viaje por el Cuzco hasta Lima, donde llegó con los 14 oficiales.

Tanto los de una, como los de otra remesa, fueron socorridos diariamente con 4 reales a el oficial y uno y medio el soldado, cuya asignación disfrutaron todo el tiempo de prisioneros.

El 21 de dicho mes de noviembre mandé salir a Potosí la tropa y pertrechos siguientes.

El Regimiento 2o.	500
Seis cañones de a 4	50
	<hr/> 550

Mil fusiles tomados al enemigo para que se compusiesen inmediatamente y con esta tropa fueron 3 oficiales de los prisioneros: Acevey, Torres y Alvarracín, los principales autores de la muerte del Intendente de Potosí el Señor Francisco de Paula Sanz. Pero no siendo cierto Acevey y Torres se pusieron a servir de soldados en el Ejército del Rey a solicitud suya y de sus honrados padres; y el tercero marchó a Oruro a alcanzar a los demás.

El 26 dispuse que saliesen para la ciudad de La Plata el batallón del centro con 4 cañones, la artillería tomada a los enemigos y todo el Parque del Ejército; más 700 fusiles igualmente tomados al enemigo para su pronta composición, y

El 30 de noviembre salí yo con mi Cuartel General, el 1er. Regimiento, un escuadrón de caballería y mi piquete de honor, para la ciudad de La Plata, donde entré el día 4 de diciembre; después de haber andado en estos 5 días un camino tan malo o peor que el anterior de Livichuco.

La ciudad de La Plata la había evacuado el 19 de noviembre el intruso Gobernador Ocampo, así que supo la aproximación de las tropas del Rey. Su cabildo secular y eclesiástico como pasaron oficios de sumisión a las armas de mi mando. En mi primera jornada (a Ocuri) me salieron a recibir dos Diputados del primero y en la última (Las Palomas) por el segundo, su recomendable Dean D. Matías Terrazas, así como otros cuerpos de la ciudad una legua antes de llegar a ella; y con este acompañamiento entré observando a primera vista en los semblantes, calles, aparato y concurrencia de gentes, lo que había labrado en sus ánimos el deseo de independencia y aborrecimiento al Rey; especialmente en la gente común y de medio pelo, que denotaban el sentimiento de ver entrar sus armas con la mayor desvergüenza, embozados algunos en capas, y la ma-

yor parte en ponchos y mantas; con sus sombreros redondos calados hasta los ojos; recostados en las esquinas y paredes de las calles, desafiando con su postura a las tropas del Ejército que iban prevenidas de tratarlos como hermanos.

Esta ciudad fue la primera de la América Meridional, que se vio en revolución contra las legítimas autoridades y derechos del Rey. En la noche del 25 de mayo de 809 en que embriagada la gente plebe, por el Subdelegado que era entonces del Partido de Yamparaes D. Juan Antonio Alvarez de Arenales, se amotinó; y de orden de los Ministros de la Real Audiencia despojó de su mando a su Presidente el Teniente General D. Ramón García Pizarro, y lo condujo preso a un calabozo en la Universidad: quedando desde aquel acto con el mando político dicho General; y a su cabeza el Regente Conde de S. Javier: que nombró por Comandante Militar a sus órdenes al expresado Arenales, que tantos daños hizo entonces y después, a la causa del Rey, siendo un acérrimo caudillo de los revolucionarios de Buenos Aires, en los Partidos de la Laguna, Valleggrande y Provincia de Santa Cruz, se apunta la conducta de esta ciudad, así como se hará en su lugar de las demás en que se ha hecho la guerra para que se venga en conocimiento de que las tropas del Rey han estado entre enemigos domésticos como los ejércitos de Napoleón se hallaron en la Península de España: debiendo añadirse para mayor conocimiento que el Regente y los Oidores, Uzos y Vallesteros que según la opinión general y la causa formada a instancias de Pizarro, fueron los principales autores de la revolución, los protegieron los tribunales superiores, y aun las mismas Cortes; pues en lugar del castigo que merecían, y por el que clamaban la justicia y los hombres de bien fueron ascendidos el primero al Concejo y después a Regente de la Audiencia de Lima; el segundo a la del Cuzco; y el tercero a la de Asturias, desatendiendo dichas Cortes Generales la incesante queja y satisfacción que pedía el señor Pizarro, del mismo modo que han desatendido al ultrajado Virrey de Lima en todos los negocios de esta especie: así como a los demás jefes, que a costa de muchos sacrificios han sostenido la justa causa del Rey en las Américas.

Permanecí en dicha ciudad de La Plata desde el 4 hasta el 16 de diciembre ordenando todas sus corporaciones y autoridades con arreglo a nuestras leyes.

Establecí un Tribunal de Purificación compuesto del Gobernador Presidente; tres militares de graduación, y dos letrados abogados

del país, uno de defensor, y otro de Fiscal, que juzgasen todos los delitos de infidelidad con arreglo a los artículos que se les prescribieron y demandaron las circunstancias.

El 12 del mismo diciembre y para cumplir el voto mío y de todo el Ejército hecho a la Virgen del Carmen de nombrarla para Generala de él, para que le continuase con la protección que hasta allí se había dignado concederle se le celebró una solemnísimas misa y función en el convento de Carmelitas de dicha ciudad, que describe merecidamente el ilustrado orador de aquel día D. Matías Terrazas Dean de su Santa Iglesia Catedral, tanto en su sermón impreso, como en la descripción particular que hace de la entrada de las Tropas Reales, en la referida ciudad.

En este mismo día 12 y antes de ir a la función, hallándose todas las corporaciones, jefes y oficiales del Ejército en la casa del General le pusieron a éste en su pecho la Medalla concedida a todos los que se hallaron en la Batalla de Ayohuma, un soldado de cada uno de los cuerpos de él, y se repartieron a los que estaban presentes; así como después a los restantes que se hallaban en aquel día fuera del Cuartel General con tal motivo y el de la función que iba a celebrarse, les arengo para la continuación de su buen comportamiento en favor de la causa del Rey y de la confianza que debían tener en la protección de la única Señora a quien se había elegido para Generala de nuestras armas y Directora de las operaciones de ellas.

Arreglado ya todo lo posible según la brevedad del tiempo y dejando al Brigadier Lombara de Gobernador de la ciudad y su Provincia con 200 hombres de caballería para mantener el orden.

Salí de dicha ciudad de La Plata el 16 de diciembre y llegué el 21 del mismo a Potosí. Esta villa merece la mejor opinión entre las demás capitales de las Provincias recuperadas, por no haber manifestado una adhesión tan decidida a la causa de la Independencia como aquéllas, pero abriga dentro de sus recintos muchas personas tan infidentes como las hay en las otras: no obstante observé a mi entrada alegría en los semblantes, y en los corazones de sus habitantes, especialmente en las señoras principales.

Belgrano había evacuado esta dicha villa el 18 de noviembre por la proximidad en que se hallaban las tropas que con mi segundo el General Ramírez le persiguió desde Ayohuma y entraron en ella el 19 por la mañana habiendo recibido el día antes un oficio de dicho Belgrano en que me pedía un armisticio el cual y su con-

testación se hallan en el apéndice del compendio de esta historia; así como los documentos que se citan.

Belgrano sacó de Potosí cuanto pudo haber a las manos y arrancó de sus casas familias enteras que hizo conducir anticipadamente al Tucumán; así como cuantas encontró en su tránsito, por no ser adictas a la causa de Buenos Aires. Lo mismo mandó ejecutar al intruso Gobernador de campo de la ciudad de La Plata; con tanto rigor que hubo Canónigo a quien llevaron con grillos y cadenas, saqueando a todos estos infelices sus casas. Igual suerte iban a experimentar más de treinta señoras de Potosí a quienes tenía presas en la cárcel y casa de Gobierno pero la rapidez con que caminaron las tropas del Rey se lo impidió.

A mi llegada a esta citada villa; y con arreglo a mis instrucciones había establecido ya el General Ramírez el orden y Tribunal de Purificación: pero siendo preciso que marchase inmediatamente a continuar con el mando de la vanguardia nombré interinamente para Gobernador de ella y su Provincia al Mayor General del Ejército el Brigadier D. Miguel Tacón, hasta que relevado Lombera de su Gobierno de La Plata por el Coronel D. José Marquez a quien había conferido este empleo, pudiese venir a tomar el mando de Potosí y dejar expedito a Tacón para continuar con las funciones de Mayor General.

Verificado esto y arreglados en lo posible los diferentes ramos de administración pública, Banco y Casa Real de Moneda, salí de Potosí con mi Cuartel General el 31 de enero y llegué a Tupiza el 10 de febrero.

Las tropas ligeras que perseguían a Belgrano y reliquias de su ejército, consistían en los batallones de Partidarios y Cazadores, un escuadrón de Dragones y una compañía de Cazadores montados a la orden del Coronel D. Saturnino de Castro, que era un traidor encubierto, como se verá después, y éstas habiendo tenido algunos ligeros encuentros con la retaguardia de Belgrano entraron en Jujuy y Salta en fines de enero y primeros de febrero y mi segundo Ramírez el 29 de dicho mes de enero.

Yo me detuve en Tupiza para arreglar la guerra que dejaba a la espalda; y reforzar el Ejército así que llegasen los reclutas de las Provincias del Perú que desde Ayohuma fue a buscar el General Picoaga: pero como esta medida no produjo fruto alguno sin embargo de mis instancias y clamores a los jefes de aquéllas, y Cabil-dos constitucionales (que eran entonces) por la oposición de éstos;

la ninguna voluntad de los habitantes; y sobre todo por el deseo de independencia que casi los más tienen arraigado en lo íntimo de su alma me vi en la necesidad de echar mano de los hombres de los Partidos de Chichas, Cinti y Tarija, sin embargo de haber hecho ver la experiencia a mi antecesor el señor Goyeneche que eran opuestos a la milicia, adictos a la criminal desertión, y con ninguna voluntad a ocuparse en la defensa de la causa del Rey pero no quedándome arbitrio para aumentar la fuerza de mi ejército; y con la esperanza de que la disciplina y mayor cuidado sacase algún fruto de ellos, di la orden a los Jueces Subdelegados para la reunión, y remisión a Tupiza de mil hombres de dichos tres Partidos; con los cuales y sin embargo de haberse desertado la mitad en la marcha formé sirviendo de base 200 veteranos y oficiales del Ejército, dos batallones, uno de Granaderos; y el otro de Fusileros, con el nombre de Batallón del General y habiendo accedido a las continuas solicitudes que desde sus depósitos de Oruro y Desaguadero me hicieron la mayor parte de los prisioneros de Vilcapujio y Ayohuma para que los empleos de soldados en el Ejército protestando con juramento la fidelidad al Rey se logró poner dichos dos batallones en la fuerza de 800 plazas.

Instruidos regularmente dichos dos batallones; y arreglada la guerra que por Vallegrande debía hacerse contra Arenales, hasta tomar a Santa Cruz, Mojos y Chiquitos con la división del Teniente Coronel D. José Joaquín Blanco, compuesta de 300 hombres de infantería, 150 de caballería y 4 piezas de artillería, así como la de la Laguna contra los dos caudillos Winaña Padilla, Cárdenas, Zárate y el rebelde indio Cumbay (dueño del valle de Ingre que se les había huido) por el Coronel D. Sebastián de Venavente, y la división de su mando compuesta de 200 hombres de su Batallón; de dos compañías de caballería de 150 cada uno, de 80 llamada de decididos del país, con un cañón; y arregladas las guarniciones en las capitales de las Provincias de mi espalda: mas siendo cada día más necesaria mi reunión en la vanguardia en Jujuy, como incesantemente me la pedían los jefes de los cuerpos de ella, resolví ejecutarla.

Para dejar menos cuidados, atraer la voluntad de tantos infidentes, como había prófugos de sus casas temiendo la justicia del Tribunal de Purificación, y no pocos juzgándose en él, tenía determinado publicar un indulto general exceptuando sólo a las cabezas de gavilla, cuando llegó a mis manos una representación del Cabildo

secular de la ciudad de La Plata, en que me pedía la gracia de dicho indulto: y otra con el mismo objeto dirigida al Excmo. Señor Virrey, por el Síndico Procurador General de la villa de Potosí, que paso original con su decreto de 18 de marzo, dejando a mi arbitrio la resolución, y en consecuencia le concedí, y circulé a los Jefes de Provincia en de mayo de 814.

El 16 de dicho mes de mayo salí para Jujuy con los referidos batallones, 18 piezas de Artillería y todo el Parque del Ejército; y llegué a aquella ciudad el 27 del mismo, observando en mi marcha las diferentes hermosas posesiones que para defenderse pocos de muchos e impedir el paso, hay en todo el Camino Real que fue el que yo tomé; especialmente en el estrecho de Urquía se halla tres leguas y media más abajo de Humahuaca que sólo tiene 50 varas de ancho con unas montañas ásperas y elevadas por ambos lados. El de Huacalera que dista del otro 5 leguas bajando para Jujuy más estrecho aún que el anterior, y tan ásperas y elevadas las montañas de sus costados. El de Pumamarca que tiene 160 varas de ancho con igual dificultad por los costados; y fácil modo de hacerle impenetrable, y privar el paso al despoblado por una quebrada que le da el nombre de Pumamarca. Este se halla tres leguas más abajo de la Posta de Hornillos y a 14 de Jujuy.

La vanguardia se hallaba distribuida en esta forma. En Salta el Escuadrón de Dragones el de San Carlos y los batallones de Partidarios y Cazadores a la orden del Coronel D. Saturnino de Castro. En Jujuy los Regimientos 1º y 2º y Escuadrón 1º Cazadores con quienes y en la misma ciudad, quedaron los batallones que me acompañaron e igualmente la Artillería y Parque y quedó situada en ella mi Cuartel General.

La fuerza de todo el Ejército consistía en 4 mil hombres incluso 450 de caballería y 200 artilleros. Mi objeto era el continuar la marcha sobre el Tucumán, luego que me llegasen los reclutas que fue a buscar el General Picoaga: pues aún tenían algunas esperanzas de que se verificase por las que simuladamente me daban las Provincias que desde el principio no se pusieron a auxiliarme, y si a entretenerme con buenas razones para ver si así me alejaba y podían con mi mayor distancia poner en práctica sus intenciones de revolucionarse.

Dicho Coronel Castro a los principios de su llegada a Salta (de donde era natal) con los escuadrones citados de Dragones y San Carlos emprendió varias salidas, por la campaña, tanto para ahuyen-

tar los enemigos, como para recoger ganados y mulas con que auxiliar al Ejército; pero separado de las reglas y órdenes que al intento le comunicaba mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez; las ejecuta por su capricho con cortas partidas, alejadas del campo principal a muchas leguas de distancia sin orden concierto, ni la menor economía; por cuyas razones y por haber exasperado con su destornillada conducta los gauchos del campo que no habían tomado hasta entonces partido, empezaron a formar cuadrillas numerosas, agitados por un Güemes, natal de Jujuy que servía de Comandante de avanzadas de los enemigos, y era no sólo un gran práctico de los inmensos bosques del frente de ambas ciudades, sino un hombre a quien los gauchos profesaban afecto por tener haciendas en la campaña y haberse servido de muchos de ellos para su laboreo y manejo: resultando que semejantes hombres que no eran capaces de presentarse a 200 de los nuestros los batieron y asesinaron repetidas veces a los que en cortas partidas enviaba la locura de Castro a algunas distancias; manteniéndose ocultos como conejos en los bosques hasta encontrar la ocasión de hacer la suya; de manera que los soldados Dragones que fueron siempre valientes, de la tropa más selecta del Ejército, llegaron a acobardarse de una gente tan despreciable, que sólo el nombre de gauchos lo miraban con horror, cuando si ellos hubieran sido bien dirigidos hubieran bastado para ser dueños de la Compañía. Al contrario los gauchos se engrieron y para darles más valor enviaron los enemigos desde el Tucumán algunas partidas de tropas que reunidas con ellos los esforzasen más en sus correrías; y aunque mi segundo envió después a Salta el Batallón de Cazadores y a poco tiempo de Partidarios para ahuyentarlos nada consiguieron, pues se hacía una salida de la Ciudad en busca de ellos; y al instante desaparecían ocultándose a los montes cuyos senderos y veredas poseían; se hallaban bien montados y con remuda de cuantos caballos querían, y a beneficio de estas ventajas, y de ser muy jinetes toreaban a nuestra Tropa de una manera vergonzosa, y se llegaban de noche hasta meterse entre la ciudad, por lo cual se habían hecho unas trincheras de adobes en las bocacalles que aseguraban las manzanas de las casas que formaban la Plaza, y la tropa y vecinos habitaban dentro de ellas por no exponerse a ser arrebatados en una noche oscura si se quedaban fuera de trinchera como sucedió repetidas veces.

En este estado hallé la vanguardia cuando me incorporé a ella en el referido día 27 de mayo, y tocando la necesidad de remediar

esto y aumentar la caballería para conseguirlo dispuse la formación de 1° y 2° Escuadrón de Cazadores con el pie de una compañía de este nombre que ya había y los soldados del Ejército que voluntarios y jinetes pasaron al uso de esta arma. Dispuse asimismo que retirándose a Jujuy los pocos Dragones que habían quedado con su Comandante Castro de cuya conducta y fidelidad ya desconfiaba mucho; y que los dos escuadrones nuevos con el de San Carlos, los dos batallones de tropas ligeras y el Regimiento 1° hiciesen un movimiento general y rápido a tomar los puntos que llaman de los Cerrillos, Cobos e izquierda para estrechar por todas partes a los emboscados y se adueñó del campo hasta el Río Pasaje, que dista 37 leguas de Jujuy obligándolos a que se situasen a la orilla opuesta como efectivamente lo ejecutaron.

Sujetos ya de este modo se puede recoger alguna caballada y ganado vacuno; así como algunos granos para mantener el Ejército que se hallaba en el grado de necesidad y miseria en que jamás estuvo desde que me encargué de su mando; pues no bastaba que toda la tropa recibiese su haber completo cuando no tenía una onza de pan que comprar.

En la posición que el Ejército ocupaba de Jujuy a Salta sufría una continuada seducción de los habitantes de ambas ciudades; especialmente de las mujeres (que era lo único que había quedado; pues de hombres raro era el que se veía) Belgrano que siempre maquinaba órdenes y cautelas, había arrancado y llevándose al Tucumán y otros puntos interiores todas las familias que se conocían adictas al Rey, y había dejado las mujeres y familias de los que servían en su Ejército; de manera que tenía otras tantas espías como vivientes, que no sólo le daban a su sucesor Rondeau las noticias más menudas de mis movimientos y fuerza; sino que hasta se prestaban las mujeres a mis oficiales y tropa con tal que consiguiesen seducirlos de que resultó mucha desertión principalmente de los soldados prisioneros que habían tomado voluntariamente partido con el Ejército del Rey.

Por el contrario nada sabía yo de los enemigos que permanecían en el Tucumán con su Cuartel General ni aun de las avanzadas que tenían hasta el río del Pasaje, y aunque en 2 de junio (a los 5 días de mi llegada a Jujuy) hice publicar un indulto general a todos; así por su conducta posterior a él como por el total desprecio que de él hicieron, di la orden a los cabildos de ambas ciudades que mi 2° Ramírez había formado de los pocos hombres fieles que

había para que me diesen una noticia de los enemigos de ambos sexos que estaban entre nosotros, a fin de esparcirlos como se verificó a la espalda del Ejército en distancias proporcionadas.

Ya el Ejército con esta medida vivía y obraba con más comodidad y seguridad y con objeto de imponerme del estado de los enemigos en el Tucumán hice marchar una expedición de 300 hombres a la orden del benemérito Coronel Guillermo Marquiegui (práctico en todos aquellos terrenos) para que dando la vuelta por los fuertes de Santa Bárbara, Río del Valle y Pitos se aproximase por el flanco derecho a alguna distancia del Tucumán a adquirir noticias y de paso sorprender las guarniciones de dichos fuertes que estaban situados en la frontera del Chaco habitado de indios bárbaros, Marquiegui evacuó su comisión con el tino que le era de costumbre. Sorprendió a los enemigos especialmente a los del fuerte del Río del Valle el 16 de junio. Hizo prisionero a su Comandante, varios soldados, con los papeles de aquél; y supe con seguridad que los enemigos en el Tucumán no pasaban de 2 mil hombres toda gente nueva con 20 piezas de artillería y que la vanguardia se componía de muchas partidas en diferentes puntos que llegaban a cosa de 800 hombres la mayor parte gauchos a las órdenes del Jefe de ella Martín Güemes, pero así como por lo relativo al ejército enemigo adquirí estas agradables noticias tuve por los papeles que me envió Marquiegui la sensible de haber sido el 16 de mayo batida la Escuadra de Montevideo; deshecha y apresados los más de sus buques por la de Buenos Aires, que pudieron armar a esfuerzos de los ingleses. Supe también que el sitio puesto a Montevideo estrechaba la plaza, y la tenía en los mayores apuros; sin víveres su guarnición, y sin posibilidad de tenerlos por haberse acabado la Escuadra que se los proporcionaba. Finalmente comprendí que la Plaza iba a ser tomada por momentos; y que las fuerzas sobrantes del Ejército de la banda Oriental, vendrían a reforzar rápidamente el Ejército de Rondeau, y por consiguiente que ya no me convenía ocupar a Salta y Jujuy por ninguna razón, aunque sí mantenerme hasta cerciorarme de la verdad de todo.

En este estado y por extraordinario, fecha 16 de julio, me comunica el Comandante Blanco que después de su gloriosa acción de la angostura y toma de Santa Cruz, yendo a perseguir a Arenales, y sus fuerzas con que había retirado por el Piray, tuvo la desgracia de haberle batido este caudillo en este punto el 25 de mayo con pérdida de toda su tropa, artillería, armas y municiones y muerte

del mismo Blanco; a excepción de 3 soldados y 9 oficiales que se hallaron y dieron la noticia al cabo de una porción de días que tardaron en aproximarse a Vallegrande por aquellas cordilleras añadiéndose Lombera que de resultas de este golpe se habían puesto en la mayor fermentación las 3 Provincias de su cargo Potosí, Charcas y Cochabamba, que mucha gente de ellas particularmente de la 2a. y 3a. se habían reunido a los enemigos; que éstos iban adelantando para todas partes, y la división de Benavente en la Laguna estaba debilitada y casi sin fuerzas por las acciones que habían tenido y las muchas enfermedades que había sufrido en aquel malsano clima; y finalmente que viendo los muchos infidentes, de las referidas 3 Provincias, tan distante el Ejército se atrevían con el mayor descaro y desvergüenza a vertir especies insultantes y seductivas, de un modo a que jamás habían llegado, que no tenía fuerza de que disponer para contener a Arenales; reforzar a Benavente; y reprimir la osadía de los declarados adictos al sistema de los revolucionarios; concluyendo que viendo un próximo trastorno general, sin arbitrios para su remedio deponía toda la responsabilidad que como Comandante de dichas 3 Provincias tenía.

Al mismo tiempo los Jefes principales de ellas; el de La Paz y Oruro me participan el peligroso estado de cada una, y el que me nos me pide 400 hombres armados de refuerzo particularizándose el Cabildo secular de La Plata, en un oficio que me pasa con toda entereza solicitando que le envíe 1600 hombres.

Sin embargo de que el Coronel Benavente se hallaba aún en el Partido de Tomina, con 250 hombres de fusil, y un cañón del calibre de a uno, y no tenía más atención que conservar a Chuquisaca.

Benavente había tenido en dicho Partido contra los caudillos Padilla, Umaña y otros las acciones siguientes.

1a. En Pomabamba el 19 de marzo de 1814 en que después de batidos los insurgentes con mucha pérdida tomó aquel pueblo todo infidente, y lo redujo a cenizas, excepto las casas de los conocidos por adictos a la causa del Rey.

2a. En el pueblo de Taravita a donde fue después; pero con tanta desgracia, que siendo aquel territorio enfermizo en el tiempo de las aguas (que era justamente en el que se hallaba a la sazón), cayó enfermo Benavente con casi dos tercios de su tropa de calenturas pútridas y apenas le quedaron cien hombres útiles. Sabido esto por dichos caudillos Padilla y Umaña le atacaron el 11 de abril con numerosas fuerzas; y levantándose este Jefe de la cama, reunió

a la tropa sana, y se defendió valerosamente rechazando al enemigo con bastante pérdida y manteniéndose sobre las armas porque no pudiéndola perseguir se le quedó a la vista.

El 12 del mismo le volvió a atacar y tuvo la suerte de rechazarle también y dejando de noche el pueblo salió con todos sus enfermos, víveres y municiones: pero perseguido de los enemigos que le atacaron el 13 en el punto de Molleni, en donde con los pocos, pero valientes soldados que tenía se defendió de ellos rechazándolos con más pérdida y escarmiento que la que había tenido en los días 11 y 12.

Allí se mantuvo firme, envió a pedir auxilios a la Ciudad de La Plata de tropas y especialmente de municiones facultativo y medicinas de que carecía; y habiéndole llegado alguna parte, y desembarazado de los enfermos que remitió a la ciudad, resolvió buscar al enemigo antes que éstos aumentasen sus fuerzas y no pudiendo por haberse agravado sus males, estar en disposición de tenerle la enfermedad absolutamente postrado encargó la acción a su segundo el Teniente Coronel D. Manuel Ponferrada, en ocasión de que ya aquellos malvados habían tenido refuerzos; volvieron con ellos al punto llamado Campo Redondo, donde, . . .

El 21 del mismo abril los atacó Ponferrada causándoles una pérdida fuerte y teniendo de su parte la de nueve muertos y treinta y tantos heridos de bala y flecha, con lo que se retiraron los enemigos y el cuidado por aquella parte era menor y hacía por consiguiente menos prudente y racional la solicitud del Cabildo de Charcas para que le enviase los citados 1,600 hombres que sabía que yo no podía enviarle desde Jujuy.

Por las referidas cinco acciones y recomendaciones de Benavente concedí a este Jefe y sus oficiales más beneméritos algunas gracias, y un Escudo de honor No. 4.

Al mismo tiempo que sucedió esto en la Laguna se hallaba el Teniente Coronel Velasco, con su división volante de Cochabamba a las inmediaciones de Vallegrande con poco más de 300 hombres de Infantería y Caballería armados con 240 fusiles y el resto de lanza, y dos piezas de artillería con su 2° el Teniente Coronel D. José Aveleira para defender aquella provincia del caudillo Arenales que después de la feliz acción que tuvo contra el desgraciado Blanco el 25 de mayo en el Piray, había reunido 300 hombres de fusil, otros tantos montados con lanza y mayor número de indios flechados con 4 cañones de campaña con objeto de destruir a Velasco y to-

mar la capital de aquella provincia a cuyo fin andaba variando posiciones, y alarmando a los natales hasta que buscó a Velasco en el punto de Samaipata y se le aproximó con tanta rapidez a distancia de cuarta de legua que nada supo el citado Velasco; pero un mozo fiel llamado Lorenzo Bando se desertó de entre los enemigos, y se lo avisó en la noche del 5 de agosto de 814 que iba a ser atacado al día siguiente al amanecer; por lo que puesto sobre las armas con tal aviso recibió a Arenales que fue batido completamente sin embargo de su superioridad, le tomó los 4 cañones, le mató 5 oficiales y 64 hombres, le hizo prisioneros otros 5 oficiales, y 53 soldados; le cogió 162 fusiles; muchas bayonetas y correajes; y finalmente le hirió considerable porción de gente; de manera que Arenales huyó con poco más de 40 de los suyos precipitadamente al Partido de la Laguna a unirse con Padilla y Umaña. Velasco tuvo por su parte 3 oficiales muertos; y el cirujano con 10 soldados y heridos 5 de los primeros; y 42 de los segundos con lo cual consiguió por entonces la tranquilidad de la provincia de Cochabamba, y el que se adormeciesen los diferentes caudillos que andaban por varios puntos de ella. A Velasco que tan distinguidamente se comportaron les concedí interinamente el grado de Coroneles de Ejército y a su propuesta gracias a otros oficiales, y al fiel y honrado Lorenzo Bando, que tan oportunamente avisó de que iba a ser atacado, le concedí la pensión de dos reales diarios.

En medio de lo referido, Benavente en el estado expresado y Velasco triunfante, parecía que debían disminuirse los cuidados de ambos puntos a pesar de que cada día se aumentaban los caudillos y la fermentación en ambas provincias y la de Potosí por el cuidado de los enemigos tuvieron de introducirle papeles para hacerles saber que habían tomado la Plaza de Montevideo, con 5 mil prisioneros; más de 6 mil fusiles; considerable porción de cartuchos y pertrechos; y finalmente ofreciéndoles que inmediatamente vendrían 6 mil hombres de refuerzo al Ejército de Rondeau para acabar con la del Rey.

Esta noticia causó entre otros muchos daños, el que recibida con gusto de todos los habitantes de las 3 Provincias y la de La Paz; y aun los pocos indios que hasta entonces se habían mantenido refugiados en sus alturas para no tomar parte, bajaron a sus pueblos, y se nos declararon enemigos así como un considerable número de cholos y mestizos de todos los demás, hasta entonces indecisos, que convinieron la mayor esperanza a favor de los insurgentes

de Buenos Aires. El Cabildo de Chuquisaca se expresó en dicha su solicitud del modo que no lo había ejecutado nunca, en lugar de manifestar su energía para aumentar las fuerzas del Gobernador Marqués de la Plata; y la defensa de la ciudad y sus contornos. Estaba con él, en continuas desavenencias; lo mismo que el de Cochabamba, que hasta tuvo el arrojo de oponerse al retrincheramiento que había dispuesto su Intendente Goiburo en lo interior de la ciudad, proponiéndome otros planes para entorpecerlo todo, ambos al abrigo de ser constitucionales; de la distancia en que se hallaba; de mis muchas atenciones y muchos cuidados; y finalmente de la poca fuerza con que me hallaba, pues no llegaba la que tenía en Jujuy y Salta a cuatro mil hombres.

Por la parte de Cinti que es un partido intermedio entre Potosí y Jujuy, el caudillo José Ignacio Zárate pudo formar un cuerpo de 120 fusileros, y muchedumbre de indios con los que se apoderó de la Capital de dicho partido amenazando a Cotagaita y Tarija después de haber logrado tomar igualmente el pueblo de Puna, donde pereció el Coronel de Milicias D. José Zermeno defendiéndola. En esta circunstancia el Coronel D. Manuel Antonio Báez Gobernador de Tarija sobre el pie de 25 reclutas lampenños que le envié formó 2 compañías de fusileros, habilitó también 2 pedreritos, organizó un Escuadrón de Caballería de los mismos paisanos y habiendo conseguido hacerse un repuesto regular de municiones de la pólvora que mandó fabricar por propia industria, ejecutó su expedición por Pilaya internándose por los altos que llaman de Cinti logró en una traspasada caminando con suma rapidez sorprender a dicho caudillo Zárate con sus tropas, y lo derrotó cumplidamente el 20 de julio quitándole casi todas sus armas, mató a muchos, y otros tantos prisioneros de los cuales a los más principales y más culpados que eran 33 los mandó pasar por las armas. Por esta brillante acción le concedí a dicho Jefe el grado de Ejército y una pensión vitalicia del sueldo de Teniente Coronel; y a dos más que tuvo heridos de bala, de sus oficiales y otras varias pensiones a las viudas de varios soldados que murieron en dicha acción. Quedó por entonces el partido coordinado y regresó a su Capital.

El Batallón de General y 3 compañías de el del centro a disposición de Lombera para que situase aquél en Chayanta y otro punto más aparente según las circunstancias, con 4 piezas de artillería.

ría para acudir donde conviniese, como punto céntrico entre las 3 Provincias y para mantenerlas en respeto; y éstas las enviase a la ciudad de La Plata a venirse con las restantes del batallón, a la orden de su Comandante el Coronel D. Sebastián Benavente, que la amenazaban con muchas fuerzas resolviendo yo sin embargo de todo mantenerme en Jujuy y Salta hasta tener positivas noticias de lo sucedido en la banda oriental del Río de la Plata, y de la llegada de una expedición de tropas de Cádiz, que en socorro de Montevideo nos habían dicho cartas de la Península estaba próxima a salir de aquel puerto por órdenes que para ello tenían dadas las Cortes, que nunca se cumplieron por los motivos que algún día serán públicos a todos.

Mi permanencia en Salta y Jujuy no llevaba ya el objeto de seguir al Tucumán por los motivos expresados: pero sí el de mantenerme todo lo posible para combinar mis operaciones con la expedición de Cádiz que yo como no instruido de las intenciones de las Cortes juzgaba que sería efectiva su llegada a las costas de Montevideo en todo julio; pero cierto ya en 20 del mismo de que no había llegado ni se tenía noticia de ella; y que la Plaza de Montevideo se había rendido el 23 de junio resolví mi repliegue con todo el Ejército a Suipacha, o Santiago de Cotagaita. Di cuenta de esta disposición al Excmo. Señor Virrey por extraordinario que le dirigí en 25 del mismo. En este día di mis órdenes a los Jefes de las provincias y Subdelegado de partidos por donde debía transitar el Ejército para que enterados del repliegue y días en que se ejecutaba tuviesen tomadas cada uno por sí todas las providencias y precauciones necesarias fijando el día 3 de agosto para la salida del Cuartel General con el centro y Parque; el día 2 la retaguardia, a la orden del Mayor General; y el 4 la vanguardia a la de mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez habiéndolo ejecutado en los días 29 y 30 de julio el hospital, y todo el ganado que se llevaba recogido en la campaña para mantener el Ejército en toda su marcha.

En la primera jornada y punto de Yala recibí las Gacetas de Buenos Aires que comunicaban la positiva rendición de Montevideo, y el No. de armas, prisioneros y municiones que habían hecho en ella; y en la misma noche del 3 en que las recibí se las despaché al Excmo. Señor Virrey por extraordinario para que no le quedase duda de la verdad de este desgraciado suceso.

El 6 llegó el Cuartel General a Huacalera y la vanguardia a Humahuaca, y con objeto de sacar de este punto cuanto estaba al-

macenado de provisión; dar algún descanso a la tropa; proporcionar al hospital algún más adelantamiento en su marcha que llevaba bastante pesada por los muchos enfermos que no pudiendo ni ir aun a caballo iban transportados en parihuelas; y finalmente para reunir algunos soldados que habían quedado cansados, y hacer ver a los enemigos mi tranquilidad en el repliegue me detuve hasta el diez.

El 11 llegué a Humahuaca; y allí recibí una gaceta de Buenos Aires con la plausible noticia de haberse hecho la paz general en la Europa que inmediatamente y por extraordinario comuniqué en aquel mismo día a todos los gobernadores dirigidos al Señor Virrey.

El 12 salí de Humahuaca, y llegué el 19 a La Quiaca donde tuve la desagradable noticia que me comunicó por extraordinario el Intendente de Puno D. Manuel Químper de haberse revolucionado el Cuzco el 3 de dicho mes de agosto y tomado el mando el indio Brigadier Pumacahua, y los Angulos, Vicente y José, que depusieron las autoridades, y metieron en la cárcel pública al Presidente Concha, al Regente y todos los Oidores, menos Vidaurre, más otra porción de sujetos adictos a la causa del Rey, a quienes así como a las autoridades trataron aquellos malvados de ahorcar y no lo ejecutaron, a ruego del Obispo, y otros; pero sufrieron así como todos los europeos, y algunos patricios un fuerte saqueo del populacho, y formando un Cabildo abierto nombraron por Jefe General de las armas a José Angulo; por su segundo a su hermano Vicente, y formaron una Junta Gobernadora compuesta del primero de Pumacahua del Dr. Astete; y del Teniente Coronel Moscoso; disponiendo inmediatamente la salida de una División de tropas sobre Puno a la orden de un Pinelo sargento que había sido del Ejército del Rey; y otra sobre Huamanga a las órdenes de un Mendoza; la primera con orden de llegar hasta Potosí y la segunda hasta Lima, en el concepto de que hallándose el Ejército del Rey en Jujuy, y el Virrey de Lima sin fuerzas por haberlas enviado a las órdenes del General Osorio a recuperar el Reino de Chile, aprovecharían esta favorable ocasión y la buena disposición de los pueblos.

Esta inesperada novedad me puso y a este Ejército de mi mando en una situación la más desagradable y crítica, porque por el frente debía suponer que el Ejército enemigo se reforzase considerablemente con las fuerzas sobrantes de la banda oriental del Río de la Plata, respecto a haberse perdido la Plaza de Montevideo; y por la espalda, que cundiendo la insurrección del Cuzco sobre Puno, Arequipa y La Paz; y transmitiéndose en seguida a Cochabamba y

Charcas (Provincias todas de quienes por su anterior conducta no debía esperar otra cosa) quedaba metido entre dos fuegos poderosos; sin comunicación con Lima sin tener auxilio de parte alguna ni con qué mantener este Ejército de mi mando; y lo peor de todo con cinco sextas partes de la fuerza de él, natales de las citadas Provincias del Cuzco, Puno y Arequipa que debía contar con que me faltasen todos así que supiesen el partido tomado por sus paisanos y como la oficialidad toda era natal de las mismas no debía dudarse el que todos me abandonasen excepto unos 300 hombres únicos que había de Lima y otras partes.

En este estado, y antes que supiese el enemigo la revolución del Cuzco, traté de aprovecharme de la noticia que tuve en Huma-huaca de haberse hecho la paz general de Europa; y aunque nunca había escrito al caudillo del Ejército enemigo Rondeau, y me había propuesto no tener con él la menor comunicación, resolví valerme de medios políticos a ver si mejoraba el triste estado en que me hallaba; y en consecuencia en el mismo día le pasé un oficio manifestándole que pues se había hecho la paz general en Europa, y que era muy natural se hubiese tratado en ella de la guerra de las Américas, suspendiésemos las hostilidades hasta saber los resultados a fin de evitar de este modo la efusión de sangre y desastre que sufrían los habitantes de estos países. Este oficio le mandé a Jujuy a media noche del 19 de agosto de 1814, por el parlamentario Alférez de la Compañía de mi Guardia D. José Rondón; y a la misma hora y por el propio extraordinario de Químper la contestación a éste, y una circular a los Gobernadores de Potosí, Charcas, Cochabamba, Oruro y La Paz; haciéndoles aquellas prevenciones precisas para su respectiva defensa y encargándoles también que tuviesen el mayor cuidado en recoger la correspondencia del Cuzco y Puno para los individuos de este Ejército y me la remitiesen; haciéndome cargo de que las familias de ellos, y aun el propio Gobierno recién revolucionado, les escribirían seduciéndolos, e instándoles a que desajasen las armas del Rey, y formasen causa con ellos. En tal estado continué mi marcha el 20 desde la Quiaca, y llegaron a Suipacha la retaguardia, centro y vanguardia el 21, 22 y 23 de agosto de 1814, todos reunidos sin la menor dispersión; sin ser perseguido del enemigo, y sin que en el Ejército se hubiese traslucido la revolución del Cuzco.

El 25 por extraordinario que me remitió el Intendente de La Paz, supe que el caudillo Pinelo con 500 hombres había tomado a

Puno, y puesta en revolución esta ciudad y toda la provincia habiendo fugado para Arequipa su Intendente Quimper contra lo que había tratado en junta con el Cabildo y Comandante del Desaguadero Coronel D. Joaquín Revuelta de reunírsele con sus armas en el Cuzco, caso que los cuzqueños le atacasen y no pudiese resistirlos.

Entró Pinelo en esta ciudad sin oposición alguna el día 29 de agosto y con el mayor gusto del Cabildo que le escribió con anticipación convidándole con la ciudad. En ella aumentó sus fuerzas de hombres y armas. Tomó el mando de las que quedaban el Coronel D. Remigio Arias; el político, el Alcalde de 1er. voto y Pinelo se dispuso para atacar en el Desaguadero a Revuelta que sólo tenía la fuerza de 75 hombres de infantería, 25 de caballería y seis cañones.

El 28 de agosto dio Rondeau su contestación que llegó a mis manos el 8 de setiembre. Reducíase a tratar con altanería y soberbia la materia que contenía mi oficio, a manifestar su ninguna atención y falta de verdad en cuanto decía; y a negarse finalmente a la suspensión de hostilidades, interín yo no evacuase las provincias del Virreinato de Buenos Aires y me retirase al Desaguadero.

Para tanta arrogancia se hallaba escudado el caudillo con algunos refuerzos que ya le habían llegado de Buenos Aires y en 3 mil hombres que esperaba; más con mi repliegue que suponía ser nueva inquietud de las provincias de mi espalda que me tenían puesto en el mayor cuidado.

Con la prevención hecha por mí a los Intendentes de recoger toda la correspondencia del Cuzco y Puno para los oficiales y tropa del Ejército de mi mando logré imponerme de las seducciones que les hacían, como yo me lo había presumido así aquellos gobiernos como sus padres y familias de los principales individuos de quienes debía desconfiar según el tenor de dicha correspondencia, pero no obstante por una u otra carta extraviada y por algunos transeúntes se llegó a entender el estado del Cuzco y Puno; y en tal caso valiéndome de todos los medios que dicta la política les enteré yo mismo de todo lo sucedido indicándoles la hermosa ocasión que les presentaba de acreditar la más firme fidelidad al Rey oponiéndose contra sus propios hogares.

El asunto era de los más graves que pueden ocurrir, tanto a un General de un Ejército que se ve en tan crítica situación como a unos oficiales y tropa para posponer el amor de sus padres y hogares al del Rey; sin embargo tuve bastante confianza de que mis persuaciones políticas labraren en ellos; así porque los observaba a

todos contentos y manifestando sus deseos de batir a sus paisanos como porque no había en aquellos días, ni aun la regular deserción que solía haber antes de este crítico caso; más porque los jefes principales me pidieron permiso para escribir a los nuevos gobernantes del Cuzco, jurándoles que lejos de adherir a su loco y temerario intento ellos mismos habían de ser los primeros que quemasen los hogares de su nacimiento.

El Coronel traidor Saturnino Castro, Comandante que era de los Dragones del Ejército de mi mando; natal de Jujuy, y hombre a quien había llenado de gracias, abrigaba en su pecho la mayor maldad; y aprovechándose de la revolución del Cuzco, y de ser aquella provincia tantos militares de él, y especialmente todo el Regimiento 1° que era el de mayor fuerza entre las demás, se propuso ganar a éste, y formar una revolución: prenderme con todos los demás jefes y oficiales europeos, y unirse al Ejército de Buenos Aires para contribuir con él al establecimiento de la independencia en toda esta América.

Este vil atentado lo puso en práctica. Escribió al jefe de los enemigos un oficio, manifestándole su proyecto y encargándole que se aproximase con sus fuerzas para protegerle en la noche del 1° de setiembre en que debía dar el golpe. El conductor de este oficio que caminó por el despoblado con el abogado Villegas asesor interino que fue de Salta; extendió un oficio con fecha 1° de setiembre en el que me intimaba entregase las armas de todo el ejército que tenía ya de su parte, y que de lo contrario sería muerto con todos los oficiales europeos, a quienes así como a mí se me allanaba a lo que me proponía, se nos concedían 8 horas para marchar al punto que nos conviniese escoltados de 30 hombres que yo eligiese; extendió asimismo una proclama para todo el Ejército en que les decía que yo los iba a sacrificar en una acción con los enemigos y que tenía decretado que todo cuzqueño fuese al socavón de Potosí; pero que apenas le hice saber este inicuo proyecto (que inventó el traidor) juró vengar tal ultraje. Manifestábales en ella también que el Cuzco era hermana de todos, que Arequipa obedecía a Buenos Aires y finalmente que Lima había acabado con el vil Abascal y estaba libre.

Toda esta trama la supe el 30 de agosto y dispuse su prisión en aquella misma noche; pero aunque di mis órdenes con el mayor sigilo llegó a entenderlas un sacerdote del Ejército que pareciéndole que quedaría irregular (por no decir más) si no le avisaba lo ejecu-

tó al momento al pueblo de Tupiza, donde se hallaba Castro ya separado de su Escuadrón y del Ejército por haberme pedido días antes licencia para pasar a Lima con el fin de ocultar su depravada maldad; y este hombre que aún no tenía concertado su proyecto más que con dos o tres sujetos, se precipitó y resolvió ejecutarle en aquella misma noche.

Yo tenía por razones políticas el Regimiento 1° todo de natales de Cuzco en el punto de Moraya distante seis leguas de Suipacha, donde se hallaba el resto del Ejército y Cuartel General y avanzado a él, el fiel y acreditado Escuadrón de Cazadores del mando del Coronel Marquigui.

Castro que anticipó su operación dos días al en que la tenía determinada, huyó de Tupiza con doce soldados dos horas antes que llegasen los que iban a prenderle; se vino en derechura al Cuartel General a media noche, y se metió en el campamento del Escuadrón de Dragones que antes mandaba; les dijo a gritos que todo estaba perdido que el Regimiento 1° de cuzqueños, venía a atacar el Cuartel General que yo había huido; y que le siguiese todo aquel que fuese fiel al Rey arrancando por sí, en los cortos momentos que se detuvo a su hermano que se hallaba en el campamento y uno que otro soldado; y a todo escape se coló en la mitad de la distancia entre el Cuartel General y vanguardia desde donde tuvo la audacia de enviarme la intimación en el oficio y proclama por un indio, y dejando los pocos soldados que le habían seguido a cargo de su hermano (que estaba ignorante de todo) se fue a Moraya en derechura; se metió en la casa del Coronel del Primer Regimiento D. Ramón González de Bernedo; único europeo que había en él le ordenó con todo imperio que dejase el mando y lo entregase al Sargento Mayor cuzqueño D. Mariano Antonio Novoa; y a éste que pusiese sobre las armas todo el Regimiento porque habiendo yo desconfiado de todos sus oficiales y soldados iba a atacarle y enviar a todos al socavón de Potosí.

Este enredo bien figurado le salió mal porque el Coronel lo resistió, el Sargento Mayor no lo creyó, y dio pruebas de su noble modo de pensar; lo mismo algunos oficiales que se juntaron en la casa del Coronel acabándolos de desengañar el Teniente D. Mario Matorras del propio escuadrón de Castro que iba con él, y finalmente porque habiéndoles dicho el malvado que todas las tropas que tenía de su partido se hallaban inmediatas, fue Novoa a verlas con el mismo Castro acompañado del Capitán Terrazas de su propio

regimiento; y de cuatro soldados, y observando que Castro que iba al pie de ellos se puso en huida para tomar su caballo que le había dejado cerca, corrieron todos sobre él, y le prendieron. Le llevaron a presentarle en Moraya al Coronel e impuestos todos de la maldad desde el jefe hasta el último tambor gritaban por su castigo; y el primero se vio apurado para defenderle de la tropa que lo quería despedazar, me lo envió a Suipacha con una compañía de Granaderos; pero habiendo encontrado en el camino dos que yo había mandado en su busca con mi edecán el Capitán D. Miguel Hinojosa éste se hizo cargo de él; hizo alto, y me dio parte del punto en que esperaba mi orden en consecuencia mandé que volviese el reo a Moraya, le previne que le tomase su confesión para saber si habían otros cómplices y que puesto en capilla fuese al día siguiente pasado por las armas por el mismo regimiento que infamó, suponiendo adicto a sus ideas y traidor al Rey, como se ejecutó el día 1° de setiembre complaciendo al expresado regimiento que me pidió ser él el ejecutor del castigo, así como el que para dar la última prueba de su fidelidad le permitiese marchar al Cuzco a acabar con aquellos revolucionarios y aun con sus mismos padres, si infieles al Rey hubiesen tomado partido con ellos.

Esta representación de dicho Primer Regimiento su fecha 1° de setiembre de 814 escrita con el cadáver del infeliz Castro a la vista, y firmada por todos los oficiales de él, la dirigí al Señor Virrey de Lima, y se puso en la Gaceta de aquella capital.

Por medio de un manifiesto a la Tropa del Ejército de mi mando la hice saber en 3 del propio setiembre todo el suceso de Castro, y este atentado me confirmó la esperanza que debía tener del expresado regimiento así como de los demás cuerpos por la irritación que observé en todos contra el delincuente.

Igual demostración tuve el (ilegible) de ver a los pocos días con motivo de haberse descubierto otra maldad por el mismo estilo en el Sargento 1° de Escuadrón de Cazadores del Coronel Marquiegui, José Lino que trataba con los enemigos de entregar a dicho escuadrón y averiguado fue pasado por las armas en Moraya el 21 de setiembre.

Estos sucesos, el peor estado que necesariamente, día a día tomaba mi situación, la aproximación de los enemigos hacia Moxo y Moraya; la necesidad de evacuar a Tarija según me representó su Gobernador el Coronel D. Manuel Antonio Báez en 1° de setiembre

por la imposibilidad de sostenerse contra el crecido número de enemigos que se acercaban, y contra la voluntad de aquellos habitantes declarados contra él, y bien acreditado el 8 del mismo en que saliendo Báez de la villa se le desertaron tres compañías con sus oficiales de aquellos natales; y finalmente la precisión en que yo me hallaba de elegir un punto más próximo a Potosí en que hacerme firme para una defensa con menos tropa que la que necesitaba en Suipacha me determinaron a formar la idea de replegarme a Santiago de Cotagaita que tenía todas estas circunstancias; pero quise antes oír a los jefes de los cuerpos, y tratar en junta este punto, y el no menos interesante y preciso de enviar contra el Cuzco algunas fuerzas de este ejército por las razones siguientes.

1a. Porque el Virrey de Lima no tenía fuerzas para enviar contra aquella rebelde Capital respecto a que (como yo llevo dicho) había hecho salir embarcadas el 20 de julio las que tenía contra Chile; y si los cuzqueños iban sobre Lima como le ejecutaron llegando hasta Huamanga y tomaban aquellas provincias, las del Desaguadero para acá, y el Ejército de mi mando era indispensablemente perdido todo.

2a. Porque si los cuzqueños, que ya eran dueños de Puno y amagaban el Desaguadero y La Paz tomaban como era consiguiente a las muy pocas fuerzas que tenían ambos puntos para su defensa y continuaban sobre Oruro, Cochabamba, Charcas y Potosí se perdían estas provincias por igualar razones que La Paz y el Desaguadero aunque todas hubieran tenido duplicadas fuerzas porque la voluntad de sus habitantes era una conocida adhesión a la causa de los insurgentes, y quedaba este Ejército enteramente a su lado, y aun en estado de no poder tomar el último partido de abrirse paso y colocarse en algún punto donde pudiera asegurarse para recibir auxilios; pues en tal caso la tropa toda se hubiera dispersado; mas no había de donde recibir refuerzos, perdida la capital de Lima; y era preciso entregarse a la voluntad de los porteños o la de los cuzqueños.

Formé con efecto una junta de guerra en Suipacha, el 8 de setiembre y tratados en ella todos estos puntos se acordó lo siguiente.

1.- Replegar el Ejército a Santiago de Cotagaita.

2.- Hacer venir el Batallón del centro que se hallaba en el partido de Tomina, jurisdicción de La Plata respecto a que en las acciones que acababa de tener contra los rebeldes en los días 10, 11 y 21 de setiembre los había batido y destrozado el Coronel Be-

navente, y que antes de rehacerse darían lugar a tomar otras providencias.

3.- Que se evacuase Tarija, y se hiciese venir a Santiago de Cotagaita aquella corta fuerza que allí había con el Coronel Báez; situándose antes en el río de San Juan para cubrir a Cinti todo lo posible a fin de sacar de aquel valle subsistencia para el Ejército.

4.- Finalmente que despachase una División de 1200 hombres de Infantería y Caballería con 4 piezas de artillería para que a marchas forzadas caminasen a Oruro, y desde allí sobre La Paz y Desaguadero a contener a los insurgentes del Cuzco y perseguirlos hasta recuperar su Capital.

En consecuencia salió el Ejército de Suipacha en los días 15, 16 y 17 de setiembre y llegó a Cotagaita el 18, 19 y 20 del mismo. Las tropas de Tarija se situaron en el Río de San Juan el 14 del próximo mes salió el Batallón de Partidarios con 4 piezas de artillería; de Suipacha para Oruro, y el mismo día el del General de Potosí para reunirse en la misma Villa a donde debía llegar de Cochabamba el Teniente Coronel Barra con 200 hombres de caballería a fin de seguir esta División las marchas citadas.

En este estado y por haber pedido el 1er. Regimiento le concediese la gracia de ir él contra su país, manifestándome mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez su deseo de encargarse de esta expedición, accedí por las razones que están a la vista y mandando volver al Batallón de Partidarios emprendió su marcha el Regimiento 1° desde Tupiza el 17 de setiembre por el despoblado llegó a Oruro el 12 de octubre donde halló ya a dicho Batallón del General. El segundo Ramírez llegó el 15 y después de detenerse nueve días, salió de aquella villa el 24 para continuar sus marchas.

En este estado el Batallón del centro que había ya emprendido sus marchas para este Cuartel General tuvo que volverse desde su primera jornada en Noucho, por haberse reunido con más vigor los caudillos Padilla, Umaña y demás del Partido de Tomina, amenazando la ciudad de La Plata así que supieron la salida de dicho batallón. El Coronel Báez tuvo que marchar sobre Cinti por haber tomado la capital de este partido el caudillo Camargo apresados y pasados por las armas del Coronel Baca, y a los vecinos honrados europeos D. José Miranda y D. Joaquín Ausa, arrestado al Subdelegado D. Tomás Archondo a quien como al Valle de Cinti (enemigo de la causa del Rey) recuperó Báez el 4 de noviembre después de

una acción que tuvo con Camargo obligándole a escapar a las escabrosas alturas de Santa Elena y Cañaguasco.

Por algunos pasados del Ejército de los enemigos supe que les habían venido de refuerzo a Jujuy más de 2500 hombres de la banda oriental del Río de la Plata con los que componían un total de más de 5 mil cuando el ejército de operaciones de mi mando no había quedado con la salida de la División de dicho señor Ramírez en una fuerza que la de 2600 escasos, con los cuales tenía mi vanguardia en Moxo, y el Cuartel General en Cotagaita cubierta mi izquierda por Cinti; y casi descubierta mi derecha por el despoblado; y las provincias de mi espalda cada vez más altaneras y en estado de una general explosión según me decían los partes que recibía de sus Gobernadores.

Los enemigos avanzaron su vanguardia a Yavi; tomaron por su derecha a Tarija por su izquierda, en el despoblado a Santa Catalina; empezaron a reclutar gente, y abrir sus comunicaciones con el enjambre de caudillos de lo interior asegurándoles que pronto atacarían el Ejército del Rey, y previniéndoles que redoblasen sus hostilidades por todas partes, como ejecutaron con la mayor energía alucinando cada día más los pueblos con sus ventajas; y especialmente con la toma que hicieron, de Montevideo; y la seguridad que les daban de que la España no pensaba ni podía enviar un hombre de auxilio; suponiendo que aunque se había hecho la paz general no había querido recibir la Nación al Rey; que se hallaba S. M. refugiado en Lisboa, que los ingleses protegían todas sus ideas de independencia y finalmente que pronto se saldría de lo que llaman tiranos y disfrutarían de la paz e independencia que deseaban.

Los caudillos de lo interior creían todas estas cosas como un Evangelio. Su clase era la más oscura; pues José Vicente Camargo, Vicente Umaña, Cárdenas, Manuel Ascencio Padilla, Betanzos, Arévalo, Mena y otros eran indios y mestizos que jamás habían tenido más empleos que el de sacristanes en su lugar: José Ignacio Zárate, Cardoso, y otros aunque blancos eran de la clase baja y Juan Antonio Alvarez de Arenales, e Ignacio Warnes únicos de mejor nacimiento (el primero natal de Burgos) no podían esperar tener buena suerte, porque el primer revolucionario de la Ciudad de la Plata, y el más acérrimo enemigo del Rey, y el segundo americano, un traidor desde los principios de la revolución por cuyas razones y porque el Gobierno de Buenos Aires los nombró Coroneles Comandantes y Gobernadores de partidos y provincias ellos se esforzaban más

de aquello que parecía posible para hacer la guerra a las armas del Rey a fin de conseguir la independencia para conservar los empleos.

El 22 de setiembre por extraordinario supe que el 11 del mismo había tomado el cuzqueño Pinelo el punto importantísimo del Desaguadero con poco trabajo; porque así como se aproximó a él, se le pasaron con armas los soldados que le defendían excepto 15 que quedaron con su Comandante Revuelta que se retiró a La Paz después de haber hecho una ligera defensa; y quedaron los insurgentes dueños de aquellos crecidos almacenes de municiones y pertrechos, y del punto más interesante y casi único para el Ejército del Rey en caso de un repliegue y abandono de las provincias recuperadas del Virreinato de Buenos Aires de las que es su límite y fuerte por sus circunstancias locales para impedir por aquella parte la introducción de las armas de los revolucionarios en el de Lima.

Dueño ya el caudillo Pinelo del Desaguadero envió emisarios por todas partes, manifestándoles su adelantamiento su pronta marcha sobre La Paz los pensamientos de continuarla sobre Cochabamba, Oruro, Charcas y Potosí, asegurándoles el partido que tenía entre sus habitantes; y finalmente al caudillo Rondeau que mandaba el Ejército de Buenos Aires para que adelantase por su parte las hostilidades sobre el del Rey a fin de ponerle entre dos fuegos y obligarle a rendirse.

Fueron interceptados varios de los pliegos de Pinelo en diferentes puntos con pasaportes fingidos los conducía y fue pasado por Las armas [sic] el día de [espacio en blanco] pero no se pudo evitar el que pasasen algunos a Arenales que se hallaba en Vallegrande; así como a Rondeau que ocupaba a Humahuaca y todos de acuerdo apresuraron cada uno de su parte cuanto les fue posible las hostilidades.

El Marqués de Valde-Hoyos, Gobernador de La Paz; el Coronel Goiburú de Cochabamba; el de su misma clase Palacios de Oruro; el de la misma Marqués de la Plata de Charcas y el Comandante General de dichas Provincias y Gobernador de Potosí el Brigadier Lombera clamaban por auxilio con repetidos extraordinarios y la prontitud en sus marchas de la División de Ramírez, repitiendo la próxima explosión que iba a ejecutar sus respectivas provincias.

En tal estado se apuró más lo crítico de él.

El 24 de setiembre tomó Pinelo la ciudad de La Paz, atacándola el 22 con 9 cañones y 500 hombres de fusil y mucha indiana que había reunido al intento; sin embargo de la horrorosa y valien-

te defensa que hizo el Marqués de Valde-Hoyos; y que hubiera llevado a su glorioso fin si la plebe de la ciudad no hubiera dado la última prueba de su maldad e infidelidad animada de algunos traidores encubiertos que por desgracia había en ella, se unió a las fuerzas de Pinelo, contra ella, y así logró tomarla el dicho día 24, siendo los principales asesinos los mismos vecinos que arrancando, hasta de las iglesias donde se habían refugiado desde el Gobernador abajo, a todos los europeos y algunos pocos criollos fieles, los pusieron en los calabozos de los cuarteles, y en la Casa de Gobierno, amenazándolos a cada momento con la horca.

Así que entraron en la ciudad y prendieron a todos los fieles vasallos del Rey, se entregaron a un saqueo general robaron de las Cajas Reales 42 mil pesos que había en ellas; y de los vecinos pudientes que tenían presos, un inmenso caudal de plata, efectos y alhajas que lo hacían subir a medio millón de pesos siendo este desorden cometido con más furia y ardor por la gente común de la ciudad que por los mismos cuzqueños hasta el 28 en que habiendo un accidente volado las municiones que tenían en el Cuartel, abrázándose en su explosión los infelices presos que allí había, y con ellos algunos soldados de los que los custodiaban, levantaron la voz sedientos de sangre diciendo que los europeos tenían de antemano dispuesta la ruina de la ciudad y encendida ocultamente mechas para conseguirla; sin embargo de que fue notorio que la causó el descuido de las mujeres guisanderas que se hallaban al frente del Cuartel donde estaba el depósito y los presos. Valiéndose de esta supuesta maldad corrieron inmediatamente a la Casa de Gobierno donde se hallaba preso el Marqués de Valde-Hoyos, con seis Coroneles, cinco Tenientes Coroneles, el Sargento Mayor de la Plaza y su Ayudante, cinco capitanes y otros varios militares y caballeros de la ciudad a quienes mataron a puñaladas y palos, sacando arrastrados al Gobernador y a otros que colgaron en la horca; en seguida se fueron a las iglesias y casas particulares adonde asesinaron a unos, arrojaron por las ventanas, balcones y tejados a otros; sirviendo esta terrible catástrofe al número de 122 víctimas de lo principal de la ciudad incluso 11 que murieron en las trincheras de la Plaza durante la defensa dejándola arruinada en un todo con la falta de tantos beneméritos ciudadanos que hacían todo lo principal de ella (Cuaderno 2° X).

Esta infeliz y bárbara ciudad tuvo la nota de ser entre las demás la peor y más enemiga del Rey, de todos los europeos, y de

los criollos fieles y honrados. Desde el 16 de julio de 1809 en que se sublevó y depuso a su Gobernador Intendente D. Tadeo Dávila, formando una junta con el nombre de Tuitiva para el Gobierno Político y dando al mestizo Pedro Morillo el mando militar fue la más acérrima defensora de la Independencia; llegando a tal extremo que las mujeres tomaron el más acalorado partido; abandonaron la religión; prostituyeron el pudor; y finalmente vivieron con el mayor desenfreno hasta el 11 de octubre del mismo año en que la recuperó el Ejército Real pacificador al mando del Brigadier, que era entonces D. José Manuel de Goyeneche.

Con semejante crueldad e inaudita conducta se aterraron las provincias y ciudades inmediatas, alegrándose de ella los muchos que deseaban se ejecutase lo mismo en la vecina, así como intimidándose los buenos, de quienes se esperaba contribuyesen con las guarniciones, a impedir iguales desgracias en las inmediatas. Renovaron con tan desgraciado motivo los Gobernadores de las provincias y villa de Oruro sus clamores pidiendo auxilios que yo no les podía dar; mucho más habiéndome desprendido de la División del Señor Ramírez que ansiaba porque volase en sus marchas para contener a los cuzqueños, y dar ánimo a los que en las provincias se habían amilanado.

Tal era mi situación cuando en 4 de octubre por la noche recibí la contestación del Excmo. Señor Virrey de Lima, su fecha 4 de setiembre al parte que le di desde Yala [?] en 3 de agosto de la pérdida de Montevideo, y de mi situación en consecuencia de aquel funesto suceso, y del estado de las provincias de mi espalda; y como dicho señor al mismo tiempo tuvo también las noticias de la revolución del Cuzco, y previó las consecuencias que necesariamente debería traer sobre este Ejército; así como la influencia que ocasionaría en tantos oficiales y tropa como había natales del Cuzco, celebró una Junta de Guerra de Generales en Lima el 2 de setiembre e impuestos los vocales del caso en que me hallaba declararon unánimemente que el Virreinato de Lima se hallaba en un estado bien crítico; y especialmente el Ejército de mi mando por ser compuesto en lo general de gentes de aquella provincia y muy temible, el que abandonando el partido fiel del Rey, se pasasen al de los insurgentes en total disolución, y que hallándose por consiguiente así como los recomendables jefes y oficiales en el conflicto de una muy difícil retirada; y que corriendo gran riesgo de que los insurgentes no sólo se apoderasen de toda la Provincia de Huamanga, si

de alguna manera no se socorría para impedir el contagio a las demás (que no podía evitar la guarnición de Lima por no tener ni aun la necesaria para su defensa) resolvieron con igual unanimidad que con la más posible prontitud se pasase orden terminante al Jefe del Ejército de Chile para que si habiendo sujetado aquel Reino me remitiese al instante dos batallones, incluso el de Talavera; y en el caso contrario se le facultase para celebrar un convenio con aquel Gobierno y se retirase con toda su fuerza a auxiliarme; pero que debiendo ser muy lenta esta operación, y mi urgencia demasiadamente angustiada para esperarla, resolviese yo lo más conveniente para conservarme y salvar la gente posible, ya por el Desaguadero si lograba conservar 1500 hombres con que sujetar los muchos rebeldes del Cuzco, y amparar a Lima; o ya tomando para Arequipa; facultándome finalmente para celebrar un convenio de paz, o suspensión de hostilidades con los enemigos en la mejor forma que pudiese. El mismo día 4 en que recibí el oficio y orden del Señor Virrey con el acuerdo de la Junta de Generales, había yo celebrado por la mañana una con los Jefes del Ejército, en la que conformes el mayor número de ellos en su dictamen arreglado al que yo tenía premeditado, determiné que permaneciese el Ejército en Cotagaita para sostener hasta el último caso las provincias de Potosí, Charcas y Cochabamba que tanta sangre había costado recuperarlas; defenderlas contra los caudillos Zárate, Betanzos y Navarro, que con 200 hombres de fusil, algunos montados con lanza y considerable porción de indios hostilizaban a la primera; contra Padilla, Humaña y otros que con mayor número de todas clases hostilizaban por sus inmediaciones a la segunda, y contra Arenales, Lira y otros que ejecutaban lo mismo con la tercera aprovechándose todos de la decidida voluntad de los indios, cholos y mestizos a favor de su causa y enemigos del Rey. Atender a los caudillos Camargo, Caballero y Baca que se habían fortificado en las alturas de Santa Elena, con más número que los anteriores caudillos y hacían continuas incursiones por la izquierda del Cuartel General y en todo el partido de Cinti. Contener por la parte del despoblado y puntos de Tania, Rinconada, y Cochinoa, a una gruesa partida que los amenazaba y finalmente avanzar la vanguardia hasta Ylavi para obligar al Ejército reglado enemigo del mando de Rondeau, a que permaneciese en Humahuaca y recuperar de este modo la Provincia de Tarija cuya pérdida nos era muy perjudicial.

Para todo este plan daba margen el que el Ejército de Ron-

deau, no había recibido aún todos los refuerzos que esperaba de la banda oriental, ni podían llegarle en algunos meses durante lo cual el Señor Ramírez, podía sofocar la revolución del Cuzco que había llegado a La Paz; y yo disponer francamente de las tropas en precaución de los caudillos; más llegarme el considerable refuerzo que el Excmo. Señor Virrey de Lima había mandado venir por Arica con toda la prontitud posible, tanto que en carta confidencial de 4 de setiembre me dice que estaría socorrido del 20 al 30 de octubre.

En consecuencia de esta resolución y ganando momentos dispuse lo siguiente:

Primero. Crear con el pie de 100 veteranos una división de 200 hombres de Infantería 75 de Caballería y un cañón de a 2 a las órdenes del Coronel D. Pedro Antonio Rolando con la sola atención de retardar en el pueblo de Puna cabeza de partido a 12 leguas de dicha villa y recorrer sus alrededores para destruir los caudillos destinados contra ella.

Segundo. Crear otra división igual y con el mismo número de veteranos para pie a las órdenes del Teniente Coronel D. Francisco García que situada en Tahnía asegurase la parte del despoblado amenazada por el Capitán Urdaninea, y el caudillo Vidaurre.

Tercero. Formar cuatro compañías de españoles natales de Chichas para que unidos a una compañía veterana y a la orden del Coronel D. Martín de Jáuregui, Gobernador del Partido hiciesen la guerra al infame Camargo que era el más fuerte entre todos los caudillos y se había posesionado de todo el partido de Cinti (izquierda del Cuartel General a 16 leguas de él) fortificado para su último recurso en Santa Elena y Canaguaico.

Cuarto. Finalmente que la vanguardia que se hallaba en Suipacha con sus avanzadas en Mojo compuesta de los batallones de Partidarios y Cazadores y de los escuadrones 1° y 2° de este nombre a la orden del Coronel D. Antonio Manuel Alvarez, se aumentase con el Batallón del Centro; dos compañías del 2° regimiento y dos brigadas de Artillería de cuatro cañones de a 4 cada uno; y que el Mayor General Intendente Coronel D. Pedro Antonio de Olañeta, se avanzase a tomar el punto de Yavi, extendiendo sus partidos por la derecha hasta el punto que llaman del Marqués o más adelante según se proporcionase; y por la izquierda hasta Santa Victoria a fin de contener a los enemigos por aquella parte y recuperar a Tarija que en poder de ellos estaba a la orden del caudillo Olivera, nos ocasionaba los daños siguientes 1o. Tener comunicación libre los

enemigos con Camargo en Cinti; con Zárate en Puna; con Padilla en la Laguna; con Warnes en Santa Cruz; y con Arenales en Vallegrande, 2o. sacar de aquella Provincia más adicta a su sistema que otras, muchos reclutas, víveres, caballos, ganados y otros artículos de que abunda.

En todo octubre y mediados de noviembre se pusieron corrientes en instrucción y disciplina las citadas 3 divisiones de Rolando, García y Jáuregui; y la vanguardia hizo su movimiento el 12 de octubre. Esta atacó en Yavi a un Batallón de Cazadores y 200 hombres montados que ya habían tomado aquel punto. Los persiguió algunas leguas matando e hiriendo a algunos y haciendo varios prisioneros. Situó sus avanzadas en los puntos referidos. Hizo dos salidas con toda su fuerza en los meses de noviembre y diciembre en que protegió la deserción de los enemigos que se nos pasaron más de cincuenta, recogió mucho ganado lanar, y bastante vacuno con otros artículos que proporcionaron mantenerse bien toda la vanguardia, y finalmente amedrentó a los enemigos de tal modo que no atreviéndose a salir de Humahuaca, pudo deshacerse del Escuadrón 1º de Cazadores de 200 hombres montados de fuerza, y a la orden de su Comandante el Coronel D. Guillermo Marquiegui, caminó para la villa de Tarija rápidamente después de una acción que tuvo con el intruso Gobernador Olivera; en que le mató e hizo prisionera una cuarta parte de 300 hombres que tenía este caudillo tomó la villa el día 4 de diciembre de 1814; cortó toda comunicación con lo interior, persiguió las gavillas de insurgentes que estaban repartidos por varios puntos, se hizo con porción de caballos y ganado; y los varios encuentros que tuvo después tomó 80 prisioneros incluso cuatro oficiales, el asesor Zavala de Olivera, y al malvado caudillo Mendoza conocido por sus crímenes a quien pasó por las armas.

La División de Jáuregui salió del Cuartel General el 26 de noviembre. Se situó en la Palcagrande cuatro leguas de Cinti, y siendo atacada con 200 fusileros algunos montados y armados de lanza y 3 mil indios el 6 de diciembre de 814 los rechazé haciendo algunos prisioneros entre ellos el caudillo Caballero a quien pasó por las armas quedaron muertos en el campo más de 300; los heridos fueron muchos, y los persiguió por bastante distancia, Jáuregui tuvo muy corta pérdida y a muy pocos días después fueron a buscar a Camargo que se había refugiado a sus fortificaciones de Santa Elena, y reunido en aquellas ásperas montañas mucha indiada para defen-

derse. En esta expedición tuvo Jáuregui repetidos encuentros con el enemigo hasta llegar a las bayonetas en algunos; lo atacó en sus eminencias con considerable pérdida de parte de Camargo; y de la suya el Teniente Villegas con 18 hombres de tropa muertos, y algunos heridos y prisioneros en lo cual y siendo esta tropa recluta (excepto la cuarta parte de veteranos) y, del partido de Chicha cobardes y poco al propósito para soldados, se amedrentaron y empezaron a desertarse en tales términos que en aquellos días y en los siguientes, retirados ya a la Palcagrande se le huyeron más de los dos tercios de ella, y me pidió que a toda prisa le enviase algún refuerzo porque Camargo venía sobre él, con duplicada indíada, y con efecto, habiéndole remitido inmediatamente dos compañías del 2° Regimiento a las órdenes del Capitán D. Domingo Infantes, llegó éste el 6 de enero en ocasión de estar atacado Jáuregui; y con sólo el preciso tiempo de arrojar sus mochilas, entraron en acción y se logró derrotar completamente a Camargo con pérdida de 300 muertos, muchos heridos y entre ellos el mismo Camargo y un Fermín Baca su segundo. Nuestra pérdida consistió en 6 muertos 36 gravemente heridos y 39 contusos.

Camargo volvió a refugiarse en sus alturas de Santa Elena; y empenó toda su eficacia y poder sobre los indios para reunir considerable número de ellos, y volver sobre Jáuregui que permanecía en la Palcagrande con bastante cuidado, porque la deserción de su tropa de Chichas continuaba.

En este estado y para terminar de una vez los cuidados por aquella parte, dispuse que el Coronel Esenarro Comandante del Batallón de Granaderos; fuese a unirse con Jáuregui llevándose 50 hombres de su tropa y otros 50 del 2° Regimiento con las cuales salió del Cuartel General el 28 de enero se unió con Jáuregui y el 6 de febrero salieron de la Palcagrande a atacar a Camargo. Hallaron la primera partida de éste en la altura de Tacaquira, mandada por los caudillos Tejada y otro; la atacaron matándoles 12 hombres cogiéndoles algunas caballerías. Siguieron su marcha dirigiéndose a Santa Elena, en cuyas alturas se hallaba Camargo fortificado con profundas zanjás y parapetos y tenía como 250 hombres de fusil, otros tantos montados, armados con lanza y de 2 a 3 mil indios con garrote, macana y honda. Jáuregui y Esenarro llevaban 300 soldados sobresalientes y ciento de las compañías de Chichas, todos armados de fusil y un cañón de fierro de calibre de uno. Tuvieron su primer encuentro con cien enemigos en el cerro llamado Ancapu-

ñina (?) a quienes arrojaron de él, y persiguieron hasta dicho pueblo de Santa Elena, donde fueron reforzados con Infantería y Caballería que les bajó de las alturas, pero sin embargo huyeron todos a ellas a muy corto tiroteo de nuestra tropa que les mató a algunos. Desde el día en que salieron estos dos jefes de la Palcagrande no cesó de llover; pero sin embargo al día siguiente 13 continuaron sus ataques ganando los cerros de Patititi (?) y Quisiquira a viva fuerza y echaron los enemigos de sus primeras trincheras; allanaron a fuerza de brazo los caminos cortados por zanjas, y subió las tropas a las elevaciones inmediatas al punto frente del enemigo a pesar del fuego que éste les hacía, y de la nube de grandes piedras que rodando les arrojaban los enemigos los desalojaron de todas sus posesiones con pérdida considerable; y reunidos en la más fuerte y elevada con los caudillos Camargo, Olivera y Berdeja; más un clérigo llamado Baca que les fabricaba pólvora fueron igualmente arrojados con muerte de muchos, y perseguidos cuatro leguas hasta la hacienda de Monaipata, en donde descansó nuestra tropa. Por la incesante lluvia y oscuridad del día, no se pudo saber el número de muertos que tuvieron pero no bajaría de 600 y más de otros tantos los heridos. Por nuestra parte sólo hubo un cabo y 8 granaderos muertos; 9 soldados gravemente heridos; y 42 contusos de piedra.

El 15 regresó nuestra tropa al pueblo de Santa Elena; quemó los víveres que no necesitó y todo el pueblo, excepto la iglesia y dos casas de hombres honrados, al siguiente 16 volvieron a parecer los indios en pelotón, en una altura a dos leguas de distancia; fueron inmediatamente atacados y desalojados de ella, con alguna pérdida y ninguna por nuestra parte; se replegaron a otra más eminente de la que también fueron arrojados con su caudillo Ferreira, que obraba separado de Camargo mandando esta nueva turba de indios de los cuales quedaron en el campo muertos 60 incluso algunos cholos de fusil; sin más avería por nuestra parte que la de haber salido herido el abanderado don Mario Paiba.

Libres de enemigos a la vista; el 17 reunió nuestra división una porción de ganado vacuno y lanar para alimento de la tropa; y emprendieron su retirada a la hacienda de Ingahuasi seis leguas de Santa Elena, donde descansaron dos días, y continuaron su retirada a Culpina, para volver a la Palcagrande, bajo del concepto de que los enemigos habían quedado completamente escarmentados; y con el mayor descuido y confianza venían caminando ocupando más de una legua de distancia sin orden y sin los oficiales en sus puestos

con más de 400 burros y mulas que habían cogido cargados de despojos. Jáuregui delante de esta dilatada cuerda, y Esenarro detrás. Los caudillos que siempre tuvieron a su devoción los indios de toda aquella comarca reunieron en los días 17 y 18 por lo que les habían quedado; todos los de los pueblos de La Loma, Cueva, San Lucas, Ingahuasi, Culpina y Quisiquira por medio del nuevo caudillo Arebo; y caminando esta nueva reunión de noche, y cubiertos de las alturas, atacaron improvisadamente la cola de nuestra descuidada división en una angostura y sin detenerse los de adelante con esta novedad el Coronel Esenarro fue a recibirlos con el Capitán de Granaderos Elejalde y 40 soldados que se hallaban a la retaguardia.

Esenarro recibió una pedrada que le dejó muerto; los soldados que estaban a su lado echaron a correr; el Capitán Elejalde se hallaba a pie, no pudo seguirlos y fue muerto a mano de los indios; los demás de la división que vieron venir corriendo a los que abandonaron a Elejalde se pusieron en una precipitada fuga abandonando todas sus cargas y el cañón y aun tirando algunos el fusil y cartucheras, sin que los pudiesen contener los pocos oficiales que no hicieron lo mismo, ni el Coronel Jáuregui que iba delante, siendo tal la sorpresa y cobardía de estos hombres que tan valientemente se portaron días antes, que sin que ya nadie los persiguiese cuando llegaron al río de la Palcagrande sin reparar la mucha agua que llevaba, se arrojaron y ahogaron algunos en él; y los demás tomaron diferentes caminos; y no pararon hasta el Cuartel General de Cotagaita dejando a los caudillos Camargo y compañeros llenos de satisfacción y orgullo; y descubierto aquel punto tan interesante en circunstancias de tener todas mis tropas ocupadas en otras, y sin más que 200 hombres en dicho Cuartel General.

El Mayor General Brigadier D. Miguel Tacón había ido pocos meses antes a tomar el mando de las Provincias de Chuquisaca con la Presidencia de su Real Audiencia para cortar las desavenencias que antes van indicadas entre el cabildo y corporaciones, y el Gobernador Marqués de la Plata que habían tomado un merecimiento que me obligó a tomar esta medida a pesar de quedarme sin un jefe subalterno que me ayudase a llevar las cargas del Ejército. Tenía Tacón 500 hombres a sus órdenes para contener la osadía del caudillo Padilla, que con otros de su clase; 200 hombres de fusil, otros tantos armados de lanza y 2 mil indios era dueño del Partido de la Laguna y amenazaba los alrededores de la ciudad de La Plata, y aun la misma ciudad. Distante de ella 18 leguas en el pue-

blo llamado Presto se hallaba la acreditada Compañía del Batallón del Centro, del mando del capitán D. Francisco Corral, compuesta de 110 plazas; y 9 leguas a su espalda en el pueblo de Chuquichuqui una partida de 35 hombres de fusil; con algunos paisanos decididos, a la orden del Teniente Coronel D. Francisco Maruri Corral fue atacado por toda la fuerza de Padilla el día 19 de enero y aunque rechazado en dicho pueblo de Presto salió Corral animosamente de él persiguiéndole con la mitad de su compañía hasta una altura que no pudo tomar, por la nube de piedras que le arrojaban los indios, y empezó a retirarse al pueblo, en donde difícilmente pudo entrar con bastante pérdida por haber cargado los enemigos sobre él con toda su Caballería y en seguida la Infantería de fusil, y la numerosa indiada que le rodeó y atacó obstinadamente. Corral murió y cerca de una mitad de su compañía y el resto se defendió valerosamente hasta que concluido el último cartucho tuvieron que entregarse y sólo escapó un soldado por quien tuvo el Presidente Tacón la noticia de este desagradable suceso, con el cual entró la ciudad (poco de fiar) en el mayor cuidado; la Audiencia en sobresaltos, tanto que pasó a Tacón un oficio apurándole para que a toda prisa pidiese auxilio de tropa a Potosí, que no pudiendo dárselos su Gobernador el Conde de Casa Real de Moneda me despachó por extraordinarios los oficios originales de Tacón para que tomase las providencias convenientes. Comprendí que la pérdida de una compañía no era motivo para unos apuros tan grandes como en los que se suponían en la ciudad de la Plata; y mucho más me cercioré del abultamiento cuando después de despachado el auxilio me participó Maruri, que con sola su poca fuerza había rechazado en Chuquichuqui a los 3 días de la desgracia de Corral la que contra él había llevado el caudillo Padilla y segundo Carrasco atacándole a las 10 de la noche del 22 con más de 400 hombres de toda arma. Los persiguió Maruri más de dos leguas matándoles más de 28 hombres y haciéndoles cuatro prisioneros que pasó por las armas; con sólo dos gravemente heridos que tuvo y se retiró a dicha ciudad de La Plata, donde se unió con los 400 hombres que allí había de guarnición; sin embargo y a pesar de mis muchas atenciones, y mi corta fuerza en el Cuartel General despaché de ella 285 hombres del 2° Regimiento a la orden de su Sargento Mayor el Tnte. Coronel D. Francisco Javier de Aguilera, con la terminante prevención de que había de tardar solamente ocho días en llegar a la Ciudad de La Plata; seis en atacar y perseguir a Padilla, unido con aquella guarnición, y

otros ocho en volver a reunirse. Impuse de esta determinación al Presidente Tacón haciéndole responsable de la menor variación que detuviere a Aguilera, y habiendo cumplido exactamente con mi orden batió a Padilla, regresó ese al Cuartel General e inmediatamente salió en busca de Camargo con los dichos 285 hombres que había llevado a Chuquisaca y se situó en la Palcagrande donde fue atacado por el tal Camargo el 27 de marzo habiéndole este caudillo rodeado dos días antes con 200 hombres de fusil, y más de mil de lanza, honda y macana; pero las buenas disposiciones de Aguilera y el valor de su tropa consiguieron, después de 7 horas de acción, rechazar al caudillo batirlo y perseguirlo con pérdida de 150 muertos; muchos heridos; 14 prisioneros que fueron pasados por las armas; 40 mulas y caballos; dos fusiles y todos sus víveres. Aguilera tuvo por su parte dos muertos, y cuatro heridos de bala, incluso el Alférez D. José Rodríguez, y se retiró a su posición de Palcagrande, donde volvió a ser atacado el 29 por el propio caudillo Camargo, unido con los de su clase Caballero y Villarruvia que tenían a sus órdenes 1500 hombres de fusil, montados, e indios de a pie todos fueron igualmente batidos y perseguidos como lo habían sido dos días antes; pero con mayor pérdida; pues sólo en el campo dejaron más de 200 cadáveres; fueron prisioneros y pasados por las armas cinco; entre ellos el caudillo Caballero; se les tomaron 3 fusiles; y 2 carabinas y 18 caballos y mulas ensillados y Camargo, Villarruvia y el clérigo Baca huyeron precipitadamente abandonando sus secuaques que se dispersaron por todas partes sin que en esta acción hubiese habido por nuestra parte más que uno u otro herido, lográndose por medio de estas dos acciones aterrar aquellos infames, que se fueron a refugiar y rehacer en sus elevadas breñas; con lo cual quedó este punto sin los cuidados que le amenazaban antes.

La División de Rolando, que se organizó y arregló en el pueblo de Puna, doce leguas de Potosí; hizo sus correrías por diferentes puntos; y sabiendo que en el pueblo de Bartolo a 8 leguas de dicha villa, se habían situado los caudillos Camargo, Benancio, León y Olmedo, con 600 hombres de fusil, honda y macana; y sin embargo de que tenía varias partidas de su División, ocupadas, marchó sobre ellos el 17 de enero de 815 con 90 hombres de fusil y algunos montados y armados de lanza; los atacó el 18 en las alturas de dicho pueblo de Bartolo; los batió completamente matándoles más de cien hombres e hirió a mayor número por su parte lo fue el Teniente de Caballería D. Mariano Matorras, el Sargento Gerónimo

Medina y 11 soldados. La acción fue muy reñida por la desigualdad de fuerzas. Duró 5 horas y media con un vivo fuego, y los enemigos perseguidos por más de dos leguas con su esperanza perdida de atacar por aquel lado a Potosí, que era el objeto de haberse acercado a 8 leguas. Por esta distinguida acción concedí en 5 de febrero un Escudo de honor al Sargento y 11 soldados heridos.

Rolando se retiró con su Tropa a su posición de Puna, y sabedores los caudillos Betanzos y Berdeja de la acción que había tenido con los otros cuatro el 18; y en la inteligencia de que había sufrido mayor pérdida, se resolvieron atacarle en su misma posición de Puna el 21 de dicho mes de enero; ejecutándolo con 300 hombres de fusil, lanza y honda; justamente en ocasión de haberle llegado a Rolando 30 granaderos y 8 dragones de mi guardia de honor; que le había enviado de refuerzo desde mi Cuartel General, cuatro días antes porque sabía la escasa fuerza con que se hallaba. Esta acción fue una de las más empeñadas que han tenido los indios y después de cinco horas de fuego quedaron enteramente derrotados; muertos en el campo 200 y heridos casi todo el resto. En la persecución fue cogido el malvado Betanzos, indio cacique, el más obstinado que se conocía y a quien los de su clase se reunían por veneración. Esta tan útil presa la hicieron dos soldados lanceros natales de Puna llamados Javier Barrios y Simón Rodríguez Navia, a quienes concedí un rico uniforme y un Escudo de honor en 24 de febrero del mismo año. La cabeza de Betanzos fue puesta en una pica, en la Plaza de Potosí; y esta brillante jornada sólo contó por nuestra parte la muerte de un soldado y dos heridos.

La División del Despoblado al mando de García; luego que estuvo organizada y disciplinada en Talina, empezó sus movimientos contra el Comandante de la enemiga llamado Urdininea y los caudillos Falagiani y Vidaurre, que tenían a sus órdenes 200 hombres de tropa armados con fusil y algunos montados con lanza. La fuerza de García consistía en 180 de la primera arma, y 20 de la segunda alcanzó García a Urdininea cerca de Esmoraca en el punto llamado el Mojinete el 13 de enero de 1815 habiendo tenido que atravesar aquel caudaloso río, por tres veces; y emprendida la acción después de algunas horas de fuego, fueron los enemigos batidos y perseguidos, con muerte de 15 soldados y mayor número de heridos. Se les tomaron 40 mulas y caballos ensillados, porción de ganado vacuno; dos sargentos, cuatro soldados y un tambor prisioneros; y se rescataron 3 de esta clase y un negro que nos habían hecho antes. Por

nuestra parte hubo la pérdida de un soldado ahogado entre muchos que llevó la corriente del río, con pérdida de su fusil; un sargento y un soldado heridos gravemente, y 3 contusos. Por esta acción brillante concedí al Comandante García y a 5 oficiales, y al sargento y soldados heridos un Escudo de honor.

Considerando yo que por esta parte del Despoblado quedarían los enemigos escarmentados de la acción que sufrieron el 18 y que serían bastantes para contenerlos los soldados nuevos que estuvieron en ella; di la orden a García para que dejase el mando de ellos a su segundo el Teniente Coronel D. Tomás Aperse y Alviol, interín llegaba el Coronel graduado D. Cristóbal Martínez, y que él viniese con los cien veteranos de su Regimiento al Cuartel General para marchar a ocupar otro punto que necesitaba refuerzo. Esta orden no se pudo cumplir porque Urdininea recibió un fuerte auxilio que le envió su General Rondeau, con el cual se fijó en el pueblo de la Rinconada, para desde allí hacer sus hostilidades. Instruido de esto Martínez caminó sobre ellos, y los atacó en el expresado pueblo el 18 de febrero y después de una reñida y obstinada acción contra sus tres compañías de Infantería mandadas por los capitanes Urdininea, La Madrid y Saavedra, que habían venido de refuerzo al primero logró batirlos, matándoles 20 soldados, y un oficial y haciéndoles mayor número de heridos. Martínez tuvo por su parte la pérdida de su ayudante Mayor D. Mariano Armaza, dos sargentos y 16 soldados. Quemó el pueblo que era todo de indios enemigos nuestros y se retiró al punto de Talina. Urdininea con los otros dos capitanes y toda su división abandonaron el despoblado bien escarmentados, y se replegaron al Cuartel General de su Ejército, y se hallaba en Humahuaca. Martínez fue a reunirse a la vanguardia que se hallaba en Yavi con sus avanzadas en el puesto del Marqués y García se retiró con los 100 hombres veteranos de su batallón a reunírseme en el Cuartel General de Santiago de Cotagaita.

El Comandante D. Antonio Vigil, se hallaba con cien hombres montados de su escuadrón en el expresado punto llamado el Puesto del Marqués y sabedor el Coronel Olañeta Jefe de dicha vanguardia que a seis leguas de distancia en la casa que se nombra del Tejar se hallaba avanzada una partida enemiga, resolvió que Vigil la atacase enviando para sostenerle el Batallón de Cazadores, y añadiéndole a su fuerza 20 soldados de este Cuerpo: otros tantos del Batallón del Centro, y 14 del de Partidarios que se montaron en mulas de particulares. Empezó su marcha, y a las nueve y media de la mañana

encontró en la mitad del camino tres exploradores a quienes hizo prisioneros, sin embargo de hallarse bien armados y montados, los mismos que después de haber declarado que en el Tejar había un oficial y 14 hombres, fueron pasados por las armas. Siguió Vigil su marcha, y a las once de él rodeó la expresada casa sin ser sentido de los que estaban dentro; y habiéndose encontrado con mucho mayor número de enemigos de los que les dijeron los exploradores empezó su ataque defendiéndose aquellos con una obstinada resolución parapetados contra las paredes del patio que estaba cercado, al paso que la tropa de Vigil se hallaba al paso intimoles la rendición a que se negaron; pero habiendo pegado fuego a la casa donde se habían metido para continuar su defensa, después de desalojados del patio, ofrecieron entregarse como lo ejecutaron y se encontró con la novedad de que efectivamente la partida enemiga constaba del oficial y 14 hombres que le dijeron los exploradores pero que en aquella misma mañana y con objeto de reconocer el campo había llegado a ella el Mayor General del Ejército enemigo Coronel D. Martín Rodríguez con seis ayudantes y 50 hombres de escolta. Quedaron prisioneros dicho Mayor General, cuatro oficiales, dos sargentos, once cabos y 31 soldados; se les tomaron 32 fusiles y 32 sables; y quedaron muertos un sargento y 16 soldados. Por nuestra parte hubo la pérdida de un cabo muerto, y un soldado herido del Cuerpo de Cazadores, dos soldados heridos del de Partidarios; un sargento muerto; otro y un soldado herido del Batallón del Centro, y del Escuadrón de Vigil, un cabo y dos soldados heridos.

Rodríguez era justamente el oficial de más concepto del Ejército de Rondeau, íntimo amigo suyo y director de sus operaciones militares, por lo que le causó el mayor sentimiento esta presa, y no poca consternación en sus tropas. Vigil fue el conductor al Cuartel General de estos prisioneros, y entregados en él, volvió a ocupar su lugar en dicha avanzada del Puesto del Marqués.

En tan buen estado las cosas por lo respectivo al Ejército de Rondeau, y con objeto de estrecharle más y más, dispuse que se aumentase la fuerza de la vanguardia con el valiente escuadrón de Marquiegui que se hallaba en Tarija en la fuerza de 200 hombres montados; y además una compañía sobresaliente del Batallón de Cazadores y 150 tarijeños, relevándolos con el Escuadrón de San Carlos a la orden de su Comandante el Coronel D. Melchor José Lavin, como se verificó en primeros de marzo encargándose éste de la defensa de Tarija y su Partido, y pasando Marquiegui a la vanguardia.

Por las inmediaciones de la Villa de Tarija andaban los caudillos Olivera y Rojas, haciendo todo esfuerzo para reunir gente valiéndose hasta de los indios de Berdejo y sin embargo de los golpes que Marquiegui les había dado, se aproximaron el día 9 de marzo a 7 leguas de la villa con 200 hombres y Lavin con su escuadrón salió a las 7 de la noche para caer sobre ellos al amanecer; pero avisados los enemigos por sus secuaces los tarijeños abandonaron el punto que ocupaban, y se replegaron 10 leguas más atrás al de Orosas, protegidos por muchos zanjones de que abunda aquel terreno. El 11 fueron atacados en él por sola una partida de 25 hombres montados por el segundo de Lavin, el Teniente Coronel D. Fernando Aramburú, que los desalojaron, matándoles 8 y haciéndoles una porción de heridos. Les tomaron 12 caballos, un fusil, una pistola, dos sables y tres prisioneros que fueron pasados por las armas. Lavin se volvió a la villa con sólo la pérdida de tres mulas muertas en la acción; herido de bala el Teniente D. José María Arce (caudillo que era de los enemigos, y pasado días antes arrepentido a los nuestros); un soldado herido y otro contuso.

El 26 del mismo mes de marzo noticioso de que volvían a aproximársele los enemigos, salió por la noche con dirección al Valle de la Concepción donde les tomó 26 caballos y tres espías que fueron pasados por las armas; y continuando su marcha a vista de los enemigos se situaron éstos en las llanuras de Pactaya. Constaba su fuerza de 100 indios chiriguano armados con flecha, 200 provincianos de macana, lanza y 40 fusiles; 30 gauchos de la Provincia de Salta armados de la misma manera y 20 cazadores recientemente enviados por Rondeau a la orden del Teniente Aparicio. Allí fueron atacados por las tres compañías del escuadrón con sable en mano; les mataron 14; e hirieron una porción considerable de ellos, y les tomaron 8 fusiles, una carabina, dos sables y 41 prisioneros que fueron pasados por las armas, sin haber tenido por su parte más que un soldado y 3 caballos heridos. Esta turba de enemigos la mandaba el caudillo Francisco Suviría, que huyó a Orosos precipitadamente con todo su resto. Lavin lo siguió de noche y a las 12 de ella, se introdujo en el campo enemigo sin ser sentido mandando a sus dragones atacasen a sable de que resultó la muerte de 20 de ellos, muchos heridos y entre ellos el Comandante Suviría atravesado de una bala de fusil, que huyó sin embargo a los Toldos. Lavin recibió al concluir esta acción la orden de situarse en la cuesta del

Inga 14 leguas de Tarija, para ejecutar una operación combinada con la vanguardia y por esta razón no persiguió a los enemigos.

Mantúvose en aquel punto hasta el día 4 en que supo que aprovechándose los caudillos Olivera y Rojas de la distancia de 14 leguas en que se hallaba Lavin de Tarija se metieron en ella con 200 hombres de todas armas; pero haciendo una marcha esforzada en la noche del 5 cayó sobre ellos el 6 a las 8 de la mañana y después de media hora de acción dejando 11 muertos en el campo huyeron, con considerable número de heridos; perdiendo 18 fusiles, un sable, 48 caballos y 23 sillas de montar incluso la del mismo Olivera. Se les tomaron 35 prisioneros que fueron pasados por las armas; y Lavin sin desgracia de ninguna clase por parte de su tropa se posesionó de la villa.

Con estos felices sucesos había logrado tener al ejército enemigo de Rondeau acorralado en Humahuaca, sin embargo de que se hallaba con más de 3 mil hombres; y sin que pudiese dar un paso que no le fuese adverso. Todo mi frente de 40 leguas desde Tarija a la Rinconada se hallaba libre de enemigos; éstos muy escasos de víveres al paso que mis tropas los tenían con abundancia, los caudillos Olivera y Rojas batidos y apurados muchas veces, dispuestos a entregarse con sus armas, como lo había ejecutado pocos días antes el caudillo Arce su compañía; el Mayor General de Rondeau, Rodríguez en mi poder con sus ayudantes; Camargo aterrado en sus peñas de Santa Elena; Zárate alejado de Potosí, en las escabrosidades de Turuchipa (aunque éste y Camargo en el mayor empeño de hacer nueva reunión) como que entre todos los de su clase eran los más obstinados.

Por la parte de Chuquisaca Padilla (tan empeñado como aquellos dos) fue atacado y perseguido por el Teniente Coronel Valle; y castigado el pueblo de Presto, cuyos habitantes indios habían ayudado a la pérdida de la compañía de Corral; por lo que quemó el pueblo, y pasó por las armas a cuantos hombres encontró en él; pero tuvo que volverse a la ciudad, a causa de que otros caudillos la amenazaban por otros puntos; y especialmente porque era poco de fiar la gente común de ella; dispuesta siempre contra las armas del Rey más que las otras excepto la de La Paz, a quien ninguna ha ganado en sus maldades.

Por el Partido de Chayanta, no había el mayor cuidado desde que su Gobernador el Coronel D. José Mendizábal hizo unos fuertes castigos en los infidentes y destruyó al caudillo Navarro el 24 de

febrero de 1815 en el pueblo de Zurumiri; sorprendiéndole al amanecer y quitándole en la acción todas sus armas, después de muerta la mayor parte de su gavilla, excepto unos pocos que desnudos escaparon con él.

Por Oruro no había novedad en consecuencia de la salida que había hecho su Gobernador Abeleyra, con una partida de 150 hombres y un cañón de a 2 combinada con otra que había enviado el Intendente de Cochabamba D. Antonio Goyburu, a dispersar los caudillos en el punto de (espacio en blanco) como lo consiguió pero perdió al Capitán Taurete con 38 soldados que fueron aprehendidos y asesinados en el pueblo de (espacio en blanco).

Finalmente por la Provincia de La Paz hasta el Desaguadero había logrado el Teniente Coronel D. Toribio Barra el 17 de enero de 815 batir y derrotar completamente al caudillo Jorge Carrión, en las orillas del río Mauri, cuatro leguas de dicho punto del Desaguadero tomándole casi todas sus armas, y un botín considerable de los robos que había ejecutado este malvado de manera que hubo soldado a quien tocaron 500 pesos.

Todas las fuerzas empleadas en estas acciones y puntos indicados incluso las del ejército de operaciones no componían un total de 4,500 hombres haciendo la guerra en 120 leguas de terreno. La de los enemigos excedía de 20 mil entre su Ejército de Rondeau, y la multitud de caudillos pero sin embargo ellos fueron batidos en todas partes, y a pesar de su obstinado empeño, de la acogida que hallaban en todos sus habitantes; de los espías y avisos que tenían y de no ser nuestro más que el terreno que pisábamos iban ya desmayando y poniéndome cada vez más empeño de sostenerme en Santiago de Cotagaita y Yavi, esperando de que si hasta marzo no me habían llegado los refuerzos, diferentes veces prometidos, aunque hacían 7 meses de mis reclamaciones al Virrey, me podrían llegar en abril para dar algún descanso a mis tropas, que ya no podían más, y se habían disminuido considerablemente en tan repetidos encuentros en términos de no haberme quedado arriba de 2 mil hombres en el ejército de operaciones, y menos de 1500 en todas las capitales de Provincia y demás puntos de mis espaldas hasta el Desaguadero.

Yo sabía que Rondeau tenía próximo el último refuerzo que esperaba de Buenos Aires como en efecto llegó en fines de marzo. Del señor Ramírez no tenía entonces más noticias que la de haber salido de Arequipa con su División el 11 de febrero de 815 con

dirección al Cuzco; y por consiguiente no podía dudar de que si lograba la pacificación de aquella Provincia no podía volver a reunirse en tres o cuatro meses como así sucedió; pero ya tarde según se verá en el lugar en que hablé de todos los sucesos de la expedición del referido señor Ramírez.

Rondeau luego que vio en su Cuartel General de Humahuaca la reunión de 4500 hombres de tropa, y 16 piezas de artillería hizo juntar de la campaña de Jujuy y Salta hasta mil hombres que llaman gauchos montados y armados de machete, o sable corto, y se dispuso a atacarme, seguro de mi corta fuerza, y muchas atenciones. Repitió sus órdenes a todos los caudillos para haciendo los últimos esfuerzos estrechasen a Tarija, Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, con la segura esperanza de que en todo el mes de abril atacaría al Ejército del Rey.

Los tales caudillos se empeñaron más que nunca en cumplir las órdenes de Rondeau, con tan lisonjeras esperanzas, aseguraron a todos sus secuaces de que la guerra iba a expirar con el exterminio de las Tropas del Rey; que la división del señor Ramírez había sido destruida, y muerto éste a manos de los caudillos del Cuzco Pumacahua, y Angulo; y finalmente que éstos eran dueños de La Paz, y tenían ya sus tropas cerca de Oruro, dirigiéndose a tomar la espalda del Ejército Real para que atacado por el de Rondeau no escapase ninguno.

Estas inventivas produjeron tal efecto que hasta habitantes muy racionales y principales llegaron a creerlas cuanto más la gente estúpida; y especialmente los indios; y se aumentó en todos la esperanza de su independencia en términos de que nunca estuvieron los caudillos en tanta fuerza con la que les dio la circular de semejantes noticias.

En esta ocasión tan crítica, especialmente para las capitales de las tres Provincias de mi espalda, pidió el Presidente de Charcas Tación que la División de Rolando que defendía la cercanía de Potosí, fuese rápidamente al Terrado a recibir dos compañías de reclutas que enviaba de refuerzo al Cuartel General el Gobernador de aquella villa Conde de Casa Real de Moneda se la envió con prevención de que al momento regresase. Llegó Rolando al Terrado, y no hallando las expresadas compañías siguió sus marchas hasta las inmediaciones de Chuquisaca, y avisó al Presidente; añadiendo a éste, que pues sabía que Padilla se acercaba a la ciudad se le ofrecía con su tropa para ayudarle a batir, y volverse después inmediatamente

Tacón aceptó la oferta, y ni uno ni otro tuvieron presente que peligraba Potosí; y reunidas las fuerzas de Rolando y de la guarnición de Cochabamba atacaron a Padilla, con feliz éxito el día 4 de abril de 815 en el cerro de Carretas distante de la ciudad 14 leguas haciéndole considerable número de muertos y heridos, en los cien fusileros, y 2 mil armados de lanza y honda que tenía aquel caudillo; con sólo 6 heridos por nuestra parte de los cuales sólo 3 lo fueron gravemente, Tacón persiguió a Padilla por muy corto espacio, y no teniendo seguridad de la ciudad se volvió inmediatamente a ella; y Rolando para Potosí con su división, en virtud de las órdenes que tenía del Conde y de la mía el 3 en que le hacía la más estrecha prevención para que a marchas forzadas volviese al punto de Bartolo a fin de destruir el plan que el caudillo Zárate había formado en el Partido de Puna, contra Potosí. Ejecutolo prontamente; pero ya tarde por lo que más adelante se dirá; y habiendo sufrido el 9 a su paso por el cerro de Pilima una acción que le presentaron los caudillos Navarro, Mena y Basabilbaso con un número de más de 2 mil armados de todas armas y 160 fusileros a quienes después de cuatro horas y media de fuego logró poner en una completa derrota con muerte de más de 200, entre ellos Basabilbaso, y 8 soldados de Buenos Aires, les tomó un fusil, una carabina y 20 caballos; teniendo Rolando por su parte 7 muertos y 32 heridos todos de bala y piedra, incluso en éstos el Teniente Coronel D. Joaquín Prudencio.

Zárate que desde el momento que supo la marcha de Rolando se propuso a atacar a Potosí; se colocó inmediatamente en Puna; interceptó el Camino Real de esta villa al Cuartel General y se dirigió con todas sus fuerzas hacia ella, con su segundo Mena, y la cercó el 6 con 160 fusileros, 50 de caballería y 2 mil indios, colocándose por la parte del socavón, y alturas de las Lagunas. Su Gobernador Conde de Casa Real de Moneda, dispuso una salida contra los enemigos y la verificó el 7 con su guarnición, que consistía en 200 soldados de infantería 50 de caballería de particulares; como unos 400 vecinos armados con palos, a las órdenes de los curas D. Santiago Costas, D. Francisco Vélchez y D. Manuel Lescano y 2 cañones dejando en la villa, a cargo de su Sargento Mayor el Coronel D. José Antonio Estévez, la compañía del Comercio y la de Empleados, que con anticipación se habían formado, y disciplinado para tal caso, y hacía meses que estaban sirviendo con todo honor, decisión y entusiasmo a la orden del Coronel y Comerciante Maria-

no Ibarguen. A las 7 de la mañana empezó la acción que se concluyó a las 7 1/2 y fueron perseguidos hasta las 9; dejando 14 muertos, 3 oficiales y 11 prisioneros, y llevando consigo muchos heridos; se tomaron 3 indios del cerro, y un cholo de la villa que se habían pasado al enemigo; más un Sargento de nuestro Ejército bastante herido y con su fusil con señales de haber hecho mucho fuego; los cuales pagaron su delito con el último castigo. Por nuestra parte sólo hubo dos heridos.

Los prisioneros declararon que no muy distante se hallaba otra fuerza considerable de enemigos con 150 fusileros que debían haber obrado unidos con Zárate a quien regularmente se juntarían para volver atacar la villa; y añadieron que Zárate con el objeto de llevarse él solo la gloria de tomar a Potosí se había anticipado a la referida fuerza.

El Conde con este motivo y no sabiendo nada de la División de Rolando, mas a pesar de cuanto en su parte del 7 me había comunicado referente a la buena disposición de la tropa y vecinos de la villa, mas bien por la política que se veía precisado a usar que por la razón, me dice en carta confidencial de 8 que se halla a f. (espacio en blanco) que su guarnición es insubordinada, sin disciplina y reclutas, que por poco no sufre un contraste en la acción del día anterior; que se había propuesto si volvía a ser atacado atrincherarse en la villa por no exponerse a un desastre y a que se le levantase el pueblo; y finalmente que su situación era sumamente apurada, y debía volver a ser atacado por Zárate y Moldez, lamentándose mucho de que en Chuquisaca se le hubiese ocupado la División de Rolando, teniendo allí suficientísima tropa para defenderse de Padilla, graduando este procedimiento de irregular arbitrio y aun despótico, por el que se había turbado todo el orden de la provincia de su mando y comprometido la seguridad de su capital, reduciéndole el estado en que se hallaba y a los incalculables males consiguientes a él; por tanto tomase yo el oportuno y pronto remedio que exige la situación para salvar aquella villa en que se fundaba la subsistencia del Ejército.

En este apurado caso, y siendo de una absoluta necesidad el conservar a Potosí, resolví que inmediatamente marcharan 400 hombres del Batallón de Granaderos, 2° Regimiento y 2 piezas de artillería a las órdenes del Comandante del primero, el Teniente Coronel D. Mariano Portocarrero para que a marchas forzadas se pusiesen sobre Potosí como lo ejecutaron en 3 días a pesar de la distan-

cia de 36 leguas que mediaba entre el Cuartel General y aquella villa.

Este suceso que ocasionó la detención de Rolando en Chuquisaca me puso en la indispensable necesidad de variar todo un plan de operaciones; porque habiendo determinado recibir a Rondeau en el punto de Mojo, y darle una batalla con menos de mitad de fuerzas de las que él tenía antes que evacuar las Provincias que tanto había costado recuperar, había dispuesto bajar a dicho punto con mi Cuartel General, el Regimiento 2°, Batallón de Granaderos y el resto de la artillería (únicas fuerzas que tenía en él) a cuyo fin habían llegado a Suipacha parte de éstas con el Coronel D. Rufino Bercolme a quien mandé retroceder a Cotagaita, quedando así frustradas todas mis ideas; y sin más tropas en el Cuartel General que 300 hombres escasos.

En consecuencia resolví hacer el último esfuerzo y mandé al Gobernador del Partido de Chichas Coronel D. Martín de Jáuregui que le levantase todo en armas y se reuniese en Cotagaita para que defendiese aquel punto contra las tentativas de Camargo. Despaché orden a Portocarrero para que así que atacase en Potosí a Zárate se revolviere rápidamente al Cuartel General y dispuse la salida de 200 prisioneros con que me hallaba incluso 11 oficiales con el Mayor General y Coronel de los enemigos Martín Rodríguez que me embrazaban mucho.

Este bribón hizo mil esfuerzos para que yo le hablase antes de marchar para Lima; y aunque me había propuesto no verle, tanto me dijeron de sus buenas circunstancias algunos jefes con quienes había hablado que accedí a su súplica, y le mandé comparecer para que me explicase como lo ejecutó informándome de la pura verdad del estado de los enemigos así en razón de fuerza, como pensamientos de Rondeau y su Gobierno que visto después cierto y positivo igualmente que cumplido todo menos lo perteneciente a su persona.

Díjome que Rondeau había reunido 5 mil hombres con los últimos refuerzos que le habían llegado de Buenos Aires y que debía atacarme desde primeros a mediados de abril que sabía la poca fuerza con que yo me hallaba y lo apurado que estaba por mi espalda que dicho su Gobierno los tenía engañados, con que el Rey Fernando estaba en Lisboa repudiado de la Nación y dominando en España el partido de las Cortes, que había una guerra civil entre éste y el del Rey mediando los ingleses contra aquél; que no era

posible el venir esos hombres de la Península contra Buenos Aires; que la revolución del Cuzco se hallaba tan consolidada y adelantada, que en breve se unirían con Lima cuyos habitantes llamaban a los del Cuzco; que por la parte del Desaguadero se hallaba el indio Pumacahua con considerables fuerzas dueño de La Paz y próximo a atacar el ejército de mi mando por la espalda en combinación con ellos para acabar de una vez con el Ejército Real, y finalmente que estaban todos persuadidos de ser esto cierto que creían segura su independencia pero que desengañado el tal Rodríguez de ser todo falso, porque había visto y leído las Gacetas de Madrid en los días que llevaba de prisionero, y visto en ellas que el Rey gobernaba pacíficamente en España con gusto de la Nación; y en las de Lima que no existía Pumacahua, y había sido deshecho su Ejército por la división del señor Ramírez, protestaba contra las ideas de Buenos Aires; juraba (como lo hizo por escrito) obediencia y subordinación al Rey, por quien era Coronel y finalmente dijo otras muchas cosas para manifestar sus sentimientos y la verdad de cuanto expresaba, jurando que no le alcanzase ningún indulto de S. M. si en la menor cosa faltaba a la verdad, pidiendo por último que se le permitiese ir congregando por dos Coroneles para que con este pretexto pudiese él desengañar a Rondeau, y a todos los oficiales de su Ejército de la equivocación en que los tenía el Gobierno a fin de que cesase la guerra que la conocía era infructuosa; y que cuando no consiguiese por la fina amistad en que estaba con Rondeau, y por la preponderación que tenía sobre todos los jefes de cuerpos de su ejército la unión de ambos me ofrecía lograr, lo menos una suspensión de hostilidades añadiéndome que conseguiría al momento de volver, el que la mujer y familia de los Coroneles Olañeta y Marquiegui, que tenían presas en el Tucumán por sólo hallarse sus maridos sirviendo en el Ejército del Rey, serían repuestas en sus casas en Jujuy y la primera restituida a la compañía de su marido.

Yo desconfié siempre de éste y de todos los revolucionarios de Buenos Aires porque en toda la guerra no han hablado una verdad ni cumplido una palabra, y aunque me parecía menos malo Rodríguez y estaba casi inclinado a creerle, quise que mi secretario D. Sebastián de Arrieta oyese cuanto este hombre me había dicho para que formando concepto y pudiese yo asegurarme en lo posible. Con efecto el día siguiente volví a llamarle a mi casa, y a mi presencia le oyó Arrieta, y juzgó bien de su conversación y ofertas; en consecuencia y reflexionando que en la apurada situación en que yo me

hallaba iba a ganar mucho, y a no perder más que tener un pícaro le envié a su ejército, con un oficio a Rondeau, diciéndole que a su solicitud iba... por los Coroneles Suárez y Sotomayor, que nos tenían allá prisioneros pero con la condición de que Rodríguez se había de retirar a su casa y Suárez a la suya quedando Sotomayor en aptitud de servir. Rondeau me contestó que estaba pronto y agradecido a mi generosidad, y luego que Rodríguez llegó a Humahuaca que fue el 6 de abril me escribió con las mayores expresiones de gratitud diciéndome que por sus instancias hechas a Rondeau al día siguiente de haber caído prisioneros en favor de la mujer de Olañeta y familia de Marquiegui, a quienes sólo había prometido, se hallaba ya ésta en su casa y aquélla en Humahuaca desde donde efectivamente escribió a su marido; y por último envió Rondeau a su Sargento Mayor Zamudio a las avanzadas de mi ejército, para tratar de un acomodamiento y con él Rodríguez una carta para mi, en que me daba aviso de haber perdido a Buenos Aires. (sic).

Parecía que no debía quedar duda de la conclusión de la guerra, en esta conducta que engañaría al hombre más perspicaz; y así respondí concediendo 8 días de suspensión de armas para que se pudiese tratar, y Zamudio regresó con la contestación.

No obstante y para asegurarme más resolví acercarme a Rondeau con mi Cuartel General y repetí mi orden a Portocarrero para que redoblase sus marchas... ya había sacado de ciudades a Potosí y encargué nuevamente a Jáuregui que pusiese en Cotagaita su partida en masa como se lo había prevenido antes y finalmente despaché un extraordinario a la Ciudad de la Plata, diciendo a su Presidente que no podía enviarle el refuerzo siquiera de 15 días para defenderse de los caudillos Arenales, y Padilla, que me había escrito le tenían muy apurado y a pique de perderse la ciudad todo con el objeto de recibir en Mojo a Rondeau, si faltando al trato intentaba atacarme, y si no procedía de buena fe darle a entender que me aproximaba para atacarlo.

Todas mis ideas se frustraron de una manera la más apurante, Portocarrero que había ahuyentado a Zárate de las cercanías de Potosí, recibió a la segunda jornada de su vuelta al Cuartel General la orden de aquel Gobernador para regresar inmediatamente sobre la villa que se hallaba circunvalada de multitud de enemigos a la orden de Zárate, que la había intimado su rendición. Camargo había salido de sus alturas de Santa Elena y aproximándose con mucha fuerza a 14 leguas del Cuartel General y Jáuregui no había podido reu-

nir de su Partido para oponérsele arriba de 100 hombres servibles aunque sin instrucción. El Presidente de la Plata me repitió sus apuros; y el infame Rondeau quebrando el término de la suspensión de hostilidades a los seis días de haber llegado Rodríguez a su compañía se puso en marcha con todo su ejército para venir a atacarme ejecutándolo en el puesto del Marqués, el 14 de abril con mi primera avanzada que consistía en el Escuadrón 2° Cazadores, del mando del Teniente Coronel D. Antonio Vigil cuya fuerza de 200 hombres fue atacada por más de 700 de caballería enemiga, y un batallón de infantería haciendo Vigil sin embargo una defensa la más heroica, tanto para mantener su puesto, como lo consiguió más de dos horas, como en su retirada de más de cuatro leguas siempre batiéndose con los enemigos aunque le quedó muy poca gente, pues perdió 7 oficiales, 140 hombres de tropa, según se ve en su parte a f. (espacio en blanco) Cuaderno 2°.

Desempeñada la última obligación de un General y de un Ejército y rodeado de más del cuádruplo de enemigos sólo me restaba hacer con las pocas fuerzas con que me hallaba, para que replegadas a un punto de mi espalda y reunidas con las guarniciones de Potosí, Chuquisaca y partidas volantes impusiesen al enemigo, y le detuviese en sus progresos sobre el Virreinato de Lima que era la primera atención de que estaba encargado por el Virrey.

En consecuencia tomé el 16 de abril las disposiciones siguientes:

Pasé la orden al Comandante General de vanguardia Coronel D. Pedro Antonio de Olañeta para que replegase sus inmediatas avanzadas al punto de Yavi donde se hallaba con los batallones del Centro, Cazadores y Partidarios de Infantería, dos compañías del 2° Regimiento, 8 cañones de a 4, el Escuadrón 1° de Cazadores y los restos del 2° que le habían quedado a su Comandante Vigil después de la acción del 14; previniéndole al mismo tiempo que las más distantes como eran las de Santa Victoria compuesta de una compañía del Centro, y una partida de 30 hombres montados; y la de Tarija que contaba del Escuadrón de San Carlos, y algunos decididos del país, se retiraran a toda prisa por el camino que salía a sus espaldas de Suipacha y punto que llaman Río Blanco encargando al Gobernador de Tarija, el Coronel Lavin, que la evacuase con todo lo perteneciente al Rey y protegiese la emigración de aquellos vecinos que quisiesen salir al abrigo de las armas de su mando.

Segunda en el mismo día 16 despaché a Lavin por diferentes puntos dos extraordinarios con la misma orden. Al Gobernador de

Potosí Conde de Casa Real de Moneda otra en el propio día, para que anticipase todas sus disposiciones a fin de evacuar la villa a mi primera orden con su guarnición, caudales y cuanto perteneciese al Rey, incluidas todas las piezas y operarios de la Casa de Moneda, a fin de que no pudiesen los enemigos servirse de ella para acuñar. Mandé al Conde que sin perder instantes despachase por diferentes caminos y conductos seguros el mismo aviso al Presidente de Chuquisaca a fin de que estuviese igualmente prevenido para evacuar la ciudad a mi primera orden por el camino que le conviniese, según las circunstancias a unirse con la División del Coronel Velasco, y replegarse sobre Cochabamba, por lo que interesaba conservar aquella ciudad y cuanto territorio perteneciente a ella fuese posible; prevínele asimismo que comunicase al Gobernador de aquella ciudad de Cochabamba esta disposición para que redoblase su vigilancia. Al de Chayanta que se le viniese cuando el Conde estuviese en el punto más próximo a él, y al de Oruro que acopiase víveres y forrajes en todos los puntos de la comprensión de su mando para el Ejército en su retirada y después de su llegada enviándole el itinerario del camino por donde se iba a ejecutar; finalmente despaché extraordinario al Señor Virrey de Lima comunicándole esta resolución, sus causas que las tenía anticipadas, y providencias tomadas pidiéndole al propio tiempo cuantos auxilios pudiese darme; porque de otro modo no podría ni permanecer en Oruro, y tendría que continuar mi repliegue hasta el Desaguadero y permanecer allí difícilmente.

Por el parte que recibí el 18 de la vanguardia supe que ésta venía caminando, y el enemigo en su seguimiento con una jornada de distancia porque para tomarla mayor, salía de Suipacha a la oración del día siguiente sin embargo de que llegaría a aquel punto a las dos de la tarde.

En vista de esto y por extraordinario di la orden terminantemente al Conde para que evacuase a Potosí a la mayor brevedad por el Camino Real hasta Oruro, y le envié una proclama para que hiciese saber a los habitantes de la villa que las armas del Rey protegían a los que se acogiesen a ellas y los que no pudiesen salir por falta de salud u otros grandes motivos no serían considerados a mi vuelta como infidentes calificando la imposibilidad. Remité al propio tiempo al Conde tres pliegos para el Presidente de Charcas todos de un tenor con la misma orden de evacuar aquella ciudad, y dirigirse a unir con la División de Velasco, y marchar a sostener a Cochabamba como se lo había prevenido antes, acompañándole una

proclama igual para que la hiciese saber a los habitantes de aquella ciudad y mandé que la tropa y parque de artillería que había en el Cuartel General estuviese toda pronta a la primera orden.

El 19 di disposiciones totalmente contrarias a la retirada porque los caudillos que me rodeaban con algunos avisos de ella que tuvieron por tanto malvado como había entre nosotros y en el mismo Cuartel General habían empezado a hacer movimientos sobre mi espalda y tránsitos precisos, lo mismo que sobre Potosí, y que yo creí habían sobre Chuquisaca como en efecto así fue; y para engañarlos despaché órdenes a Potosí y Chuquisaca diciendo a ambos jefes que pues ya mi fingida retirada había producido los efectos que me propuse trataba de esperar al enemigo y darle una batalla pero que por si ésta era desgraciada; o hacía efectivamente mi retirada ejecutaran cada uno las órdenes que tenían con respecto a ella, así que supiesen que la emprendía sin embargo de que tendrían mis últimos avisos en tiempo.

El 21 y por triplicadas extraordinarias les avisé que mi retirada empezaba el 22 y así que evacuasen ambas sus respectivas Provincias.

El 22 de abril salí de Cotagaita con el Ejército y la vanguardia me seguía a una jornada de distancia con las guarniciones de Tarija y Santa Victoria, que se le habían reunido en Río Blanco. El 19 habían salido por delante todos los enfermos, y en parihuelas los que no pudieron ir montados. Desarmé y puse en segura prisión los soldados que tenía de aquel partido de Chichas porque sabía por ratificadas experiencias que eran perversos, de mala fe, y más afectos a los enemigos que a la causa del Rey, y emprendí el repliegue dicho día 22 sin dejar ni un cajón vacío.

El 23 llegué a Quirbe que es el punto en donde se dividen los caminos para Potosí y Despoblado. Despaché sobre aquella villa para su auxilio y segura retirada 2 compañías del 2° Regimiento a la orden de su Sargento Mayor D. Francisco Javier de Aguilera con prevención de que previniese a los Alcaldes de su tránsito que el Ejército se retiraba sobre Potosí y que tuviesen víveres para él, con la idea de ocultar el verdadero camino que llevaba.

El 24 me detuve en Quirbe; así para dar descanso a la vanguardia que venía fatigada, como para que tuviese lugar la llegada de las tropas que envié en auxilio de la evacuación de Potosí y que se ejecutase la de Chancas con anticipación a mi salida de Quirbe.

Detúveme también el 25 por iguales razones y para esperar el correo general de Lima que me llegó en aquel día.

El 26 seguí mi marcha por el despoblado haciendo cada tres días uno de descanso, y como llevara conmigo víveres para el Ejército nada me faltó a pesar de que seguían al abrigo de las armas de mi mando crecida proporción de familias emigradas de Tarija y Partido de Chichas; pudiendo asegurar que no bajaban de 6 mil las caballerías que venían empleadas para el Ejército y emigrados.

El 3 de mayo llegué a Condo; coloqué las avanzadas sobre el camino que traje y sobre el de postas o real en las alturas de Vilcapujio y continué mi marcha a Challapata donde entré el 9; encontrando allí al Presidente de Charcas, y Gobernador de Potosí con sus respectivas guarniciones, emigrados, y cuanto habían sacado de ambas poblaciones como se lo había prevenido durante mi repliegue.

Diez y ocho días ocupé en ejecutarle con el Cuartel General y tropa de él; y la vanguardia tardó veinticinco, y vino siempre a una jornada de distancia.

Se ejecutó una larga marcha sin haber perdido cosa alguna de los diferentes ramos del Ejército y sólo 14 hombres fueron los únicos que se quedaron por cansados. Los 7 pertenecían a la compañía avanzada en Santa Victoria del Batallón del Centro; y los otros 7 al Escuadrón de San Carlos, que emprendió su retirada desde Tarija los cuales retrasados de su respectiva fuerza llegaron al Río Blanco en la noche del día en que había salido la vanguardia y fueron hechos prisioneros; pero habiendo los enemigos obligádoslos a servir entre sus tropas se desertaron los 9 que se presentaron en sus cuerpos.

Esta larga y penosa retirada con triplicadas fuerzas enemigas al frente; y más de cuadruplicadas a los costados y espalda, sin perder alguna, más que la expresada de 14 soldados por malos caminos; poblados de enemigos, sin auxilio ninguno de ellos y sin habitantes, que por no darle a las Tropas del Rey se huían a los montes con sus ganados y con sentimiento de no poderse llevar hasta el agua para que nos faltase todo acaso será la única que se ha hecho más feliz hasta el día.

El Gobernador de Potosí Conde de Casa Real de Moneda evacuó aquella Villa el 26 de abril al abrigo de los 400 hombres que con Portocarrero le envié desde Cotagaita con 2 cañones y de los 200 granaderos que para mayor seguridad le dirigí desde Quirbe con el Sargento Mayor Aguilera. El día antes de su salida fue atacado en dicha villa por los caudillos Zárate, Navarro y Mena con numerosa indiada, y porción de fusilería, esperanzados éstos, en que

en el momento de ejecutarla el Conde todos los indios del cerro llamado Cacchas, y algunos cholos se les reunirían como lo tenían acordado para entrar a un saqueo, y robar los caudales que debía traer pero se frustró esta idea porque fueron atacados, derrotados y puestos en precipitada fuga los tales caudillos dejando muchos muertos en el campo y 35 prisioneros que tropezaron con las tropas de Portocarrero y fueron pasados por las armas, sin más pérdida de nuestra parte que la de 3 heridos. El Conde emprendió su marcha cubriendo su retaguardia las dos compañías de granaderos del mando de Aguilera que a su salida de la villa, y habiendo apellotonado muchos cholos, y cacchas los deshicieron a balazos matando bastante e hiriendo a muchos.

Dicho jefe con su guarnición fiel; y tropas auxiliares salió a las 9 de la mañana del citado día 26 con 107 cargas de pertrechos de guerra; 49 zurrone de plata acuñada de a 9 mil pesos cada uno; 48 barras de 200 marcos y dos zurrone de chafalonía, piñas y piñones, a cargo del Contador de aquellas Cajas D. José Sánchez Chávez. Sacó también y le acompañaron, según yo se lo había mandado desde Cotagaita, los principales operarios de la Casa de Moneada, sin haber quedado más que uno escondido. Trajo asimismo consigo 7 cargas de piezas principales de aquellas máquinas, para inhabilitarlas al pronto; y finalmente más de dos mil personas de ambos sexos y de todas clases que emigraron al abrigo de las armas del Rey; de manera que de los 10 curas que tiene la villa de dotación, sólo quedaron dos imposibilitados, y de los frailes de San Juan de Dios y Belén de los capitulares sólo quedó el Regidor D. Mariano Inchausti, encargado del gobierno. De los azogueros de algún viso Coronel D. Indalecio Socasa, por ambición a sus intereses, y el abogado D. Juan de la Rúa por sospechoso. Del comisionado honrado y fiel que también sirvió con las armas en la mano a las órdenes de su Coronel comerciante D. Mariano Ibarguen; quedaron los ya antes conocidos D. Angel Bladiz, los dos [en blanco] D. Pedro Arredondo, D. Ignacio de la Torre, D. Fermín Gauche, D. Fernando Ramírez, y D. Joaquín Bedoya. De los empleados uno solo siempre malo que fue el Tesorero D. Miguel Sica, que se ocultó dos días antes de la salida con un confidente suyo D. Manuel Valenzuela; finalmente aquella villa quedó desierta de sus principales habitantes, excepto los indicados y hasta las monjas del Carmen hicieron con el Gobierno las más vivas diligencias para que se las permitiese emigrar con toda una comitiva, y sin atreverse los enemigos, ni aun por el in-

centivo de la plata que conducía a seguirle ni darle la menor incomodidad en su marcha llegó a Challapata el día 3 de mayo, pero como la guarnición de Potosí era la mayor parte de natales de la villa, y la división de Rolando de sus alrededores se le quedaron a la salida y desertaron en la marcha 379 soldados con 44 fusiles.

La evacuación de la Ciudad de La Plata la hizo su Presidente el Brigadier D. Miguel Tacón con su tropa que consistía en 711 hombres de todas armas y 3 cañones. El 22 de abril al amanecer sin esperar mi orden y con solo la preventiva que recibió el 2° a las 4 de la tarde. No dio noticia de su verdadera salida al público; y sí sólo a uno que a otro, y entre éstos a los cuatro oidores, y Cabil-do secular; y dijo a todos, que se dirigía al Terrado, dos jornadas de la ciudad a atacar a Zárate. No hizo prevención suficiente de mulos de carga, ni de víveres; y se dirigió sobre Potosí, a cuyas inmediaciones llegó al día siguiente con su tropa artillería y los pocos empleados y habitantes de la ciudad que le siguieron. Tuvo un encuentro con un grupo de insurgentes que huyeron dejando en el campo 40 muertos; y llegó a Challapata el 4 de mayo. Se le desertaron con bastantes fusiles 352 hombres en la marcha y dejó en ella enterrados dos cañones que sacaron después los enemigos; y mandó quemar algunos pertrechos por falta de mulas en qué conducirlos; así como deshacer un cañón e inutilizar alguna cosa del Parque antes de su salida de la Ciudad de la Plata.

El Coronel Velasco se replegó con su división sobre Cochabamba, en observación de los enemigos, y con objeto de sostener la ciudad y cuanto territorio le fuese posible conforme a las órdenes repetidas que le tenía dadas, y al Intendente de la Provincia D. Antonio Goyburu.

Me propuse hacer firme en dicho punto de Challapata por no perder aquella buena posición que se halla en el camino del Despo-blado con comunicación a la costa y Pueblo de Pica, Tarapacá, Arica y Tacna, ahí por el camino y pueblo de Quillacos situado al fin de la laguna a 7 leguas de Condo; como por las balsas de Toledo que se hallan a 12 leguas a la espalda de dicho punto; y el Camino Real a dos leguas de él, y punto de Pequereque por donde sale y cuya estrechez proporciona una buena defensa al propio tiempo que sus vigías y las colocadas en los altos de Vilcapujio descubren hasta 15 leguas de distancia por uno y otro camino, y de consiguiente no podía ser sorprendido; además Challapata dista de Oruro 26 leguas todo de terreno llano con bastantes pastos y mucha cebada en ra-

ma, carneros y algún ganado vacuno para provisión del Ejército lo que al contrario desde Challapata a Potosí por uno y otro camino hay una suma escasez de todo lo que debían experimentar los enemigos así como tener abundancia si les dejaba dicho territorio metiéndome yo en Oruro que apenas recibe de sus alrededores lo preciso para subsistir sus habitantes.

Hecha esta resolución hasta ver lo que daba de sí el tiempo y movimiento de los contrarios al día siguiente, 10 de mi llegada a la Challapata, di orden al Sargento Mayor del 2° Regimiento D. Francisco Javier de Aguilera, para que saliese con 280 hombres de Infantería y una partida de 40 de Caballería para Cochabamba, a marchas ejecutivas a fin de reforzar y sostener aquella ciudad de que estaba poco satisfecho por repetidos motivos que tenían todos aquellos habitantes y porque la división del Coronel Velasco estaba mal organizada y peor disciplinada e instruida sin embargo de muy continuadas órdenes y providencias para lo contrario desde la distancia en que me hallaba de ella, hasta haberla puesto nuevo jefe que se eludió por unas razones políticas de que contra mi voluntad no pude prescindir; y era además de la seguridad de lo principal de aquella provincia una de las razones porque mandé al Brigadier D. Miguel Tacón dirigirse su ruta con la guarnición de la Ciudad de La Plata, sobre la de Cochabamba, en unión de la División de Velasco, que aunque sujeto fiel y honrado, sus años, poca salud y natal carácter pacífico y cómodo con pocos o ningún servicio militar hasta que por un accidente tomó el mando de dicha división, tenía en ella algunos oficiales de poca confianza, y de quienes se me había informado tenían correspondencia con Arenales.

Aguilera marchó al día siguiente de mi llegada a Challapata con la fuerza referida. Interesaba cómo conservar a Cochabamba ya para tener cubierto mi flanco izquierdo, y ya para sacar de aquella los abundantes víveres que produce su territorio como el granero de sus convecinas Provincias.

Este en su marcha y punto de la Ramada halló el 21 de mayo al caudillo Lira que era uno de los que hostilizaban los alrededores de aquella ciudad, hacía ya mucho tiempo. Le atacó y batió completamente matándoles bastantes e hiriéndoles no pocos; y le tomó cinco prisioneros que pasó por las armas habiendo sabido por su confesión que la ciudad había sido evacuada dos días antes, y que su guarnición venía en retirada perseguida de los enemigos. Aguilera aceleró su marcha y con efecto se halló con dicha guarnición a las

dos de la tarde del mismo día 21 mandada por el Coronel D. Francisco Velasco, con quien acordó volver sobre la ciudad en el concepto de que conducía un número de tropas diferente al que le dejó Velasco en su encuentro, y observó en la primera jornada para ella. Observó asimismo, la ninguna disciplina de aquellos soldados su número, desorden y la considerable porción de emigradas mujeres y equipajes que conducía y que era de consiguiente aventurar a la empresa por lo que retrocedió hasta situarse en el punto de Paria, distante cuatro leguas de Oruro desde donde me dio cuenta de todo lo referido y de dos encuentros que tuvo con el mismo Lira, a más del citado habiéndole batido en ambos con pérdida de muchos muertos y heridos y algunos prisioneros que corrieron la misma suerte que los otros cinco sin haber tenido Aguilera por su parte más que tres contusos.

Reunidas en dicho punto ambas fuerzas resultó que la del Coronel Velasco constaba de 242 hombres de Infantería con 137 fusileros para ellos tenía 20 oficiales y de 131 de Caballería con 19 oficiales a quienes su tropa tenía poca o ninguna consideración por la desconfianza que tenía de algunos de ellos que les habían inducido antes de salir de Cochabamba porque entregasen las armas a Arenales como lo había pactado con este caudillo el Gobernador de la Provincia Goyburu, como se ve en las declaraciones de los emigrados D. Tomás Candamo, el Dr. Vía y D. Miguel Rivas, remitidos por Aguilera a mi Cuartel General para que me informasen de todo lo acaecido en la evacuación de Cochabamba verificada el 19 de mayo de 815. Dichas declaraciones se hallan a f.. (en blanco) del cuaderno referente a esta materia.

Para tomar Goyburu el partido de rendirse contra la voluntad de la tropa fundó sus razones en que hacía un mes que tenía cortada la comunicación con Oruro y el ejército por los caudillos Lira, Zárate, Fajardo y otros; en que Arenales que salió de Chuquisaca el 27 de abril se le aproximó el 16 de mayo y a leguas de la ciudad con 400 hombres de fusil, tres cañones y como 300 armados con lanza y sable; y les intimó su rendición diciéndoles que el Ejército del Rey había sido deshecho. Esto lo creyó Goyburu, y entró en la Capitulación que en 13 artículos, y pactada el 18 se ve en el expresado cuaderno a fojas (en blanco).

La tropa que tuvo más honor que el Gobernador y a pesar de la seducción referida en algunos oficiales se propuso movida por algunos de ellos morir antes que cometer tal infamia, y en conse-

cuencia el 19 por la noche se puso en retirada con su jefe Velasco sacando toda la artillería que consistía en 7 cañones, y dejando la porción de pertrechos que consta de la relación de f. (en blanco). Ella fue atacada al amanecer del día siguiente por el caudillo Arenales pero fue rechazado éste y siguió aquélla su retirada sin novedad hasta encontrarse con Aguilera.

El Gobernador Goyburu cumplió su capitulación quedándose en la ciudad con el Arzobispo de Charcas que tampoco quiso salir aunque le instaron algunos para que lo ejecutase y fueron después ambos remitidos para Potosí; y al poco tiempo para el Tucumán.

En este estado dispuse que la tropa reunida en Paria se organizase y arreglase en un cuerpo de Infantería con la denominación de Batallón de Fernando VII y en un Escuadrón de Caballería con la de Dragones de Cochabamba y otro de los emigrados; y que se compusiesen inmediatamente todas sus armas y se apostase esta División para volver sobre Cochabamba aumentando su fuerza con una Brigada de Artillería de 4 cañones de a 4 resultando de este arreglo componer una fuerza de 550 hombres de Infantería y 300 de Caballería con cuatro piezas de cañón.

Dispuse asimismo que el Coronel de Ejército D. Melchor José de Lavin, saliese del Cuartel General con el Escuadrón de Dragones de San Carlos de que era Comandante para reforzar y mandar la División de Aguilera, y con la instrucción que está a f. (en blanco) del cuaderno 2 emprendió su marcha el 4 de junio para que arreglada y ganando instantes toda la fuerza de Paria, fuese a recuperar Cochabamba.

Púsose en marcha el 16 de junio pero habiéndome avisado mis espías la salida de Rondeau de Potosí con todo su ejército y hallándome yo en la ocasión sin haber recibido las divisiones de Chile, y la de mi segundo el Mariscal de Campo D. Juan Ramírez, despaché extraordinario a Lavin para que regrese a Paria, a fin de reunirme con él en Goraina y recibir allá a Rondeau, con lo cual se frustró la segunda idea de ir sobre la ciudad de Cochabamba.

Para lograr el objeto de fijarme en Challapata, y por si una necesidad me obligaba a recibir una batalla antes que abandonar aquel punto reconocí a media legua de distancia uno cerca del pueblo de Pequereque cuya localidad me presentaba muchas ventajas en todos sentidos, y me propuse esperar en él a los enemigos; pero ellos por debilidad, temor u otros motivos no tuvieron por conveniente salir de su posición de Yocalla.

De los cuerpos del Ejército, guarniciones de Potosí y Chuquisaca, divisiones y partidas sueltas que se me replegaron y reunieron en Challapata organicé el Ejército dejando lugar en su formación a la tropa de Talavera y Chile que a las órdenes del Coronel D. Rafael Maroto había desembarcado en Arica el 10 de mayo de 1815 con 180 plazas de su regimiento y 202 chilenos llamados Cazadores los cuales debían llegarme en todo aquel mes. Con ellos contaba la fuerza de 3007 hombres de Infantería y Caballería con fusil y 20 piezas de artillería según se demuestra en el plan primitivo de batalla No. 7.

Por mañana y tarde se trabajaba en ejercicios de batallón y en grande con todo el ejército de manera que en muy pocos días se puso en un estado de instrucción sobresaliente.

Mi segundo el General Ramírez de regreso de su feliz expedición del Cuzco se hallaba con sus tropas en marcha para el Cuartel General así como Maroto con las suyas por una parte un batallón procedente de Chile había desembarcado en el referido Puerto de Arica en los días 4 y 5 de junio con 478 plazas según me participó su Comandante el Coronel D. José Ballesteros y aunque yo me hallaba resuelto a recibir a los enemigos en el punto elegido de Pequereque, si me atacaban antes de llegar estos refuerzos quise oír el dictamen de los primeros jefes a quienes reuní en junta el 16 de junio pero habiendo sido de unánime dictamen de mantenerse el ejército en Challapata hasta estar cierto de venir el enemigo a buscarle, y en tal caso retirarle hasta unirse con aquéllos por no aventurar una acción de tan graves consecuencias me conformé con su parecer, y continuando siempre en incesante instrucción, y el enemigo sin salir de su posición de Yocalla, llegó la primera división al mando del Coronel Maroto en 314 plazas el 23 de julio y finalmente mi segundo Ramírez el 26 del mismo con 550 de soldados antiguos que sacó de Suipacha cuando emprendió su marcha sobre el Cuzco en el Regimiento 1º y Batallón del General y el resto hasta 1400 hombres de reclutas que en su vida habían tomado el fusil, padeciendo ambos cuerpos y especialmente el primero en su expedición una considerable y escandalosa desertión. La mayor parte de los expresados reclutas era de la infame ciudad de La Paz y cogidos poco menos que a lazo al paso por villa de dicho general los cuales cumplieron con la abominable conducta que lo hicieron siempre los natales de ella, desertándose los más de ellos con tal destreza que por más diligencias que se hicieron sólo se lograron

aprender unos cuantos que se pasaron por las armas, y ninguno de dicha ciudad donde los abrigaban y el gobierno no los buscaba; por aquellas razones que lo hacían los jefes de las demás Provincias y que no es menester expresar, por hacerlas con el silencio el honor de que no son dignos de ellos y los magistrados de las Provincias. El plan primitivo de batalla No. 7 demuestra la fuerza de 4,438 hombres de fusil de Infantería y Caballería y 24 piezas de artillería a que ascendió el ejército de operaciones con los enunciados refuerzos.

El mismo plan No. 7 expresa la que tenía la División de Paria de 862 hombres de Infantería y Caballería con 4 cañones que formaban el Batallón de Fernando VII y los escuadrones de San Carlos y Cochabamba para sostener la Plaza de Oruro amenazada por las divisiones sueltas de Arenales, Lanza y otros caudillos que estaban situados no muy distante de ella.

La necesidad de atacar a los enemigos era urgentísima, así para no darles lugar a que instruyesen el considerable número de reclutas que habían sacado de las provincias de Potosí, Charcas y Cochabamba como porque con las ventajas de la ocupación de terreno que habían logrado se iba fomentando la insurrección en las provincias de La Paz y Puno de una manera considerable especialmente en los partidos de Larecaja, Azángaro y otros por los caudillos Muñecas, Monroy, Carrión y otros según se ve en los partes de las acciones de fs. [en blanco].

Me precisaba además el buscar al enemigo la desagradable noticia que tuvo por el correo de Lima el 24 de julio de que la expedición del Mariscal de Campo D. Pablo Morillo, destinada contra Buenos Aires y compuesta de 10,400 hombres se había dirigido a la costa firme de Caracas, dejando por consiguiente a dicha rebelde capital en aptitud de remitir sin atenciones por aquella parte considerables refuerzos de los que allí tenían ya dispuestos para resistir los ataques del General Morillo.

Esta novedad tan inesperada como que de oficio se había comunicado por el Gobierno al Virrey de Lima, y de éste a mí y hasta en las gacetas públicas, causó en el ejército dominando no poco sentimiento al ver prolongarse una guerra tan cruel y destructora que habían concebido justamente finalizada luego que la formidable expedición de Morillo desembarcase en las costas de Montevideo y tomase a Buenos Aires. Entristeció los ánimos de los habitantes fieles pacíficos que esperaban lograr pronto, con aquellas fuerzas

de la tranquilidad que ya miraban muy distante por el diferente rumbo que habían tomado; y finalmente se animaron los enemigos armados y los ocultos entre nosotros de tal modo que aun algunos empleados en el ejército de mi mando (por necesaria política y para que no hiciesen más daño en otras partes) manifestaron en sus arteras conversaciones lo agradable que les había sido la ida de la expedición de Morillo a otra parte.

Por diferentes fugitivos de los enemigos de mi frente, por mis espías fieles de Tupiza, y aun de Jujuy, y por la vía de Chile, según con copia de declaraciones fidedignas que me había remitido el Señor Virrey sabía yo que en Buenos Aires tenían 7 mil hombres de tropa de línea dentro de la ciudad, y 6 mil cívicos alistados para ayudar a defenderla, más que Artigas se hallaba con 1,200 de tropa armada de fusil, y 3 mil de la gente de campaña de Montevideo montada y armada de lanza y machete; y finalmente sabía que éste opuesto al Gobierno del Director Alvear después que le quitaron (en revolución) el mando y colocaron en su lugar a Rondeau, General en el Ejército insurgente de mi frente, se había unido con él. Asimismo estaba cierto de que en Mendoza se hallaba San Martín con 700 hombres de tropa de fusil, y mil milicianos con lanza de manera que constaba que las fuerzas de Buenos Aires para defenderse de la expedición citada del señor Morillo era aproximadamente de 8,200 hombres de línea y 9 mil cívicos y para observar en Mendoza cualquiera tentativa del Ejército Real de Chile del mando del Brigadier Osorio 700 de aquéllos y mil milicianos.

No teniendo ya atención por Buenos Aires con la variación de la expedición de Morillo; y hallándose la cordillera de Chile intrasitable hasta enero lo más breve, y dando por inútiles los cívicos y milicias del campo para venir al Perú podían reforzar el Ejército de Rondeau con 5 mil hombres de tropas de línea y quedarse con 4,200 más los cívicos de Buenos Aires y Montevideo.

En 24 de julio recibí la carta del Señor Virrey, fecha 26 de junio que se halla a f. [espacio en blanco] cuaderno 2° en que me avisó como va referido la variación de la expedición del Señor Morillo y suponiendo que el Gobierno de Buenos Aires la supiese en el mismo mes y que hiciese salir en principios de julio los citados 5,000 hombres para el Perú mas que no tardasen en su largo viaje sino tres meses y medio hasta Potosí, deberían llegar a esta villa a mediados de octubre y componer una fuerza de 10 mil hombres de tropa de línea, además de la chusma de caudillos cholos e indiada

que tenía Rondeau, por lo que era de una absoluta necesidad el atacarle en setiembre antes que llegase el refuerzo, como asimismo lo previene por estas consideraciones dicho Señor Virrey en carta de 13 de junio que se halla a f. [en blanco] cuaderno 2°.

Añade dicho Señor Virrey en su citada carta, y se inserta en la Gaceta de Lima No. 58 la tan atrevida como inesperada novedad de haberse aparecido el monstruo Napoleón en París la noche del 19 de marzo de 815, tomando, y hecho huir al Rey Luis XVIII de Francia y por consiguiente revuelto nuevamente a la Europa; y con esperanza los insurgentes de América de poder seguir más libremente su revolución considerando a España en estado de no poder enviar tropas a ella con las atenciones de semejante ocurrencia.

Era pues preciso no retardar el atacar a Rondeau; así como el dejar a cubierto la villa de Oruro que quedaba a la espalda en distancia de 52 leguas de Yocalla, donde se hallaba el enemigo porque había en ella un considerable depósito de pertrechos y municiones que no podía conducirse a otra parte por falta de mulas, sin mayor riesgo, y porque distando 34 leguas de Cochabamba podía Arenales aprovecharse de la ocasión para caer sobre ella.

A pocos días se presentó el nuevo caudillo Lanza por las intermediaciones de Venta y Media con 250 hombres de tropa, y chusma de indios que fue atacado por el escuadrón de mi guardia de honor a la orden de su comandante el Teniente Coronel D. Francisco Javier de Olarria, que le mató a un capitán y seis soldados e hirió a varios haciéndoles dos prisioneros y rescataron 4 soldados de Talavera que habían sorprendido a 5 leguas de Sorasora hallándose pastando las mulas de su regimiento.

La fuerza de Lanza ya a 11 leguas de Oruro debía estar combinada con la de Arenales, para intentar algo sobre aquella villa por lo que resolví no separar de Paria la división de Lavín, pero si disminuirla para que el resto con la guarnición de dicha villa la defendiesen interín el ejército iba a atacar a Rondeau y para reforzarle dispuse que el Batallón del General que constaba de 383 plazas, fuese a relevar el de Fernando VII que tenía 535 y que el Escuadrón de San Carlos viniese también a Challapata; con cuya variación quedaron en Paria 624 hombres como se ve en el plan o estado No. 8 y que dentro de la villa quedase su guarnición. Emigrados de Potosí, Charcas y Jujuy los enfermos que había capaces de tomar las armas y las Compañías de Urbanos que componían en todos más de otros 600 con cinco piezas de artillería además de las 4 de

la división de Lavin; y finalmente pasé a éste y al Gobernador de Oruro la reservada orden de 16 de agosto que se halla a fs. [espacio en blanco], del cuaderno 2° y yo reuní para ir sobre Rondeau 4,530 hombres de fusil de Infantería y Caballería (sin contar artilleros, músicos, pitos ni tambores) y 23 cañones de calibre de a 4 con todo lo necesario para la marcha, así de transportes como de víveres, según detalladamente se ve en el plano o estado No. 8 que comprende la referida fuerza del Ejército, la de la división de Paria y guarnición expresada de Oruro.

La mayor parte de ésta se componía de los emigrados de Potosí (que se habían portado bien con las armas en la mano en defensa de aquella villa antes de su evacuación); de los de Charcas, Cochabamba, Chichas y Jujuy ascendiendo entre todos a 270 hombres que se dividieron en compañías y recibieron armas.

Estos se ejercitaban diariamente en el manejo del fusil con todo entusiasmo; se acuartelaron y hacían diariamente servicio, por lo cual yo esperaba de ellos bastante ayuda y deseaba congratularlos.

Pidiéronme alguna señal que los distinguiese para siempre de aquellos que no emigraron proponiéndome el permiso de usar de un Escudo con tal objeto; y en 9 de julio les concedí el que pudiesen llevar en el sombrero el que figura la lámina No. 9.

Entre todos los emigrados se distinguieron los de Cochabamba que se ofrecieron a servir sin sueldo como los de las otras provincias más a formar dos partidas de guerrillas, y unirse a la división de Paria, para hacer en ella el servicio más arriesgado hasta la recuperación de su Provincia y habiéndome pedido que las concediese un diferente Escudo del señalado para todos accedí en 22 de agosto a que pudiesen llevar el que señalara la lámina No. 10.

Arreglado todo fijé el día 28 de agosto para emprender la marcha sobre Yocalla siendo éste el fin de la primera parte de esta obra con sólo la adición que a él pertenece de la expedición de mi segundo el General D. Juan Ramírez sobre el Cuzco que es también en compendio la que sigue.